SUMARIO

ESTUDIOS

- **¿Pastoral de mínimos? ¿Tiempo de cambios de la pastoral sociológica a la pastoral distintiva?**
  Carles MARCET, SJ 885
- **De anhelos y sueños. Desentumecer la pastoral sacramental**
  Luis ROMERO RANGEL 901
- **Los padres y su implicación en la iniciación sacramental de sus hijos**
  Jesús GARCIA HERRERO 913
- **«He venido para que tengan vida abundante». El efecto terapéutico de la pastoral de enfermos**
  Juan Manuel MARTIN-MORENO GONZALEZ, SJ 933

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **Espiritualidad desde la exclusión social. Diez rasgos**
  Delegación de Acción Social. Provincia de Castilla SJ . 947

COLABORACIÓN

- **Discapacidad, libertad, Dios**
  Jesús Flórez Beledo 953

DIÁLOGOS URGENTES

- **10. El diálogo con la trascendencia**
  Javier MELLONI, SJ 959

LOS LIBROS

- **Recensiones** 971

INDICE GENERAL DEL AÑO 2006 983

PRESENTACIÓN

PASTORAL EN TORNO A LOS SACRAMENTOS

Cuando hoy se piensa en la pastoral de los sacramentos, es fácil asociarla a los lugares de frontera, es decir, a situaciones especialmente retadoras y decisivas para la evangelización y la transmisión de la fe. Las costumbres socio-religiosas siguen estando arraigadas, a pesar de la increencia generalizada, y no es fácil persuadir a interlocutores sedientos de ritos, pero desinteresados por la Trascendencia, de la importancia de convencerse y prepararse para participar en realidades donde el Misterio se manifiesta de un modo particular.

Las piezas parecen no encajar especialmente en las celebraciones de los sacramentos de iniciación: sacerdotes desmoralizados ante la falta de respeto y la indiferencia de unos familiares preocupados por la «foto»; pocos padres deseosos de vivir en profundidad lo que se celebra, junto a una mayoría insensible; publicidad de los grandes almacenes sosteniendo la experiencia religiosa por intereses económicos... Y en medio, niños y jóvenes víctimas de una acusada incoherencia sociocultural. ¿No es posible encontrar una salida?

El último número de *Sal Terrae* del año 2006 intenta afrontar los problemas más acuciantes de la pastoral en torno a los sacramentos y buscar claves que ayuden a abrir un nuevo futuro. Desde la realidad, no desde el desánimo. Los comienzos del cristianismo revelan que un puñado de hombres y mujeres fueron suficientes para cambiar el rumbo de todo un Imperio. Sólo contaban con la fuerza del Evangelio y su pobreza. Lo demás corrió a cuenta de Dios.

El primero de los artículos que siguen a continuación tiene en cuenta las posibilidades que plantean dos tipos de pastoral: la sociológica y la distintiva. Ni los que reciben los sacramentos ni los que los administran poseen excesiva claridad sobre este delicado asunto.

Por un lado, sigue habiendo personas para quienes las celebraciones sacramentales y la preparación de las mismas son un momento particular de gracia: ellas pueden ayudar a describir la trascendencia y también a alimentar su fe. Su presencia y su colaboración en dichas celebraciones, así como la generosa dedicación y atención de otras muchas personas (ministro del sacramento y colaboradores), tienen quizá mucho que ver con ello.

Por otro lado, hay gente que continúa asistiendo a bautizos-bodas-comuniones, a pesar de ser «creyente en la memoria», o no ser creyente en absoluto, y no aspirar más que a reunirse con su familia y tener la excusa para hacer algo especial y celebrar un banquete.

¿Qué hacer ante esta perplejidad? La mayoría de los sacerdotes se debaten entre dos posturas: una rigorista, otra más laxista. *Carles Marcet* presenta sus características y consecuencias. Y ofrece después algunos criterios que «pueden ayudar y mover a esperanza a una pastoral sacramental actual». Destaca entre todos ellos el que la pastoral sacramental es una ayuda para «sumergirse en el misterio de Dios, presente en nuestras vidas; presencia que puede orientar la vida de quien se sumerge en dicho misterio».

Una de las expresiones concretas de la problemática mencionada al comienzo de estas páginas es la de la pastoral sacramental en los primeros años de la vida (primera comunión, confirmación, etc.). *Luis Romero Rancel* concluye su colaboración ofreciendo algunas propuestas concretas en relación con dicho aspecto. Ellas tienen su soporte en unas formulaciones o principios más generales, también planteados por el autor. Unas propuestas y unos principios que reciben luz y orientación de «sus propias convicciones esperanzadas», que pueden ayudar también a recordar y actualizar que «la pastoral fecunda está avalada por la providente mano del Buen Pastor, que quiere dar a sus hijos de su harina y de su aceite, y que necesita vasijas en las que se encarne y acerque, manos llenas de ternura como las de quien nos dio su cuerpo».

Una de las experiencias más extendidas entre los pastoralistas, y que sucede especialmente cuando se acerca el tiempo de preparación de los sacramentos de iniciación, es ver cómo los padres no responden ni participan en las convocatorias, charlas, convivencias, etc. que se ocupan de preparar el camino que van a emprender sus hijos. Existen, sin embargo, parroquias o comunidades cristianas donde la experiencia es distinta o incluso contraria. *Jesús García Herrero* destaca la im-

portancia que pueden tener los párrocos y agentes de pastoral a la hora de lograr que la participación de los padres sea cada vez mayor. En su artículo, de corte práctico, propone diversos modos de facilitar y fomentar dicho aspecto, todos ellos enraizados en dos actitudes básicas (acogida y confianza), que pueden ayudar mucho a que se pongan en marcha, en diversas realidades sociales y parroquiales, alternativas nuevas e inéditas.

En el conjunto de los siete sacramentos hay algunos que están especialmente olvidados. Es un déficit importante, ya que todos los sacramentos están relacionados entre sí. Parecería como si todas las energías pastorales estuvieran volcadas en bautizos, primeras comuniones y, en un segundo grupo, matrimonios y confirmaciones. Pero quedan «marginados» dos sacramentos con un alto potencial evangelizador y que acompañan a las personas a lo largo de la vida (porque se pueden repetir): la Confesión (relegada a mero trámite para la Primera Comunión) y la Unción de enfermos. Después de enmarcar este último sacramento en el conjunto de los siete, *Juan Manuel Martín-Moreno* recuerda el valor y la importancia que puede tener la pastoral de la Unción al servicio de la evangelización, especialmente en los lugares donde la secularización va haciéndose cada vez más presente. Se trata de un sacramento que se puede celebrar en presencia de la comunidad cristiana; con ella el ungido y los demás miembros de la misma pueden orar e interceder ante un Dios sanador que, como recuerda bellamente la Escritura, «nos ha curado por medio de sus heridas».

Visite nuestra página web:
www.salterrae.es
y vea nuestras ofertas para los suscriptores

ST 94 (2006) 885-899

ESTUDIOS

¿Pastoral de mínimos?
¿Tiempo de cambios: de la pastoral sociológica a la pastoral distintiva?

Carles MARCET, SJ*

1. Cosas que pasan. Planteamiento del problema

Nos encontrábamos aquel domingo de Mayo ya preparados para celebrar la primera comunión de un grupo de niños y niñas que habían pasado, junto con sus padres, por un proceso de dos años de catequesis. El templo estaba a rebosar. Faltaban cinco minutos para empezar. Los catequistas andaban muy nerviosos, porque faltaba por llegar un niño con toda su familia. En esto que llaman al teléfono de la parroquia. Es la mamá del niño. Me dice: «Padre, los tíos que vienen del pueblo acaban de llegar; se les ha retrasado el tren, pero usted no se preocupe que nosotros iremos directamente al restaurante».

En otra ocasión, en una boda, cuando me disponía a bendecir los anillos de los novios, se me acerca el fotógrafo con cierta premura y me susurra al oído: «Padre, apártese un poco, que si no, no sale bien la foto».

También a propósito de la preparación para el matrimonio, después de haber realizado en grupo las sesiones de formación prematrimonial, donde se abordan, en un grupo dirigido por un matrimonio ya más rodado, cuestiones relacionadas con la vida matrimonial (sexualidad,

* Parroquia St. Josep Obrer. Tarragona. <cmarcet@jesuites.net>.

afectividad, amor y psicología de la pareja, dimensión social, educativa y creyente del matrimonio, etc.), y preguntándoles a las parejas qué les había parecido, una de ellas comentó: «Yo me pensaba que aquí hablaríamos de las cosas más importantes». Sorprendidos, le preguntamos: «¿Y cuáles son esas cosas importantes de las que no hemos hablado?». Contestó: «Pues cuántas flores se ponen y dónde, cuántos fotógrafos puede haber; etcétera». Y en otra ocasión, ya a la hora de preparar la ceremonia con la pareja, me vienen con la madre de ella, un tanto preocupados. Resulta que el vestido de la novia llevaba una especie de corsé tan ancho que no pasaba por el pasillo central del templo, y pretendían que desplazáramos todos los bancos para que pudiera pasar con comodidad. O el caso de aquella chica que me confesaba: «Mire, padre, yo voy a casarme por la Iglesia, porque por una vez en la vida quiero entrar por la puerta grande»...

En los encuentros de formación de padres y padrinos para la celebración de los bautizos, es fácil y bastante común encontrarte con argumentaciones de este tipo para justificar el deseo de bautizar a los niños: «Hombre..., no se va a quedar moro; hay que cristianizarlo»; «Lo queremos bautizar porque es lo normal, porque siempre se ha hecho así». Y después de las sesiones, al abrir la tanda de preguntas y aclaraciones, éstas no suelen pasar de si el cirio ha de ser más grande o más pequeño, de si lo ha de llevar el padrino o la madrina, o si pueden traer agua del Jordán para el bautismo, y también –¡cómo no!– la pregunta por «cuánto vale el bautismo».

Amén de todo esto, no es infrecuente encontrarse al final del templo, después de estas ceremonias sacramentales, latas vacías de cocacola o bolsas de patatas. Tampoco es infrecuente enterarse de familias que han tenido que recurrir a hipotecas para pagar el vestido y la fiesta en el restaurante, ya sea a propósito de una boda o de una primera comunión. Y no digamos parejas y familias que abiertamente te sueltan aquello de que «nosotros no somos practicantes –es una manera de decir "no vamos a misa" o, más duramente si se quiere, "los asuntos de la Iglesia nos importan un pimiento"–, pero creemos en Dios». Y cuando rascas un poco más en eso de que «creen en Dios», suele aparecer aquella formulación de que «algo tiene que haber...».

Todo esto que puede parecer un simple anecdotario, pero es también un reflejo, expresado con cierto humor, de un malestar más profundo que vivimos quienes nos encontramos plenamente involucrados

en la pastoral sacramental. Son muchos, y cada vez más, los sacerdotes, catequistas o formadores de parejas para el matrimonio que se preguntan si, en el fondo, no estamos más que colaborando con una especie de «funciones sociales» con un baño o revestimiento religioso, donde lo religioso es puramente la «ocasión» para lo realmente importante, que es el festejo social o familiar. O si tales celebraciones no tendrán más de folklore que de expresión de una fe sentida en comunión y comunidad. O si, simplemente, se puede considerar, con un mínimo de honestidad y veracidad, que en tales celebraciones lo que acontece es precisamente un «sacramento», y lo que celebramos es el reconocimiento agradecido del amor de Dios que se hace presente en nuestras vidas, mostrándose incondicionalmente a nuestro favor. Igualmente nos preguntamos cada vez con mayor perplejidad, al ver la parafernalia que se produce en torno a estas celebraciones (banquetes, vestidos, fotógrafos, flores, libros de primera comunión, regalos, invitados que por primera vez ponen sus pies en una iglesia, gastos de todo tipo...), si realmente lo que allí se celebra tiene ya algo que ver con el deseo de acoger la gracia de Dios para vivir la vida en seguimiento de Jesús y en el empeño por la construcción de su Reino.

En fin, nos preguntamos si ese tesoro que es la gracia de Dios que se nos ofrece a sí mismo siempre, pero de un modo muy especial en aquellos momentos señalados de nuestra existencia, puede ser celebrada sacramentalmente de cualquier manera y sin unas determinadas predisposiciones; si eso no será algo así como desperdiciar el agua que brota de un manantial puro. O, si se quiere, más benévolamente, también nos preguntamos por aquellos resquicios de predisposición honesta y sincera que pueda haber en las personas que acuden al sacramento, por los cuales pueda penetrar la gracia de Dios y puedan dar pie a un encuentro saludable y benéfico para tales personas.

La situación descrita y las preguntas que plantea, presentadas aquí someramente, simplemente quieren mostrar que *hoy en día la pastoral en torno a los sacramentos es problemática.* Esto no es algo nuevo, sino que venimos arrastrándolo desde hace bastante tiempo. Tampoco es ésta una afirmación novedosa y que pueda pillar por sorpresa. Más bien se trata de una constatación muy obvia. Pero también es cierto que nos vamos acostumbrando a vivir con esa y en esa obviedad. Y que tal vez empieza a ser necesario agarrar la problemática por los cuernos, dejar de sostener la táctica de esconder la cabeza debajo del ala, pro-

pia de quien no quiere ver (ya sea por pereza, por cansancio, por comodidad, por...), y preguntarnos, modesta pero sinceramente, si tiene sentido seguir favoreciendo una pastoral sacramental tal como hoy se practica mayoritariamente, o si es necesario y posible pensar una nueva orientación, una nueva praxis más acorde con los tiempos que vivimos y con la fidelidad al Evangelio de Jesucristo. Creo sinceramente que vale la pena el esfuerzo por configurar unos odres nuevos capaces de acoger el vino siempre nuevo. Creo, igualmente, que es una postura muy derrotista –y también cobarde– no abonarse a ese esfuerzo por temor a los conflictos que pueda generar. Por último, creo que ese esfuerzo vale la pena asumirlo con vigor e ilusión, de tal forma que el problema planteado no lo miremos como un peso abrumador, sino como un desafío: *los problemas no sólo son obstáculos sino, sobre todo, retos apasionantes.* A ese fin proponemos las siguientes consideraciones.

2. Diversas posturas ante el problema

Básicamente, hay dos tendencias fundamentales a la hora de afrontar la problemática de la pastoral sacramental a la que hoy se enfrenta la comunidad cristiana. Aquí las presentaremos en sus formulaciones extremas, para así poder percibir más nítidamente los acentos de cada una de ellas[1]. Con todo, antes de presentarlas me gustaría dejar asentado lo siguiente:

- cada una de ellas tiene «sus razones» y su parte de razón; ambas son sostenibles acudiendo al espíritu de los textos evangélicos, y, sin embargo, a ninguna de las dos, a nuestro modo de ver, puede otorgársele «toda» la razón;
- tal vez por ello, tomándolas por separado, como si tuvieran la razón absoluta o la solución plena del problema que tenemos planteado, ninguna de las dos va a producirnos una sensación de satisfacción o consolación;

1. En la práctica cotidiana, a la hora de afrontar lo concreto de la pastoral sacramental, tales posturas no suelen darse «en estado puro», aunque sí es fácil percibir una inclinación hacia una u otra.

– mientras que, intentando integrar lo más válido y razonable de cada una de ellas en un conjunto armónico, tal vez pueda aparecer vertebrado un nuevo camino –pequeño y discreto, sin pretensión alguna de ser considerado como «plenamente válido y configurado», aunque sí tal vez capaz de ofrecer senderos de esperanza– a recorrer desde el deseo y la convicción de una posible pastoral sacramental que deje entrever, más allá de ritos y costumbres medio sociales, medio religiosas, la manifestación del Misterio de Dios, que, desde su absoluta Trascendencia, se nos ofrece como vida y alimento en las celebraciones sacramentales para nuestro caminar cotidiano;

– dicha integración, naturalmente, no significa una disolución en la mediocridad propia de una mezcla de componendas, sino la búsqueda de aquel punto donde el equilibrio es expresión, no de extremismo, sino de radicalidad. Punto este, el del equilibrista, siempre peligroso e inestable, pero también punto de encuentro hondo, de belleza, de comunión anhelada.

Con estos supuestos, y dentro de la brevedad que el artículo nos exige, pasemos a presentar estas dos tendencias para, a continuación, buscar un camino de integración armónica.

a) La primera postura es más rigorista

Resumidamente, esta postura vendría a decir que, de hecho, recibir un sacramento pide previamente una opción de fe y una postura creyente por parte de aquel que lo solicita y lo desea. En el marco de nuestras sociedades occidentales, cada vez más descristianizadas, donde la dimensión religiosa de la existencia es relegada al ámbito de la privacidad y donde esta dimensión adquiere, cada vez más, formas muy diversas en las que, en una especie de ente confuso, se mezclan lo folklórico y lo esotérico, lo tradicional y lo íntimo, la convicción y la costumbre; donde, además, se ha movilizado toda una mecánica de comercio y negocio, derroche y consumo, en torno a las celebraciones sacramentales[2]; donde el rito que se realiza en la iglesia se ha visto po-

2. No dejan de ser significativos esos carteles que a menudo se ven en las puertas

blado de «anexos periféricos con pretensión de centralidad» (vestidos especiales, fotografías, cámaras, flores...), al que además se ha añadido otro rito cada vez más sofisticado y elocuente en el restaurante..., se hace urgente y necesario un proceso de depuración, so pena de acabar desvirtuando del todo el sentido del sacramento como tal y reducirlo a pura anécdota u «ocasión para», y no poder quitarse de encima la impresión de que en tales eventos «lo cristiano» no es más que plato de segunda mesa, huésped de relleno de una celebración que tiene otras pretensiones primeras.

Esta «depuración», en la práctica, significa un freno o una limitación del acceso a la celebración sacramental. Ésta es comprendida como la expresión celebrativa de la gracia de Dios conferida para sostener el combate de la fe que, en seguimiento de Jesucristo, busca en comunidad de amor y de esperanza la construcción del Reino de Dios. Desde esta perspectiva, sólo tendrían sentido una pastoral y una celebración sacramentales para aquellas personas decidas a sostener dicho «combate creyente». Se insistiría, por tanto, en una mayor preparación para el sacramento, en una mayor implicación en la comunidad cristiana y en la vida de la Iglesia y, en definitiva, en evitar la práctica demasiado habitual de «comprar y consumir» el sacramento allí donde «lo preparan y lo venden» –en las parroquias–, a ser posible «a bajo precio» (con el mínimo de cursillos y requisitos similares posible), como quien va a una tienda a comprar un objeto que precisa[3].

Esta posición puede sostenerse y buscar apoyo en algunas actitudes, gestos y palabras de Jesús, tal como nos lo refieren los relatos evangélicos[4]. Piénsese, por ejemplo, en la expulsión de los mercaderes del templo (Jn 2,13-22); en las recomendaciones misioneras a los dis-

---

de bares y restaurantes: «hacemos bautizos, comuniones y bodas». Y entonces uno se pregunta: pero ¿quién hace, en definitiva, bodas, bautizos y comuniones?; y, de hecho, ¿dónde se hacen?; ¿y qué querrá decir eso de «hacer»?; ¿y qué querrá decir eso de «hacer»... especialmente para las personas que vienen a solicitar el sacramento?; y...

3. En plan de guasa, he oído el comentario de que a veces las parroquias se parecen a un «Corte Inglés de los sacramentos», donde los compradores pueden adquirir en la planta baja el bautismo, en el primer piso la comunión, en el segundo el matrimonio, y en los sótanos la extrema unción.
4. Naturalmente, estos textos no abordan directamente el tema que nos ocupa ni fueron escritos para ello, pero sí ponen sobre el tapete una determinada comprensión religiosa de Jesús que puede ser inspiradora en esta cuestión.

cípulos, invitados a dejar aquellas casas donde no son bien acogidos (Mt 10,14-15); en la imposibilidad de Jesús de realizar milagros en su tierra natal, por falta de fe y por actitud de desconfianza hacia su persona (Mc 6,1-6); en la cuestión del verdadero parentesco de Jesús (Mc 3,31-35); en la entrada por la puerta estrecha (Mt 7,13-14); o en el caso del vino nuevo que no puede ser vertido en odres viejos (Mc 3,22)..., por citar sólo algunos ejemplos.

Con todo, esta posición tiene también sus *límites.* Sobre todo porque, cuando te encuentras ante situaciones reales y casos concretos, resulta muy difícil, la mayoría de las veces, dilucidar quién tiene fe y quién no; quién la tiene en un grado suficiente como para acceder a la celebración sacramental, y quién para aprovecharse de la pastoral sacramental propuesta sin que ello sea un mero trámite a cumplir. Aparte de que resulta tarea imposible «medir la fe», es asunto que sólo compete a Dios.

b) La segunda postura es más contemporizadora

Rezaría más o menos así: aun reconociendo la veracidad y seriedad de las observaciones formuladas por la posición más rigorista, sigue quedando en pie que a nadie que venga a solicitarlo se le puede negar una pastoral sacramental que desemboque en la celebración del sacramento como tal. Por más que tales personas no participen de la vida y las luchas de la comunidad cristiana, por más que no hayan aparecido por la iglesia sino a propósito del sacramento que piden celebrar, por más que sea muy posible que, una vez celebrado éste, tampoco vuelvan a aparecer por la iglesia ni vayan sus vidas a cambiar sustancialmente ni a orientarse en una dirección más decididamente cristiana..., a nadie –salvo en casos muy flagrantes o excepcionales– se le puede negar la gracia del sacramento. Es más: vete a saber si una actitud de entrada acogedora y abierta por parte de la comunidad cristiana no podría ser como una puerta que se abre, como una primera siembra que a lo mejor fructifica, como una ocasión de desentumecer algo que estaba muy dormido en estas personas y que, a través de la pastoral sacramental y la celebración del sacramento, se despierta de pronto. Ante tal posibilidad, y reconociendo que, a fin de cuentas, sólo es Dios quien puede juzgar la disposición verdadera de las personas, es justo mantener una pastoral sacramental lo más abierta posible.

Tal vez –seguiría esta postura– mirado con ojos humanos, lo que se prepara y celebra en estos casos no sea propiamente un sacramento –por más que también eso queda en manos de Dios–, pero sí puede ser fácilmente una oportunidad de evangelización, de dar a conocer la Buena Noticia de Jesús. Y tal vez de ahí se seguirá una adhesión más fuerte a Jesús y un compromiso mayor en su seguimiento en la vida de cada día.

También esta posición puede sostenerse y buscar apoyo en algunas actitudes, gestos y palabras del Jesús que nos presentan los Evangelios. Pensemos, por citar unos pocos ejemplos, en la invitación a ser sal y luz en medio del mundo (Mt 5,13-16), en la llamada a no juzgar (Mt 7,1-5), en la impresión que sobrecoge a Jesús cuando ve la muchedumbre desorientada como ovejas sin pastor (Mc 6,34), en la profecía de Isaías referida a Jesús sobre el Mesías que no quebrará la caña cascada ni apagará la mecha humeante (Mt 12,20-21), o en la parábola de la cizaña (Mt 13,24-30)...

No cabe duda de que también esta postura tiene sus *límites.* Si el peligro de la primera postura era el de caer en un cierto «elitismo espiritual» que, como todo elitismo, corre el riesgo de degenerar en un puritanismo farisaico, a base de restringir el acceso a los sacramentos a aquellas personas verdaderamente comprometidas y creyentes, el peligro de esta segunda postura es, mas bien, el de acabar promoviendo una especie de «café para todos»; un café, además, un tanto endulzado para que sean más digeribles aquellas dimensiones propias del seguimiento cristiano más duras o conflictivas en un mundo como el nuestro. Si el peligro de la primera postura es el de «separar» en exceso lo «puramente cristiano» de lo que no lo es, el de esta segunda postura es el de «diluir» lo cristiano en medio de realidades a veces «demasiado humanas», de forma que esa dimensión cristiana de la propia vida acabe no dando sabor ni color a nada y convirtiéndose más en «reliquia de anticuario» que en «acicate para el futuro». Detrás de la primera postura subyace un decidido e irrenunciable empeño en preservar lo que se considera «fundamento cristiano», mientras que la segunda es más condescendiente con esa realidad humana, tan en boga en nuestros días, más tendente al relativismo y al «cruce de adhesiones». Así, la primera postura, llevada al extremo, sería la del «todo o nada», la del «hombre nuevo» que vive bajo la gracia y se despoja del «hombre viejo» sometido a la ley, y conduciría a una concepción de una manera

cristiana de estar en el mundo donde se acentúa la contraposición con los valores dominantes del mundo. Por su parte, la segunda postura, también extremada, sería la del «siembra, que algo queda», la del «hacerse todo a todos», y su concepción de la manera cristiana en el mundo estaría más en la línea de una inculturación testimonial.

¿Qué pensar, pues, de todo esto? ¿Es posible encontrar un camino práctico, de equilibrio no diluido sino vigoroso, entre ambos extremos, cuyo recorrido pueda ser esperanzador para la pastoral sacramental? Antes de intentar responder a esta pregunta convendría retener algunas cuestiones fundamentales

3. Cuestiones a no olvidar

Aunque sea telegráficamente, hay una serie de cuestiones clásicas que conviene recordar y tener presente a la hora de proponer algunos criterios de cara a una pastoral sacramental renovada. Son los siguientes.

a) Prepararse para recibir un sacramento es disponerse a acoger la gracia que Dios ofrece de modo gratuito e incondicionado, cuando quiere y como quiere. Además de no poner obstáculos ni condiciones, lo nuestro es *«disponernos a acoger»* (o, si se prefiere, a «ser acogidos»).

b) Esta gracia de Dios que se nos da en el sacramento ni es manipulable ni es barata. Que no es manipulable, significa que nosotros *no la podemos forzar;* no podemos obligar a Dios a que nos «alcance» allí donde nosotros queremos. Que no es barata, significa que «provoca algo» que, como en toda relación amorosa, *va cambiando y transformando la vida* de aquel que se deja alcanzar (Rm 6,3-10)

c) Esta disposición a ser alcanzados por la gracia amorosa de Dios ofrecida en el sacramento, sin pretender manipularla ni empequeñecerla, es propiamente una disposición creyente. Es decir, *pide fe en aquel que se dispone.* O, si se prefiere, pide necesidad interior de ser alcanzado por esa gracia amorosa en la propia fragilidad. Sin esa fe, difícilmente podremos ser alcanzados por el milagro de la gracia. Ahora bien, esa fe –que en sí misma ya es un regalo que hemos recibido de Dios, una gracia– puede estar en nosotros abatida, sepultada, desconocida, ignorada, cuestionada, adormecida... Y

también *puede ser ayudada,* despertada, «provocada», despabilada... desde el anuncio, desde la evangelización, desde la relación, desde la realidad hondamente escuchada, desde la conversación sobre el espíritu...

d) Ayudar a la fe a que se disponga a acoger la gracia de Dios que se ofrece en el sacramento es toda una *mistagogía* que no termina en el sacramento. Es ayudar a descubrir:

– el Misterio de Dios en el que vivimos, somos y existimos; una Presencia misteriosa que acompaña y envuelve nuestro caminar y que, cuando quiere y como quiere, asoma en diversas realidades y situaciones de nuestra existencia. Dicho con otras palabras, es ayudar a *descubrir la estructura sacramental de la realidad* misma, preñada de divinidad y perceptible desde una mirada que no pretende, concupiscentemente, atraparla, dominarla o controlarla, sino mas bien dejarla que se diga libre, porque al decirse libre tal vez nos invite a perseguir el Misterio que encierra en su hondura;

– que este Misterio de Dios se nos ha dado y dicho plenamente como amor y gracia en la persona de Jesús de Nazaret, crucificado y resucitado. Que, por tanto, *Jesucristo es el sacramento más nítido y trasparente* que Dios nos ha dado a conocer de sí mismo para entrar en relación con nosotros y encaminarnos hacia Él. Por eso la vida de Jesús es Buena Noticia para nosotros: su seguimiento nos va encaminando y acercando a Dios en todas las cosas;

– que ese regalo de Dios, que es la manifestación de su Misterio dado en la *vida, muerte y resurrección de Jesús,* es propiamente *lo que celebramos en los sacramentos concretos.* Al celebrarlo, lo acogemos y nos disponemos a «perseguirlo» en nuestra vida; lo tenemos ya, pero no lo poseemos del todo; nos ha anticipado ya su plenitud a modo de aperitivo[5]. Y ello, además, aun siendo una tarea personal, lo hacemos *en comunión con*

5. Así expresa esta intuición, de forma poética y exquisita, Benjamín González Buelta: «Cada canto verdadero trae hasta mi corazón el rumor de la fiesta que ya empezó eterna al final de mi camino» (*Salmos para sentir y gustar internamente,* Sal Terrae, Santander 2004, p. 49.

otros creyentes, en comunidad eclesial, ya que así lo hicieron desde el principio los primeros testigos de la resurrección;

– que ese regalo de Dios nos es dado también en el sacramento para entrar en relación y comunión con Él en todas las cosas, y para que ello pueda ser también algo contagioso para otros con quienes convivimos. No es meramente un regalo para el «disfrute personal»; es un regalo para realizar y fortalecer una misión; es *un regalo para desplegar en la vida*[6].

4. ¿Qué pastoral sacramental?

Desde estas convicciones fundamentales, y entre las posturas que hemos esbozado, intentemos, pues, ofrecer de un modo modesto algunos criterios que puedan ayudar y «mover a esperanza» a una pastoral sacramental en nuestros tiempos. Una pastoral, además, que no sea sólo para un grupo de selectos y que tampoco banalice la realidad sacramental a base de abaratarla. Huelga decir que, al respecto, no hay recetas ni proyectos plenamente elaborados, y que estamos en camino y búsqueda constante. Lo que sigue, simplemente quiere ofrecer pequeñas pistas para orientarse en el camino.

a) Como dice el obispo Pedro Casaldáliga, *«yo he de preocuparme de las cosas de este mundo; la vida en el otro mundo es un asunto de Dios que Él resolverá muy bien. Ahora nos toca defender la vida y mejorarla»*[7]. Aplicando este aserto a la cuestión que nos ocupa, podríamos decir que la gracia recibida en el sacramento es cosa de Dios, en la cual nosotros confiamos plenamente. Lo que nos compete a nosotros es defender y trabajar por una predisposición de las personas, de tal suerte que esa gracia de Dios no caiga en saco roto. En otras palabras, lo primero por lo que debería velar en nuestros días una pastoral sacramental estriba en posibilitar y/o acrecentar la búsqueda de sentido, la fe que se abre confiadamente y el

6. En este sentido llama la atención, por ejemplo, cuando, al preparar la boda con las parejas, al preguntarles cuál es su proyecto de vida como matrimonio, en la mayoría de los casos no saben darte contestación alguna. Entonces percibes esa sensación de que el sacramento va por un lado, y la vida por otro.
7. *Descalç sobre la terra vermella. Vida del bisbe Pere Casaldàliga,* Edicions 62, Barcelona 2001, p. 42.

deseo de caminar hacia la comunión con Dios, en aquellas personas que solicitan el sacramento. De esta manera se ayuda al sujeto a situarse en condición de ser alcanzado por Dios y por su gracia, y vivificado en ese encuentro.

b) Esta oferta de ayuda a la predisposición personal, lógicamente es abierta y, en principio, es para todos los que vengan a solicitar el sacramento. Tal vez sea ésta la tarea más preciosa que podamos hacer los cristianos en seguimiento de la misión de Jesucristo: animar, facilitar y promover la posibilidad del encuentro del hombre con Dios. Y, con todo, esta apertura pide también «claridad», esto es, anunciar claramente «adónde vamos y a qué»: no vamos a cubrir un expediente de trámite para salir del paso pagando el menor peaje posible, sino que lo que ofrecemos a todos es algo de vital importancia para la existencia humana; algo que, poco a poco, puede ir transformando las propias vidas, dándoles un nuevo sentido y horizonte, sacándolas de miradas estrechas y pequeñas, etc.

c) La oferta de la que hablamos es un proceso mistagógico; una ayuda a sumergirse en el misterio de Dios presente en nuestras vidas, para que esta presencia acompañante las vaya orientando. De hecho, este proceso dura toda la vida[8]. Desde una pastoral sacramental, ofrecemos modestamente iniciarlo, ponerlo en marcha, dejando que cada cual lo recorra a su ritmo, llegando hasta donde llegue. Incidiendo e insistiendo en que la celebración del sacramento como tal es un momento del proceso, pero no el momento último. Es posible que muchos se queden ahí. No importa. Lo que sí importa es que haya una oferta de seguir caminando después de la celebración del sacramento, ya vaya dirigida a los padres de los niños bautizados, a los niños que reciben la primera comunión y a sus padres, a los jóvenes que se confirman, o a las parejas recién casadas.

8. Es el proceso que, por ejemplo, se nos relata en la experiencia de los discípulos de Emáus (Lc 24,13-35), que se descubren ayudados a «abrir los ojos», a pasar de la rutina desesperanzada al nuevo sentido. Proceso que Lucas nos relata como si aconteciera en un solo día, pero que, de hecho, es tarea de toda la existencia. Nótese que en ese proceso hay un «momento sacramental» especialmente denso («lo reconocieron al partir el pan»), pero que ese momento no supone el final de ningún trayecto, sino el inicio de un nuevo caminar: regresaron a la comunidad y contaron lo que les había sucedido por el camino.

d) Este proceso mistagógico no es la «transmisión de una doctrina». No es el catecismo de preguntas y respuestas, ni la charla que da el sacerdote a los padres y padrinos de los bautizos o a las parejas de novios que quieren «casarse por la Iglesia». Tampoco es meramente la «transmisión de una ética», del modo en que hay que comportarse, de los valores que hay que proteger, etc. Más bien es ponerse en una situación en la que pueda producirse el encuentro con Dios. Ello significa, por poner algún ejemplo, que en algún momento del proceso se puede *ayudar* a descubrir el sentido de la oración y a orientar sobre el modo de hacerla personalmente o en familia; o también a percibir qué se nos dice del Misterio de Dios a través de los signos cotidianos que percibimos en nuestra vida personal, en nuestra familia, en nuestro barrio y entorno, en los sucesos del mundo; o a entrar en contacto con determinadas personas del entorno o de la comunidad cuyas vidas, cada cual a su modo, se caracterizan por una honesta búsqueda y deseo de Dios en el espesor de la realidad cotidiana; etc.

e) Como todo proceso, éste también pide su tiempo. No es una cuestión de aceleración, sino de cocinado lento. Aquí nos encontramos con algo difícil –dado el ritmo apresurado que la sociedad suele imponernos–, pero también irrenunciable. De cara a una pastoral sacramental que tenga este tono mistagógico, ya no valen preparaciones de bautizos consistentes en una charla de una hora, o cursillos prematrimoniales de tres sesiones, o procesos de preparación para la primera comunión en la que los padres de los niños aparecen tan sólo tres veces al año, sin recibir ellos mismos una preparación adecuada para ayudar a vivir en sus casas ese proceso al que se están despertando sus hijos. Si lo que se ofrece es grande –y así lo creemos–, la dedicación y predisposición para acogerlo también debe serlo. Y las renuncias que tal dedicación pueda suponer forman ya parte del proceso mistagógico e indican que para percibir el paso de Dios por nuestras vidas hay que darle espacio o tiempo; de lo contrario, «pasará de largo», sin que nos enteremos[9].

9. Estas renuncias afectan también a las comunidades o parroquias que ofertan la pastoral sacramental. Se les pide una dedicación en tiempo bastante exigente. También un abanico amplio de días y horarios que puedan facilitar la asistencia al proceso a personas cuyos horarios laborales son cada día más complejos.

f) Lógicamente, iniciar un proceso así pide personas con capacidad para motivarlo y animarlo. Toda mistagogía pide mistagogos. Pero no deberíamos pensar únicamente en letrados o teólogos o sabios, en el sentido en que lo entiende el mundo. A juzgar por la experiencia de Jesús y de los primeros cristianos, hay una «sabiduría sencilla» que percibe con mayor nitidez y hondura el misterio de la presencia de Dios en la vida (Lc 10,21; 1 Co 1,26-29). Estoy convencido de que en nuestras comunidades y parroquias existen esas personas de sabiduría sencilla que, trabajando en equipo, son capaces de motivar y animar este proceso con un espíritu profundamente ilusionado y apasionado. Es importante, en este sentido, que sea toda una comunidad la que perciba la importancia y urgencia de ofrecer una pastoral sacramental de este tipo, y que la sienta propia aunque encargue la responsabilidad concreta de llevarla adelante a un equipo de personas. Equipo a mimar y cuidar mucho, de amistad y misión, que en sí mismo sea ya capaz de mostrar, aunque sea en vasijas de barro, el tesoro del que se sabe portador.

g) De esta manera, las personas que piden recibir el sacramento, se ven, de entrada, acogidas por una comunidad y por un equipo de personas que, más allá del sacramento concreto, y sin más exigencia que la de la predisposición y el deseo, les invitan a recorrer un camino a través del cual pueda producirse un encuentro con Dios y una progresiva transformación de sus vidas, de su «mirada», de su «olfato», de su «corazón». Se precisan, por lo demás, gestos concretos por los cuales se haga perceptible, a los ojos de las personas, que son acogidas y acompañadas por una comunidad cristiana, por muy pequeña y sencilla que pueda ser[10].

10. Pienso, por ejemplo, en ofertas dentro del proceso, como la asistencia familiar a las celebraciones litúrgicas de la comunidad, o la oferta de espacios y lugares donde, si lo desean, puedan colaborar activamente en tareas que la comunidad cristiana lleve entre manos. Recuerdo que en la parroquia de Bellvitge (Hospitalet de Llobregat) una de las cosas que sorprendía más positivamente a los padres de los niños que se preparaban para su primera comunión era el entrar en contacto directo con personas que realizaban algún tipo de servicio o acción en la comunidad. Tan es así, que algunas de ellas, después de la comunión, se ofrecían a colaborar en ello. Algo similar sucedía con las parejas que se preparaban para el matrimonio, cuando en una de las sesiones se les invitaba a recorrer físicamente los espacios parroquiales y descubrir sus acciones y los rostros concretos de unas personas ilusionadamente comprometidas.

5. A modo de epílogo: «Llevamos este tesoro en vasijas de barro»

Lo hasta aquí esbozado no son más que criterios que puedan ayudar al ejercicio de una pastoral sacramental renovada que, además, pueda generar una realista ilusión esperanzada, tanto en aquellos que la proponen como en aquellos que la solicitan. No es, ni mucho menos, un proyecto estructurado al respecto, cosa realmente muy difícil y que compete a la particularidad concreta de las diversas comunidades y parroquias, sino simplemente líneas de fondo para seguir profundizando. Es verdad que tienen un cierto carácter utópico, que a algunos puede incluso parecerles «soñador»; pero también es verdad que lo que está en juego por detrás de la pastoral sacramental es algo muy grande, y las grandes cosas piden ser afrontadas con miradas altas que apunten lejos. En cualquier caso, se trata de una aventura apasionante a recorrer. Tal vez de las mejores cosas que desde la Iglesia podemos ofrecer hoy a nuestro entorno: una ayuda para el encuentro sacramental entre Dios y las personas en todo el espesor de la realidad de la vida. Pretensión ésta muy alta y que, sin duda, requiere toda una nueva concepción de la estructura y la misión de las comunidades cristianas y parroquiales en nuestra sociedad, encaminada posiblemente en la dirección de células, tal vez no muy masificadas, pero significativas y con una fuerte interiorización de su razón misionera[11].

Por lo demás, y en contra de una postura tal vez excesivamente rigorista que ya hemos visto, estos criterios aspiran a que esta oferta pueda ser aceptada no sólo por personas «selectas». En el fondo, todos somos *«vasijas de barro»,* igualados en nuestra condición común de fragilidad. A su vez, también aspiran, contra una postura excesivamente contemporizadora, a que tal oferta no acabe trivializándose y, en el fondo, vaciándose de su contenido nuclear. Porque lo que nos ha sido dado, y llevamos en vasijas de barro, es *un tesoro;* algo realmente valioso que no debería ser puesto en manos de quien, en el fondo, no lo desee.

11. Esta nueva estructuración y misión es «gallo de otro cantar»: el cantar de otro artículo dedicado a ello y que aquí no podemos emprender ahora.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

DENIS EDWARDS

El Dios de la evolución.
Una teología trinitaria

152 págs.
P.V.P.: 12,00 €

Denis Edwards aborda complicadas preguntas sobre la relación entre la ciencia contemporánea y la fe cristiana. Examinando conceptos cristianos tradicionales a través del prisma evolucionista, desbroza el camino a nuevas formas de concebir la naturaleza de Dios y del Universo. Para ello comienza revisando los relatos bíblicos de los orígenes y la visión evolutiva de mundo y examina la naturaleza de Dios y de su poder, prestando especial atención a lo que al respecto han dicho Teilhard de Chardin, Karl Rahner y Jürgen Moltmann. Un libro provocador y sugerente, escrito con sabiduría y con pasión.

ST 94 (2006) 901-912

De anhelos y sueños.
Desentumecer la pastoral sacramental

Luis Romero Rangel*

Palabras de introducción

Comienzo manifestando desde dónde escribo, porque creo que eso ayudará a situarnos. Soy sacerdote en una parroquia de barrio en una ciudad de «provincias». A ella sirvo, y allí fundamentalmente expreso y celebro mi fe. «Completo mi horario» con clases de teología, que me estimulan a buscar respuestas a la vida desde la fe, y que ésta alumbre aquélla. Mi propósito en esta aportación se circunscribe a:

- compartir, desde la esperanza, que nuestra mirada puede estar distorsionada por la realidad que nos satura, y cómo el «colirio» evangélico es el único capaz de limpiarla;
- apuntar algunos desplazamientos a realizar, necesarios para situarnos en la cara más evangélica de la realidad;
- hacer unas propuestas, contrastadas por la vida de la comunidad en la que estoy, que puedan alumbrar la pastoral después de los sacramentos.

Todo teñido de esperanza y, como pastor, sin fatigar con aparato crítico y largas citas.

Qué vemos y por qué lo vemos así

Creo que la situación es sobradamente conocida por todos. No ahondaré en ello ni repetiré de nuevo los datos de la realidad pastoral con la que convivimos a diario. Pero sí creo importante alertar de algunas

* Párroco de «San Roque». Badajoz. <luisromero53@hotmail.com>.

trampas frecuentes que pueden desenfocar nuestra mirada y nuestros análisis. De esta forma, el paisaje interno se transforma, y así se posibilita que exploremos otros territorios que también son parte de la realidad y que nos están vedados por estar usando siempre las mismas «gafas».

Algunas trampas a desactivar que nos condicionan la mirada

Antes de entrar en la reflexión como tal, conviene que nos hagamos conscientes de que, posiblemente, nuestra mirada está reducida por algunos agentes externos e internos. Lejos de querer ser exhaustivos, proponemos aquí solamente parte de ellos:

1. Con frecuencia se nos ve extasiados en *«atendernos»,* hiper-ocupados en mirarnos a nosotros mismos. Por un lado, los lamentos quejumbrosos ante la escasez de respuesta a la pastoral que realizamos atrapan nuestras energías; por otro, empleamos mucho tiempo escuchando con avidez los análisis condenatorios del «laicismo reinante», culpable de todos nuestros males.

   Vendría bien recordar las palabras del entonces cardenal Ratzinger: «la Iglesia está tan ocupada en sí misma que olvida escuchar los gritos de los hombres». Ante tal saturación de preocupaciones de índole interna, ¿no estaremos perdiendo capacidad para escuchar el latido de la vida? ¿No habremos levantado tanto los muros del desasosiego que nos queda poco fuelle esperanzador para otear horizontes nuevos?

2. *Síndrome de la iglesia vacía.* Es similar a cuando los hijos se emancipan y dejan el hogar («nido vacío»). Esto produce, en ocasiones, una situación depresiva en los padres, que no saben qué hacer ni cómo ser padres para ayudar a los hijos en esta nueva etapa. Incluso algunos llegan a instalarse en la queja continua: «ya no quieres nada con nosotros...». Salvando las distancias, ¿puede estar sucediendo esto mismo en la pastoral? ¿Es posible que reaccionemos como los «padres abandonados»? O tal vez nos resignamos a que esto es lo que nos queda: vivir estoicamente esta etapa hasta que lleguen los *nietos* –otra generación– que nos vuelvan a dar sentido, contenido y utilidad. Claro, la consecuencia inmediata es la

dimisión como pastores de la persona de hoy, pues la de ayer no existe, y no sabemos nada de la que vendrá.

3. *Síndrome del hermano mayor* del hijo pródigo, seguro de sí y de haber «cumplido» y resistiéndose a compartir mesa con el que regresa. Es parecido a lo de las 99 ovejas que se quedan en el redil, recelosas ante el desvarío del pastor, que por una sola arriesga tanto, estando las de toda la vida sin atender. Quien padece esta distorsión ve el problema únicamente en los que se han ido o descarriado, olvidando que el centro de las dos parábolas no es éste, sino el corazón del Padre, que en ambos casos le moviliza para «salir afuera» a ir a *«buscar y salvar lo que está perdido»*. No es cuestión de centrar el problema en por qué no están o qué les ha empujado a irse, sino más bien en la imparable fuerza que empuja al Padre-Pastor a buscar y, después, a festejar porque lo ha recuperado. Dinamizar y festejar son dos verbos que hemos de aprender a conjugar en nuestras comunidades, pues ellos nos conducen a conectar con el sentir del Buen Pastor y con el corazón del Padre: *«Tanto amó Dios al mundo...»*.

4. *«El total es lo que cuenta»*. El anuncio televisivo de este último verano que nos invitaba a tomar conciencia de cómo cuidar el entorno valorando los pequeños gestos, cuya ausencia lo cambia todo, pone el dedo en la llaga de una usual reacción de descuido y dimisión ante los bienes comunes. *«Total, por una botella más en el bosque..»*.

   ¿Sucede algo así en nuestras comunidades parroquiales?
   Veamos algunas expresiones de uso común:

   «Total, para los que vienen a misa...».
   «Total, para los que van a quedar después de la comunión, confirmación...».
   «Total, para el caso que nos hacen...».
   «Total...» Cuando tocamos el «total», o cuando éste se cuela en nuestro lenguaje, algo ha pasado antes en nuestro corazón de creyentes y pastores.

¿Aplicaríamos el «total...» ante la salud de los seres más queridos? Cuando una leucemia u otra enfermedad cruel caen como una bomba sobre un joven cercano, ¿no nos movilizamos para lu-

char contra un diagnóstico que, a todas luces, es irreversible? Creo que esto nos lleva a plantearnos qué es lo que en verdad *nos duele.* Es el dolor lo que nos moviliza y no nos deja «aguantarnos ante la realidad». ¿Participamos de la actitud compasiva de Jesús, al cual, a la vista de la muchedumbre, se le conmueven las entrañas *«porque vagan como ovejas sin pastor»*?

5. Estamos embelesados por creernos los *poseedores de la visión total* de la realidad, que nos da un aporte de seguridad y contundencia. La realidad es que hoy, en el actual pluralismo de las experiencias e interpretaciones del mundo, cada cual tan sólo puede tener fragmentos sueltos de verdad en la mano. El fragmento cristiano vive convencido de que Dios se ha manifestado a todos los hombres y de una manera definitiva en Jesús, y por todo ello «persiste» en el seno de la Iglesia. Pero no es menos cierto que Dios se sigue dejando oír en el *«libro de la vida, de la que la Biblia son sólo sus notas»* (San Agustín). La certeza de nuestro camino no nos puede llevar a desdeñar otras visiones, experiencias y concepciones sobre la realidad a las que también llegan las semillas del Verbo. «La palabra histórica de la revelación es definitiva, pero es inagotable. El Espíritu Santo, como intérprete de Cristo, muestra a la Iglesia que esa palabra siempre tiene algo nuevo que decir». Somos parte de la verdad de Dios y nuestra mirada participa de ella, pero históricamente condicionada y enriquecida en el contacto y diálogo con el «extraño». ¿No hicieron así los primeros pastores de aquellas primitivas comunidades que pusieron en diálogo la fe con las culturas circundantes? ¿No extrajeron de esas culturas mediaciones de las que hemos vivido secularmente? Convencidos de que no se cambia lo que no se ama, sólo una mirada con entrañas de misericordia puede hacernos entrar en el territorio de bondad presente en nuestro mundo y avistar los fragmentos de verdad presente en él.

Movimientos-desplazamientos

Necesitamos realizar unos movimientos o desplazamientos para limpiar nuestra mirada y ver si es «mota» o «viga» lo que vemos o si es ello mismo lo que no nos deja ver claro.

1. Debemos trasladarnos urgentemente del chalet en el *valle de los decaídos* para *habitar en atalayas* oxigenadas y oxigenantes desde donde observar con perspectiva para otear los movimientos que anuncian presencias. ¿Qué os parecería si organizamos en la parroquia un grupo de *vigías* dispuestos a descubrir todo lo que en los sucesos que vivimos viene preñado de Dios, aunque se nos presente en otros formatos? ¿Sería muy descabellado organizar y pertrechar a un grupo de personas que fueran como los zahoríes, buscadores de aguas subterráneas debajo de la tierra reseca? Nos sorprendería comprobar cuánta *zarza ardiente* está cerca de nuestro lugar. La mirada, bien lo sabemos, es velada por una visión esclerotizada o de foto fija y en blanco y negro (quedándonos en el *ayer* de visiones y análisis). Por tanto, descontaminemos las comunidades de todo lo que hace irrespirable la esperanza.
2. Debemos pasar de mirar exclusivamente los *problemas internos*, cargando la causa de ellos en circunstancias externas, a *otear signos del Reino de Dios* prendidos en la vida de nuestra gente. Mirar sólo a lo de dentro nos intoxica el aire. Mirar el mundo, sin condenas ni maniqueísmos, nos posibilita conectar con los nuevos signos de Dios presentes en él. Estimulemos, pues, nuestras capacidades para ver, como el Creador, para quien *«todo era muy bueno»,* y adentrémonos en la convicción de que, desde la Encarnación, nada es profano.
3. Debemos resituarnos y pasar, del *entumecimiento* y el *encorsetamiento* pastoral, a fórmulas y estrategias de *acción esperanzada y creativa,* motivada por la convicción de que *Dios se enamora de cada generación.* La reiteración acrítica de las costumbres pastorales puede tener el mismo efecto que el muro de mil doscientos kilómetros, cuya firma se ha realizado recientemente.
4. Debemos pasar, de *huir a nuestras personales Tarsis* (como Jonás), a descubrir que en todos los tiempos y lugares (vientre de la ballena incluido) es posible conectar con el Dios que no se resiste a perdernos. Su corazón se conmueve ante los habitantes de nuestras Nínives y, al mismo tiempo, nos necesita para hacer tangible y audible su salvación. El miedo es un sentimiento paralizante y que nos aísla. Así de claro nos lo decían los obispos vascos en su pastoral de 1989:

> «A la luz de la opción por la evangelización, tomamos conciencia más viva de una de las tentaciones eclesiales más poderosas del momento presente: *el miedo.* Él nos induce con frecuencia a confinarnos dentro de los muros de la Iglesia, en una actitud desconfiada e incluso reivindicativa ante la sociedad. Provoca en otras ocasiones un reflejo acomplejado a disolverse y diluirse en la sociedad».

Separar para reciclar

No es que yo sea un adicto televisivo, pero sí veo que la publicidad utiliza la imagen y la palabra de tal manera que comunica. Con frescura y creatividad. ¿Nos suena? En la campaña para el reciclaje se nos invitaba a separar; porque no es lo mismo el vidrio que el plástico, los restos de pizza que las pilas alcalinas. Cada cual tiene un proceso distinto para poder volver a ser reutilizado con éxito, y para ello tenemos una condición: separar. Dicho de otra manera, distinguir. Que no todo cabe en el mismo saco, porque no se le puede dar el mismo tratamiento. Es más, en nuestro tema hay una parte importante que no necesita ser reciclado, sino dimensionado.

Es necesario distinguir –como nos decían los clásicos– para situar la cuestión. Por un lado, avanzamos que el problema de la baja práctica sacramental, en cantidad y en densidad, no está en el contenido, que es claro y salvífico, sino que puede estar en el envasado, producto de épocas y culturas de otro tiempo. Lo que ofrecemos es un regalo, don de Dios, incluso el mismo Dios. Pero la envoltura cultural es ininteligible y ausente de significado para la persona de hoy, tanto que provoca rechazo. Esto nos hace percibir cómo lo que está en crisis no es tanto el sacramento cuanto las formas de realización expresadas con unos medios que pueden parecerse más a productos ultracongelados que a alimento tierno y fresco (*praderas de hierba fresca*).

No quisiera caer en un análisis simplista al situar sólo en este punto –la forma cultural de la expresión sacramental– la raíz de todo el problema, pero sí afirmar que puede que estemos confundiendo lo sustantivo con lo adjetivo y creamos que es más producto de un rechazo al sacramento (de dos generaciones ya) o de una campaña laicista perfectamente organizada.

Lo que se dice de las celebraciones dígase también de la anterior y posterior tarea pastoral.

**«La orza de harina no se vaciará,
la alcuza de aceite no se agotará» (1 Re 17,14)**

Quiero poner este texto como pancarta de cabecera de lo que seguirá como manifestación de fe y esperanza. Este texto nos traslada a la firme convicción de tocar las promesas cumplidas de Dios, de palpar, experimentar y sumergirnos en la experiencia de que somos parte de una historia de fidelidades.

Puede parecer que el momento pastoral que vivimos tiene bastante que ver con lo de las «cisternas agrietadas» de Jeremías, como si todos los esfuerzos que hacemos en la pastoral se nos escaparan por unas grietas que no conocen fondo. Por otro lado, sufrimos al ver a nuestra gente optar por las «cisternas», en lugar de hacerlo por los manantiales de montaña, «fuentes de agua viva» (Jr 2). Ello nos hace tener la sensación de haber tocado fondo en la mirada de futuro, la sensación «desestimada» de ser los «últimos mohicanos». Por todo ello, creo que este texto puede ser el foco que nos acompañe en la búsqueda común y nos ilumine en esta reflexión. También puede librarnos tanto de una acción pastoral prometeica como de un desasosiego desesperanzado que nos hunde en la inacción deformante.

Las palabras del profeta, profecía cumplida, se realizaron entonces y se realizarán ahora. La condición, nuevamente, es la fe en el Dios creador que interviene en la historia de nuestra gente. Es necesario tener fe en el hombre, capaz del misterio, y por ello debemos creer y esperar en el triunfo del proyecto de Dios sobre la humanidad. Claramente, nuestro aceite (gracia, don...), nuestra harina (pan, alimento nutriente), no conocerá fondo. Podemos afirmar que nuestra despensa está asegurada.

Es obvio que, desde nuestra personal experiencia diaria, la sociedad se comporta como si no gustase nuestra harina, y nuestro aceite fuese considerado como innecesario y rancio para el vivir diario (cultura urbana). Puede que le estemos ofreciendo una harina *light,* aún envasada en culturas de otro momento, y un aceite embotellado en vasijas oxidadas de antaño, que tamizan su sabor y sus efectos. Me viene a la memoria una pequeña historia:

> Un predicador indio preguntaba a su auditorio: «¿Cómo es que los niños europeos beben leche y engordan, y los de la India también beben leche y no engordan?».

«Muy fácil –siguió el predicador–: porque la leche que beben los niños de la India no es leche».

¿Puede estar ocurriendo algo de esto en nuestras comunidades? ¿Es posible que las celebraciones *no celebren nada*? ¿No será que la vida está ausente de las celebraciones sacramentales? ¿Acaso no estemos ofreciendo los nutrientes que la gente necesita y que, sin embargo, sí están en nuestra despensa?

En cualquier caso, ni la orza se acabará ni la alcuza se agotará. Esta esperanza en las promesas da fundamento a una pastoral fecunda, avalada por la providente mano del Buen Pastor: Dios quiere dar a sus hijos de su harina y de su aceite, necesita vasijas en las que se encarne y acerque, manos llenas de ternura como quien nos dio su cuerpo. Lo demás... es cosa suya que no falte.

Convicciones que nos alumbran

Podemos enunciar algunas convicciones que nos alumbran, o perogrulladas de sentido pastoral nacidas del camino y del aprendizaje al lado del único pastor:

1. La *pastoral presacramental* no tiene como objetivo la recepción de un sacramento, sino el acercamiento a la Palabra en la comunidad cristiana. La meta, por tanto, no es la celebración, sino que el empeño de engendrar, no sin el dolor de aparentes fracasos, a nuevos creyentes. Existimos para evangelizar: ésta es nuestra identidad eclesial; y no podemos dar por supuesta la evangelización. Sabemos bien que ésta precede a la catequesis. Si bien no podríamos crear un escenario donde se dieran ambas en estado puro, necesitamos primar la evangelización sobre la catequización. Enfocar bien la cuestión es tan importante como acertar en tarea tan primordial. ¿Están todos nuestros procesos de preparación atravesados por la impronta misionera? Hemos de mimar estos momentos para que pueda realizarse lo que deseamos: que la persona acceda al encuentro creador y salvífico con el Señor, que descubra al Dios de Jesús como Él nos lo comunicó.

2. Sin comunidad cristiana no hay celebración fecunda y que anuncie su multiplicación. Si no hay comunidad, no puede haber percha de

la que colgar el despliegue que para el creyente supone la recepción sacramental, que necesita el suelo común del nosotros, y ahí encontrar la escuela de vuelo para no quedarse en zonas domésticas y domesticadas. La celebración sacramental ha de posibilitar el «acontecimiento salvador». Dado el objeto de este trabajo, no puedo detenerme mucho en este apartado; únicamente añadiré que quizá no haya que poner tanto el énfasis, desde una pastoral rigorista, en «cribar» quiénes acceden al sacramento cuanto en patentar a la comunidad cristiana en la celebración del sacramento, que lo es de la Iglesia y no de la familia o las personas que lo han solicitado. Si la comunidad cristiana no se hace presente a través de testigos, catequistas, etc., ámbito y talante evangelizador, ¿cómo van a «ver, oír, palpar...» al Verbo de la vida que se prolonga en el hoy de la Iglesia? O, dicho de otra manera: ¿cómo van a sentirse vinculados a una comunidad inexistente y ausente de «su» celebración? Así, la experiencia de realizar sacramentos únicamente vividos por estos protagonistas culturalmente no evangelizados, les inducirá a experimentarlos más como una vivencia puntual y extraña a su realidad que como un sacramento que incorpora y potencia la pertenencia a una comunidad cristiana, que le ha servido de seno acogedor y lugar de desvelamiento del misterio.

3. Algo que no siempre tenemos presente: el cristiano, como cada persona, es un *ser en proceso.* Los ciclos vitales afectan necesariamente a la experiencia de Dios.

   Los ideales y las normas son intemporales, pero la persona que los vive está sujeta al tiempo. Ortega decía: «soy yo y mis circunstancias». Creo que nosotros podemos decir que la persona es más circunstancia que yo libre, integrado... Lógicamente, todo influye en la relación con Dios.

   La experiencia de Dios ha de cambiar con el tiempo, el tiempo interno que vive la persona (infancia, juventud, madurez, ancianidad); y si no se evoluciona, algo pasa. No se le puede pedir a un niño de primera comunión que tenga ya los valores de un cristiano adulto. Recuerdo cuando a mí, con diez años, me pusieron una sotana y me exigieron ya una espiritualidad de cura; o cuando, ya en mi juventud, se me pedía tener una concepción de la sexualidad como si ya tuviera el voto del celibato.

¿Creemos que podemos pedirle a un niño la asimilación de valores propios de adultos? «El que recibe, lo hace según su propia capacidad», decían los clásicos. ¿Podemos esperar de un adolescente que tenga una síntesis de la fe cuando ni siquiera ha superado la idea de un Dios mágico y concebido a imagen de su padre?

4. La catequesis al uso centra su interés y esfuerzo más en llenar de contenidos que en propiciar experiencias creyentes. Sin entrar en polémicas infecundas, lo que sí podemos contrastar es el resultado de la misma, que, en el mejor de los casos, lo que produce es un nuevo catequista.

Tejiendo sueños

Podemos ir tejiendo sueños elaborados en lo sencillo, con algunas propuestas verificadas en una sencilla comunidad parroquial de barrio.

1. Catequesis familiar

En nuestra comunidad queremos estar presentes ya al inicio de la educación en la fe, cultivando la relación con los padres de los niños bautizados, ofreciéndoles elementos para ayudar con las primeras oraciones, etc. Al llegar el momento de solicitar la primera comunión, se inicia el proceso conjunto de padres e hijos. Así, la catequesis familiar afectará a todos los de la casa.

La experiencia que tenemos de relación con los padres podríamos sintetizarla, con lo difícil que es atrapar la vida en palabras, como sigue:

- Facilitamos espacios donde son escuchados «por la Iglesia». Sin duda alguna, han tenido suficientes experiencias en las que ellos no eran sujetos, sino objetos de la pastoral, y objetos, por tanto, siempre pasivos. El cambio de rol es muy sano, porque acontece que, cuando sacan al aire las heridas, experiencias..., desde las dudas hasta sus escándalos, por el mismo hecho de poderlas verbalizar ya hay una parte que sana. Después vendrá el iluminar; pero hay que escuchar y que ellos sientan, porque así lo es, que no se trata de una treta ni de una estrategia, sino de una actitud honda que nace del Dios que «escucha el clamor de su pueblo».

- Desde la escucha al diálogo. Dejando a un lado la pastoral fuertemente *monocultural* implementada en muchas de nuestras comunidades eclesiales, sin hacer acepción de personas ni de grupos étnicos o culturalmente diversos. Y con frecuencia podemos observar que no se siente la necesidad de adaptarse o de inculturarse a esas realidades ajenas a ella misma. Diálogo entrenado al lado de nuestro Maestro, que supo tejer encuentros y generar vida y esperanza.
- Generar un ambiente donde testigos de la fe, sean o no catequistas, ofrezcan su experiencia y compartan su manera de vivir «en creyente» en el aquí y el ahora de la salvación.
- Propiciamos ámbitos donde pueda acontecer la experiencia con el Dios de Jesús, que, por un lado, es lo mejor que podemos dar y, por otro, es lo que está en el fondo de sus búsquedas, aunque éstas sean por caminos no «codificados».

A medida que el proceso avanza, es fácil proponer a estas familias que participen en otras actividades de la comunidad, bien de manera esporádica o con un carácter más permanente. También se posibilita que participen en servicios de la comunidad, como el aula de mayores, las clases de lengua castellana a inmigrantes, los programas de apoyo al estudio, etc.

Al tiempo, los niños son integrados en lo que nosotros denominamos «comunidad infantil», haciéndose miembros activos, ya que no sólo participan de sesiones de catequesis, sino de otra series de experiencias que les ayudan a salir del ensimismamiento de las *play stations,* los móviles y los juegos de ordenador. Esta comunidad infantil no caduca con la comunión, sino que continúa ofreciéndoles otras alternativas pastorales, cuidando las actividades en la naturaleza durante el curso, así como un campamento en verano.

2. El «segundo» momento

En el paso de la comunidad infantil a la comunidad juvenil, la vinculación debe ser a la comunidad, y no basta con «apuntarse» a la confirmación. Se inicia un proceso el que el tiempo no es el factor determinante (del tipo *«a los dos años te confirmas»*), sino que es fruto de discernimiento con los monitores.

Antes de acceder al sacramento, se les va ayudando a descubrir que han de adoptar un compromiso concreto, social, eclesial, de voluntariado, en la asociación juvenil de la parroquia, etc., cada cual según lo que reciba como llamada de Dios. Este compromiso ha de materializarse antes de la celebración misma del sacramento, en la que también habrá de expresarse, si es posible.

La comunidad juvenil continúa con su programación y sus actividades, y los confirmados acceden a nuevas responsabilidades y participan ya más de lleno en la vida de la comunidad adulta, teniendo espacio, voz y atención en el seno de lo que estamos empeñados sea habitable para los jóvenes. Creo que se nos llama a ser creadores comunitarios en una Iglesia que no puede permitirse el lujo de perder la esperanza en Dios y en la persona, y cuyo apasionamiento por Él y por su causa se verifica en la pasión por el hombre y sus causas.

Resto, no residuo

Quiero concluir con esta afirmación, que nos sitúa de otra manera ante la misma realidad: Si vamos siendo pocos, si la tendencia es a ir siendo menos, ¡¡seamos *resto*!!, como aquel grupo que permaneció leal en toda época y circunstancia (deportación, invasión, y confrontación con culturas ajenas a su fe), manteniéndose fiel al Dios de las Promesas, poniendo en Él su fuerza y su esperanza. De este «resto» saldrá el Siervo que *«no quebrará la caña cascada ni apagará el pábilo humeante».* No nos vivamos como residuo de otras épocas, medrosamente arrinconados y encerrados en «cenáculos», como si no hubiera habido Pentecostés. Alentados siempre por la convicción de que *la orza de harina no se vaciará, la alcuza de aceite no se agotará.*

ST 94 (2006) 913-931

Los padres y su implicación en la iniciación sacramental de sus hijos

Jesús Garcia Herrero*

En esta sociedad, en la que ha crecido la secularización y se margina la dimensión religiosa, resulta significativo el número de familias que aún piden los sacramentos de iniciación de sus hijos (especialmente bautismo y primera comunión).

Entendemos que las familias buscan, como mínimo, una ayuda en orden a cumplir las responsabilidades de sacar adelante a sus hijos, y desean conferirles unos rituales que, a su vez, les facilitaron a ellos los abuelos. En muchos de los casos, pretenden también vincular a sus hijos con la dimensión religiosa y eclesial que ellos viven o han vivido en determinadas etapas de su vida.

Ante esas demandas, en los responsables parroquiales se entrecruzan una serie de *sentimientos,* en ocasiones, contradictorios:

- Alegría y gozo, porque aún vienen a nuestro ámbito eclesial.
- Incomodidad, porque no vemos claros los motivos estrictamente religiosos.
- Insatisfacción, porque los padres no responden a nuestra pretensión de que se impliquen y corresponsabilicen seriamente en la maduración cristiana de sus hijos.
- Confianza en las posibilidades que ofrece el proceso de preparación y celebración sacramental en orden a la revitalización cristiana de las familias.

* Miembro del Consejo de Redacción de Sal Terrae. Párroco de La Cena del Señor. Madrid. <jesuscena@telefonica.net>.

- Dudas sobre la posible continuidad de los padres y los niños en el camino cristiano.

Desde esos sentimientos encontrados, surgen en los responsables pastorales estas diversas *actitudes:* cumplir el expediente exigiendo los mínimos; hacer honestamente lo que esté en nuestras manos para sacar el máximo posible en la línea de que tengan la oportunidad de experimentar una vivencia religiosa positiva; implicarse al máximo y confiar en las familias, poniendo en acción diversas iniciativas que conecten con sus inquietudes para profundizar en su experiencia religiosa y en su posible implicación personal y eclesial duradera.

Conscientes de estas contradicciones y desafíos, desde la experiencia de una Comunidad Parroquial (*La Cena del Señor,* de Madrid), trataremos de explicitar nuestros criterios y proyectos concretos.

Confiar a pesar de las dificultades

Después de una prolongada experiencia de atención pastoral a padres de primera comunión, nos queda a menudo la sospecha de que muchos demandan la comunión para sus hijos por motivos sociales (regalos, presentación de los niños en sociedad, comidas familiares...). En ese caso, se resistirían a toda implicación personal y directa durante el proceso de preparación religiosa. Esta desconfianza inicial con respecto a las actitudes de los padres nos juega una mala pasada.

En verdad, no podemos ignorar la incidencia de las motivaciones sociales derivadas de nuestra inmersión en esta sociedad de consumo; pero no conseguiremos nada con una serie de duras exigencias previas para darles el visto bueno. Entendemos que es preferible partir de ellos, de las diversas situaciones y motivaciones, que hoy son muy plurales, y desde ahí, a través de cauces y ofertas positivas, caminar con ellos hacia adelante.

Podemos encontrarnos con el caso de padres indiferentes a lo religioso, pero que respetan el interés de su niño, el cual, por inquietud personal, influencia de la abuela o del grupo de amigos, desea hacer la primera comunión.

Nuestra primera respuesta ha de consistir en «agradecer» a esos padres que nos confíen a sus hijos, con la esperanza de que los mínimos

contactos que podamos tener, a lo largo de los dos cursos de preparación, puedan provocar en ellos un cambio positivo. Pienso en una familia concreta de padres separados; traen a sus hijos no bautizados a la preparación de la primera comunión. Temían un rechazo inicial de la parroquia; pero, a lo largo del proceso, terminaron agradecidos, implicados (uno de los padres sigue acompañando a los hijos a la Misa dominical, años después, e incluso la madre se ha incorporado como apoyo al grupo de catequistas).

Desde el realismo, ofrecer diversas posibilidades de encuentro con los padres

Nos vamos a fijar en los padres de primera comunión, para poder concretar las diversas ofertas desde nuestra propia experiencia.

Es importante *el primer contacto,* cuando vienen a inscribir a los niños. Conviene una acogida cálida, explicativa de nuestros propósitos, de la importancia que damos a su apoyo en la tarea de la iniciación cristiana de sus hijos. Queremos contar con ellos y agradecerles que vengan a la primera reunión, después del comienzo de las catequesis con los niños. Ofertamos dos convocatorias en días distintos, para facilitar la asistencia. Las catequistas que hacen la inscripción quedan preocupadas por las actitudes de exigencias, a la vez que de indiferencia, que afloran en muchos padres. Sin embargo, hay que confiar y dar tiempo a la búsqueda de nuevas conexiones que vayan incentivando un nuevo clima.

Primera Reunión. Suelen acudir la mayoría de los padres. En ella destacamos estos contenidos: saludo, gratitud, estamos embarcados en la misma tarea, plan de trabajo con los niños en la parroquia, tareas de los padres (transmisión de creencias, valores, oraciones, rituales...). Les insistimos en la importancia de que acompañen a sus hijos en la Misa dominical con niños, en la que una vez al mes estará directamente involucrado el grupo de su hijo. Durante el curso pasado, nos ha sorprendido positivamente la asistencia de muchos padres a esa Eucaristía. Al final del encuentro se lee un mensaje, por ejemplo:

CARTA DE UN NINO ENFERMO HOSPITALIZADO

«Querido Dios:

Gracias por haber venido. Has escogido el momento perfecto, porque no me sentía muy bien.

Al despertarme, volví la cabeza hacia la ventana para ver la nieve.

Y en ese momento supe que venías. Estaba solo en la tierra. Era tan temprano que hasta los pájaros estaban dormidos todavía, y tú estabas intentando fabricar el alba.

Te costaba, pero insistías. El cielo empalidecía. Ibas rellenando el aire de blanco, de gris, de azul; empujabas la noche, reavivabas el mundo. No parabas. Precisamente en ese momento fue cuando comprendí la diferencia que hay entre tú y nosotros:

"Tú no te cansas nunca". Eres infatigable: "que se haga el día, que se haga la noche, que llegue la primavera, que venga el invierno".

Me di cuenta de que estabas ahí, que me estabas contando tu secreto:

"Cada día, mira al mundo como si fuera la primera vez". *Seguí tu consejo. Por primera vez, contemplaba la luz, los colores, los árboles, los pájaros, los animales. Sentía que el aire me pasaba por la nariz y me hacía respirar. Me sentía lleno de vida, me entraban escalofríos de felicidad.*

Gracias, Dios, por haber hecho esto por mí. Tenía la sensación de que me tomabas de la mano y me conducías al corazón del misterio.

Hasta mañana. Besitos.

Oscar.

Postdata: ¿les puedes montar esta escena de la primera vez a mis padres?».

A continuación tienen un breve encuentro, por grupos, con las catequistas para facilitar la comunicación y el conocimiento mutuo.

En el *segundo trimestre del curso* procuramos otro momento de encuentro significativo con los padres, de modo que se sientan imbricados en el proceso que se va desarrollando con los niños. Los convoca-

mos en referencia a la fiesta de la *Presentación del niño Jesús en el Templo* (2 de febrero), con este planteamiento:

Fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo / «La Candelaria»

«Abrir espacios a la luz para ser iluminados por Jesús, Sol de Dios»

Objetivos:

Después de la charla de comienzo de curso con los padres de 1º de Comunión (que ha incidido en una buena participación de los padres en la Misa de 11), tratamos de establecer un nuevo contacto con ellos; ahora, no mediante una charla, sino mediante un ritual en el que ellos se sientan involucrados junto a sus hijos. Los ritos incluyen también un mensaje y tienen más fuerza que las palabras solas.

Facilitar su asistencia, puesto que son muchos los que acuden a la Misa; es más difícil buscarles un horario adecuado entre semana.

Rito de participación:

Con el trasfondo de la Fiesta de la presentación de Jesús en el Templo para ser consagrado al Señor, acogido por el anciano Simeón que le proclama «luz de Dios para todas las gentes», preparamos un breve ritual de presentación del hijo a la Comunidad por los padres en esta etapa de preparación a la Primera Comunión, y la entrega a los mismos de una vela (luz de Jesús para ellos).

Plan de preparación:

- Carta-invitación a los padres en la que se les explica el sentido y desarrollo del Ritual en el que van a participar.
- Preparación del Ritual de la Misa.

Ritual para la misa

➢ Lecturas especiales:

- 1 Samuel 3,3-10.19 (Vocación de Samuel).
- Colosenses 1,12-20 (Gracias a Dios, porque nos ha sacado de las tinieblas al Reino de su luz).
- Lucas 2,29-32 (Presentación del Niño y encuentro con Simeón).

➢ Al finalizar la lectura del evangelio:

- Los *padres* salen con su hijo ante el Sacerdote al pie del altar y dicen: PRESENTAMOS A NUESTRO HIJO ..... (dicen el nombre) A ESTA COMUNIDAD PARROQUIAL EN LA QUE SE ESTA PREPARANDO PARA LA PRIMERA COMUNION.
- El sacerdote le impone la mano y dice: «Que el Señor sea tu luz y te acompañe siempre», en Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

➢Homilía:

Los hijos son don de Dios, regalo de la vida a través de los padres. Los creyentes Judíos se los ofrecían a Dios para recibir su bendición en diversos momentos de su vida: presentación en el Templo, ritos especiales de incorporación a la Comunidad al cumplir los 12 años...

Dios, junto a los padres y familiares, les acompaña en su crecimiento: es su providencia, su luz, su paz...

Simeón advierte a José y a María: «tenéis en vuestros brazos a un hijo de Dios».

Los abuelos tienen experiencia de Dios: saben hablar, rezar con El; han comido muchas veces su pan de comunión. Preguntadles, escuchadles, que os cuenten historias de Dios.

➢ Después de la Comunión:

– *Los catequistas* encienden las velas preparadas en bandejas.
– *El sacerdote* las bendice: «Oh, Dios, fuente de toda luz, que nos muestras a Jesús como SOL que ilumina a todas las gentes. Dígnate santificar con tu bendición estas velas † para que los niños que las reciben queden iluminados y sean testigos de la luz», en Jesucristo N.S. Amén"
– *Los padres* entregan una vela a su hijo y dicen: «LA LUZ DE CRISTO».
– *El niño* responde: «AMEN».

➢ Canción: «Nacidos de la luz, hijos del día. Nacidos de la luz».

➢Mensaje final: Encender una luz.

Cuentan que la Madre Teresa de Calcuta, en un viaje a Melbourne, fue a visitar a un enfermo que estaba solo y era un desconocido.

La casa estaba sucia y desordenada, y ella intentó limpiarla. Pero el enfermo no se lo permitía: «¿Para qué, si nadie viene a verme?».

Entre los cacharros, la Madre Teresa encontró una preciosa lámpara cubierta de polvo. «¿Por qué no la enciendes?», le preguntó.

«Sería inútil: nadie viene a visitarme. Estoy bien a oscuras», respondió el enfermo.

A pesar de las protestas, ella adecentó la casa, preparó la lámpara de aceite y la dejó encendida para iluminar aquel oscuro rincón.

Días después, la Madre Teresa recibió una breve nota del anciano enfermo:«Dile a mi amiga que la lámpara que prendió en mi vida sigue encendida».

En el curso pasado, los 50 niños estuvieron acompañados por sus padres inmersos en un clima de atención, participación y ambiente de profundidad durante esta celebración de transmisión de la luz.

En el *tercer trimestre* se facilita otra buena ocasión de encuentro con los padres, invitándoles a participar junto con sus hijos en la ***Celebración Pascual Comunitaria,*** el sábado de la semana de Pascua, en una casa de Convivencias fuera de la parroquia. Para facilitar su participación activa en la celebración, se les ofrecen unas pautas de trabajo: junto con los hijos, han de participar en un rastreo por los alrededores de la finca donde nos encontramos, para buscar símbolos de vida que los niños aportarán durante la Eucaristía.

Habilitamos también ***otros caminos*** de incidencia de los niños en el ámbito familiar. En ese sentido, aprovechamos los *tiempos litúrgicos fuertes* para llegar a las familias a través de mensajes de los que son portadores los niños:

En el *Adviento* pusimos en marcha esta campaña que hicimos llegar a los padres:

Adviento: preparamos sitio a Dios en nuestro hogar

En la casa de los abuelos había sitio para Dios. Se señalaba su presencia: en el Corazón de Jesús de la puerta de entrada, en el cuadro de la Cena del Comedor, en las imágenes de la Virgen o del Cristo de cada habitación. Esos objetos están ahora en el baúl de los recuerdos o en el trastero. La ausencia de esos símbolos es señal de la escasa relevancia que tiene Dios en nuestra cultura actual. Hay muchos hogares deshabitados por el Huésped principal.

En las culturas de Oriente (Japón, Tailandia...), el Altar familiar constituye un elemento central de la casa: es una referencia a la divinidad y a los antepasados, cuya presencia se evoca en ese rincón familiar. El hijo mayor heredará el Altar y otorgará continuidad a la evocación de esas presencias transcendentes.

El Adviento, tiempo de preparación para acoger la venida de la ternura de Dios, hecha carne en el Niño de Belén, es un tiempo oportuno para recuperar el hueco y facilitar el «alojamiento» de ese Dios entre nosotros, de modo que cada hogar sea un «santuario» en el que habite Dios.

El altar familiar requiere preparar un hueco en un mueble, mesita o peana... recubiertos con un paño adecuado.

En él se colocan:

– Una imagen, cuadro, icono de nuestra devoción.
– Fotos de nuestros difuntos.
– La Biblia.
– Una vela artística.
– Flores, plantas.

- ***Ocasiones para reunirse a rezar en torno al Altar:*** Fiestas cristianas importantes: Navidad, Semana Santa. Pentecostés.

  Momentos familiares significativos: nacimiento, enfermedad, muerte, aniversarios, finalización de los estudios.

- ***El domingo 3º de Adviento,*** en las Misas habituales, haremos una *Bendición solemne* para las imágenes del Niño Jesús u otras que queráis entronizar en vuestro hogar.

¡Feliz reencuentro con Dios en la Navidad!

En el curso pasado nos vimos sorprendidos por el importante número de familias que acudieron con sus imágenes (especialmente del Niño Jesús, por la cercanía de la Navidad) para ser bendecidas. Así vamos trabajando por la recuperación de símbolos religiosos en los hogares que pueden ser significativos para la configuración de la experiencia religiosa de los más pequeños de la casa.

En *Navidad, Semana Santa y Pascua,* procuramos que llegue el mensaje central de estos tiempos litúrgicos, a través de una *postal* que elaboran los niños en el grupo de catequesis, que incluye el texto evangélico de referencia y que entregarán después en la casa. Incluimos aquí, como muestra, el contenido de la felicitación navideña, organizado en un formato oportuno:

> *¡Gloria a Dios, Paz a los hombres!*
>
> *Queridos papás: en la catequesis me han contado esta bella historia de la Navidad que está en el evangelio de S. Lucas 2,1-20:* (Se copia el relato).
>
> *En casa celebramos este acontecimiento:*
>
> *– Preparando el Belén.*
>
> *– Rezando y cantando Villancicos al Niño-Dios que nos bendice.*
>
> *Yo os deseo para estas fiestas* _____
>
> *Con cariño: Vuestro pastorcito.*
>
> *Oración: Qué bueno, Señor, es conocerte y tenerte por amigo.*
>
> *A todos aquellos que me hablaron de Ti quiero darles las gracias.*
>
> *Te daré a conocer entre mis amigos. Poco a poco, la buena noticia de tu cariño llegará a todo el mundo. Y juntos los hombres de la tierra aprenderán a amar como Tú.*

Consideramos también indispensable hacer llegar a los padres la programación habitual de la parroquia, con sus celebraciones de oración, charlas puntuales, recitales, convivencias, grupos de catecumenado..., como oferta y oportunidad para que los padres se vayan involucrando en el ritmo vital de la parroquia.

Con los padres de segundo curso de comunión se intensifica su formación e implicación a través de los tres momentos sacramentales en los que participan sus hijos: renovación bautismal, celebración solemne del perdón y celebración de la primera comunión, culminando con el ritual de imposición de la cruz a los niños después de terminar las sesiones de comunión. En cada uno de esos momentos están invitados a una charla preparatoria de sensibilización y a la asistencia a esas celebraciones con algún gesto de implicación activa.

La Celebración bautismal supone un recuerdo y reafirmación para los niños ya bautizados y posible celebración bautismal para los que aún no estén bautizados (en cada curso de 60, suele haber de 3 a 5 sin bautizar). Ofrecemos otra opción para el Bautizo en la misma celebración de la primera comunión. Si hay algún bautizo en este momento de renovación para todos, la celebración cobra un relieve y emoción especial. Una abuela, después del bautizo de su nieta, comentaba: ¿Cuándo se me volverá a presentar la ocasión de vivir una conmoción y experiencia de cercanía de Dios tan intensas como en este momento...?

La charla de preparación y la consiguiente participación en la ***Celebración del Perdón*** (para los padres habrá una celebración especial la víspera de la comunión) ofrecen una ocasión propicia para profundizar y vivenciar esa dimensión tan infrecuente y distorsionada hoy, y de otro lado tan necesaria, como es la experiencia de «ser perdonado y perdonar». El momento de la celebración en el que los niños van a pedir perdón a sus padres, a los que entregan un clavel rojo como señal de cariño y gratitud, simboliza bien la petición de perdón a Dios, que nos abraza y perdona a través del gesto sacramental de la absolución.

Un padre que había abandonado la convivencia con su mujer y sus hijos, al participar en esta celebración con ocasión de la primera comunión de su hija pequeña, quedó tan impactado que después convocó a su familia, les pidió perdón, se incorporó a la convivencia familiar y, como final del proceso, se incorporó muy activamente a la vida parroquial, en la que persevera.

La Celebración de la primera comunión, que es vivida por muchos sacerdotes como uno de los puntos negros de su acción pastoral ante la incapacidad de lograr un clima mínimo de celebración religiosa, puede convertirse, en cambio, en un momento privilegiado de experiencia religiosa para familiares y otros invitados.

¿CUAL ES EL SECRETO?

Desde luego, conviene que el número de niños (grupos de 15) facilite el manejo de la situación.

Es indispensable lograr el máximo de participación activa de niños y padres en los diversos momentos (saludo, lecturas, ofrendas, canciones, entrega mutua de símbolos...).

El lenguaje, los mensajes, han de ser concretos, directos, que evoquen la vida y la ternura de Dios para con sus pequeños.

Las palabras y los gestos no han de ir dirigidos exclusivamente a los niños, sino a todos los presentes, evocando sus vivencias religiosas, sus inquietudes, la invitación singular de Dios también para cada uno de ellos.

Es preciso cuidar los tiempos: no se puede sobrecargar la celebración y hacerla interminable, porque satura y pierde interés.

¿SE PUEDE LOGRAR CONJUNTAR TODO ESTO?

Puedo atestiguar que, después de años de tres ó cuatro sesiones cada curso, la celebración de la primera comunión es una de las que vienen marcando más en positivo nuestra pastoral parroquial.

Al final de cada celebración, muchas familias expresan el impacto recibido, su emoción, su gratitud, su experiencia de haber sentido la cercanía de Dios.

Hace un año, ocurrió este hecho significativo: un padre separado, cuya hija de segunda pareja iba a ser bautizada en la celebración de la primera comunión, el cual no había asistido a ninguna reunión previa por exigencias de su trabajo, se me acercó cinco minutos antes de comenzar la celebración y me dijo: *«Yo no sé qué pinto aquí, quizás estorbo, porque soy* ***el diablo****»*. Ante esa propuesta inesperada, mi contestación fue: *«Hoy, hasta el diablo está invitado a esta primera comunión»*. Al terminar, se me acerca y, sobrecogido, exclama: *«Nunca en mi vida había vivido algo parecido, y mis familiares también están emocionados»*. Efectivamente, se acercaron hermanos y cuñados expresando cuán profundamente les habían llegado los mensajes, los gestos y el ambiente conjunto de la celebración en la que acababan de participar.

Con estos padres de niños que han hecho la primera comunión, tenemos otro momento final de encuentro e implicación con una cele-

bración de ***imposición de una cruz*** por los padres y breve fiesta final, con este esquema que transcribimos:

Imposición de Cruces por los padres y fiesta final de 1ª Comunión

– *Canto:* «A la fiesta del Señor».
– *Saludo:* Evocación de la fiesta de Primera Comunión: cercanía de Dios, cariño de todos.
– Hoy, otro símbolo o detalle –una *cruz*– recuerdo de Jesucristo, de su amor total que se entrega, da su vida... acompaña el camino de cada persona como buen cireneo. Señal de pertenencia al grupo de los amigos de Jesús.
– *Mensajes:*
  • Historia de dos amigos: se pelean, pero se quieren de verdad. No quedarse en el resentimiento de los fallos, sino con el montón de detalles.

    Dos amigos iban caminando por el desierto.

    En algún punto del viaje comenzaron a discutir, y un amigo le dio una bofetada al otro.

    Lastimado, pero sin decir nada, escribió en la arena: «Mi mejor amigo me ha pegado».

    Siguieron caminando hasta encontrar un oasis, donde decidieron bañarse.

    El amigo que había sido abofeteado comenzó a ahogarse, pero su amigo lo salvó.

    Después de recuperarse, escribió en una piedra: «Mi mejor amigo, hoy, salvó mi vida».

    El amigo que había abofeteado y salvado a su mejor amigo preguntó:

    «Cuando te lastimé, escribiste en la arena, y ahora lo haces en una piedra. ¿Por qué?».

    El amigo le respondió: «Cuando alguien nos lastima, debemos escribirlo en arena, donde los vientos del perdón pueden borrarlo. Pero cuando alguien hace algo bueno por nosotros, debemos grabarlo en piedra, donde ningún viento pueda borrarlo».

- *Hechos de los Apóstoles 2,41-47:*

  Estilo de vida del grupo de los primeros amigos de Jesús. Intentar seguir ese modelo: rezar, seguir en catequesis, ayudar, servir...
- Canto: «Comeremos de la mesa que nos dio el Señor».
- *Juan 15,12- 17: «Que os améis...»*

  Modelo Jesús: siente a Dios como Padre, le sale llamarle espontáneamente «Papá», que quiere a cada persona como a su hijo, le cuida y desea toda felicidad; hace salir el sol sobre buenos y malos.

  – *Jesús se parece del todo a ese Padre:* se dedicó a contar lo que sabía de Dios, a querer a sus amigos, a cuidar enfermos, acercarse a intocables, crear una fraternidad y un mundo habitable para todos (ejemplos del evangelio).

  – *Es nuestro amigo:* nos ha escogido e incorporado a su grupo, nos sienta a su mesa, se nos hace pan bueno; no falla nunca: acompaña, lleva en brazos...

  – *Recado, tarea:* que os queráis como Él nos ha querido. Amor que se traduce en mostrar cariño a los abuelos, visitar a un enfermo, ayudar a niños de otros mundos...

– *Ritual:*

- Bendición de las cruces con agua bendita: «Oh Dios, que nos diste como hermano mayor a Jesucristo para acompañarnos y cuidarnos, † bendice estas cruces con la fuerza de tu Espíritu, para que quienes las van a llevar sobre su corazón... sientan tu protección y se animen a seguir las huellas de Jesús».
- Los *padres* imponen las cruces a sus hijos. «El amor es nuestro canto».
- Rezo del Padre Nuestro.
- Las Catequistas entregan la «Oración del Ave María» a los niños, y se recita.
- Una Catequista recita una Oración por los Niños.
- Un niño por cada Aula entrega una «Rosa» a cada Catequista.
- Poemas: Comulgar es..... // Transmitir la fe es.....

- Encargo de Jesús: «Sólo quiero que os queráis, que multipliquéis los encuentros, las ternuras, los abrazos, los besos».”

– *Fiesta:*
  - Los niños se van a su aula habitual, atendidos por Catequistas (les entregan una bolsa de «chuches» y papel recordatorio para reuniones del próximo curso... Cantan...).
  - Los padres, en el *hall,* son invitados a un refresco y atendidos por el resto de Catequistas y por el sacerdote.

¿Qué queda después de todo este esfuerzo?

Desde luego, para todos una vivencia positiva de cercanía a la experiencia de Dios, de una Iglesia acogedora que apoya incondicionalmente a los padres en el proceso de maduración humana y cristiana de sus hijos.

Para algunas familias supone un reencuentro con el hogar perdido, con su experiencia de Dios vivida en otras etapas de su vida y después preterida y que ahora se vuelve a reencender.

Este reenganche les lleva a retomar la asistencia a la Misa dominical, a celebraciones comunitarias del perdón y a otras convocatorias de la vida parroquial.

Algunos pocos, especialmente madres, se suelen incorporar al grupo de Catequistas para continuar con otros niños la tarea que se realizó con los suyos.

Para los padres que demandan el Bautismo de sus hijos, procuramos:

A). Una acogida cálida, agradeciendo su interés por el Bautismo y tratando de esclarecer y complementar sus motivaciones.

B). En las *reuniones preparatorias* explicitamos estos aspectos:

1. ***Saludo de bienvenida***
   Presentaciones: quienes son, dónde viven, cuantos hijos tienen; *qué interés tienen en Bautizar a su hijo...*
2. ***Enhorabuena de parte de la parroquia,*** porque, a través de vuestra paternidad, os habéis acercado al misterio creador, tan-

to como es posible a una criatura. Habéis compartido el Amor de Dios Padre, que está en la raíz de la vida. Esa fuente de la vida que encontró cauce en vosotros viene de muy lejos; viene a través vuestro, pero desde más allá...

¿Dónde ver a Dios?... Deteneos ante ellos, contempladlos despacio; estáis ante el misterio, son rostro humano de Dios, como dice bellamente Dámaso Alonso:

En todo nacimiento repican
campanas de Navidad.
Y muchos padres
descubren en las palpitaciones
del corazón de su hijo
enamorados latidos
del corazón de Dios.

Cuán cerca está vuestro bebé
de las manos de Dios.
Sentís su aliento respirando aún
en sus pulmones.
En sus pupilas
brilla el oro incandescente de la luz creadora.

Dios se reconoce en ellos, está junto a vosotros empeñado en cuidarles y ayudarles a crecer (Cuando se los presentáis al bisabuelo, dice: «Se parece muchísimo a la abuela...»).

3. Tenéis por delante ***una tarea y responsabilidad*** importante: ayudarles a crecer, a ser humanos, por etapas largas... comer, crecer, llevar en brazos, gatear, ponerse en pie, ser independientes, vivir aparte... y hacer que crezcan y maduren como «creyentes».

4. Para esta tarea contáis con: ***el grupo familiar,*** especialmente los abuelos (importancia de la relación abuelo-nieto, el abuelo rejuvenece, el nieto necesita la tradición y sabiduría que tiene el abuelo).

   El grupo de amigos (problema cuando el niño no tiene amigos, no se integra...).

La comunidad parroquial / la iglesia a la que incorporáis a vuestro hijo a través del Bautismo. Hasta ahora, están inscritos en el Registro Civil; ahora quedarán inscritos en los libros parroquiales. Pero celebramos que, sobre todo, están inscritos en la memoria y en el corazón de Dios.

Nuestra Comunidad parroquial «La Cena del Señor» pretende vivir la experiencia cristiana con estos rasgos:

- *Espacio de acogida, puerta abierta:* a personas en crisis, en la línea de escuchar, incentivar sus recursos, orientar hacia instancias de apoyo... Se acoge fácilmente a los más diversos grupos que tengan alguna iniciativa de ayuda: atención a familiares de niños con enfermedades cardíacas, etc.
- *Casa de Dios, del encuentro, hogar de la fe:* se cultiva la oración personal; los encuentros comunitarios para celebrar la fe y la vida. Acogida y acompañamiento a los que piden el Bautismo o la Boda, valorando su petición, ayudando a madurarla.
- Se cuida con mimo la atención a enfermos y a difuntos con visitas, celebraciones personalizadas en los Tanatorios, en los funerales.
- *Casa de fraternidad:* clima cercano, libre, fraterno, de mutua ayuda, de solidaridad (colectas especiales...).
- *Formación* para madurar en la fe y en una conciencia crítica ante la realidad: debates abiertos (Islam...); catequesis a niños y jóvenes; grupos de reflexión para adultos.

5. ***Mediante el Bautizo:*** celebramos la vida de vuestros pequeños; hacemos visible y sensible el cariño, la bendición de Dios, el aliento de su Espíritu sobre ellos; quedan incorporados a la familia parroquial, en la que intentamos vivir la experiencia del Amor de Dios que nos cuida y nos hermana.

   Dais un primer paso, sembráis una semilla, que deberéis completar después con la primera Comunión, la Confirmación... hasta que se casen.

   Importancia de acompañarles en el crecimiento de la fe con vuestro ejemplo, enseñándoles a rezar, rezando con ellos, llevándoles con vosotros a las prácticas religiosas (es decisivo lo que vean en vosotros).

6. Se explican los pasos del ritual sacramental y su implicación en ellos
7. Posible colaboración de padres o familiares en las lecturas, oración de los fieles... ¿Recordatorio de seres queridos difuntos en la Misa?

C) Finalmente, en la Celebración bautismal que incluimos en la Misa dominical central, el primer domingo de cada mes:

– Destacamos estos ***mensajes:*** Dios Padre les besa en el alma y les transfiere su Espíritu que les hace vivir, crecer. Les mira arrobado y no puede menos de decir: «qué hermoso/a es mi niño/a». Les hermana en Jesús, el hermano mayor, que va a ser su «amigo incondicional», su compañero de camino; y el Espíritu va a ser su consuelo, guía, bálsamo para sus heridas. Ante estos niños de Dios, nuestro corazón siente que puede reencontrar su origen, y nuestra vida puede reestrenarse como la de un recién nacido para inventar un mundo nuevo.
– Además de los ritos específicos del Bautismo, destacamos la colaboración de los niños mayorcitos presentes en la celebración a la bendición del agua bautismal y la incorporación de las madres ofreciendo a sus hijos, junto con el pan y el vino, como el mejor fruto, en el momento de las ofrendas.
– Como final, se lee este mensaje:

Dice Dios:

Cada vez que nace un Niño, es que sigo confiando en la humanidad. Porque entregaros un niño es delegar mucho de Mí en vosotros: es haceros padres y cuna del mundo.

Vienen a través vuestro, pero desde más allá; la fuente de la vida, que encontró cauce en vosotros, viene de muy lejos.

Acostumbraos, pues, a verme en su frágil transparencia; abrazáis en ellos mi ternura hecha carne vuestra.

Deteneos de vez en cuando ante ellos; contempladlos despacio: estáis ante el misterio de la vida, ante el milagro de mi Amor.

Permanezco junto a vosotros, empeñado en cuidarlos con mimo para que crezcan. Contad siempre conmigo.

A través de estas dinámicas, las familias se sienten felices, acogidas, acompañadas en esa tarea de iniciación sacramental de sus hijos que acaban de inaugurar.

Nuevas ofertas hacia la continuidad

En los últimos años constatamos la dificultad de nuevas incorporaciones de los padres, con los que hemos trabajado, a los grupos de catecumenado que vienen funcionando en la parroquia. Da la impresión de que el ritmo semanal resulta excesivo, y quizá la metodología no encaja bien con las sensibilidades de las nuevas parejas. De ahí que sea importante elaborar otra serie de ofertas que puedan servir de cauce para una vinculación que asegure una cierta estabilidad.

En esta línea, además de continuar con los grupos de reflexión semanal habituales, hemos elaborado otras propuestas para el primer trimestre del curso 2006-07:

- Charla-recital musical sobre el tema «Dejarnos reencontrar por Dios», que será el tema central de referencia para el semestre.
- Recital poético: «Buscando a Dios entre las luces».
- Convivencia de fin de semana en la Casa de espiritualidad «San Juan de la Cruz», de Segovia, con el tema «Teresa de Jesús, cuéntanos cómo es Dios». Incluirá vídeos sobre Santa Teresa, charlas, panel de testigos, recital *a capella* sobre poemas de la Santa, momentos de oración y celebración...
- Rastrillos de apoyo al Tercer Mundo.
- Celebración comunitaria del perdón: «vamos a hacer hueco a Dios en nuestro corazón».
- Misa Rociera y conciertos de villancicos.
- Paella comunitaria.
- Excursión a «Edades del Hombre» en Ciudad Rodrigo.

Los padres que, además de en la Misa dominical, vayan recalando en algunos de estos encuentros comunitarios, irán madurando su fe, su pertenencia eclesial, que irá configurando un ambiente familiar favorecedor del crecimiento en la fe de los hijos.

Soy consciente de los límites de este artículo; me he centrado en la atención a los padres de primera comunión, y la experiencia local propuesta siempre es muy limitada. Pero confío en que sirva de referencia para refrescar algunas actitudes básicas de acogida positiva y confianza para poner en marcha posibilidades inéditas que tenemos que suscitar. Cada cual ha de adaptarlas a su realidad pastoral.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

ALESSANDRO PRONZATO

Éste es el cristiano... y éste su Dios.
Un comentario actualizado a la Carta de Santiago

184 págs.
P.V.P.: 10,00 €

Aquel escrito que, según Lutero, era un libro de paja con el que de buena gana habría encendido el fuego, ha sido últimamente objeto de una clara rehabilitación por parte de los exegetas, que le han prestado una atención nueva y llena de interés. Nuestro tiempo, rico en posibilidades técnicas y medios materiales, necesita recuperar sabiduría, y el hombre de hoy desea alcanzar una madurez responsable, fiel y coherente con la propia visión de la vida. A ello contribuye particularmente este breve escrito, que entró en el canon del NT bajo el nombre de «Carta de Santiago».

ST 94 (2006) 933-945

«He venido para que tengan vida abundante». El efecto terapéutico de la pastoral de enfermos

Juan Manuel MARTIN-MORENO GONZALEZ, SJ*

1. La posada del buen samaritano

La parábola del Buen Samaritano puede ser nuestro icono inicial para abordar el valor terapéutico de la pastoral de la salud (Lc 10,23-37). El texto lucano responde a la pregunta del letrado: «¿Quién es mi prójimo?». Cierto que el sentido literal de la parábola busca ante todo establecer quién es el prójimo a quien hay que amar, más que la manera concreta de amarlo. Pero, junto con el sentido literal vertebrador de la parábola, es legítimo hacer una lectura alegórica, viendo en ella una gran riqueza de mensajes paralelos que se desprenden espontáneamente del texto sin tener que forzarlo. En la Escritura, el sentido literal y los otros sentidos adventicios se superponen, del mismo modo que en una composición musical se escuchan por debajo de la melodía los acordes, los armónicos, que dan plenitud y riqueza a la línea melódica.

Son muchas las interpretaciones alegóricas que los Santos Padres han hecho de esta parábola del buen Samaritano. El modelo del samaritano es la persona de Jesús mismo, que ejerció su ministerio de salvación para con el hombre herido en el camino y se acercó sin discriminaciones a personas consideradas pecadoras e impuras, para ofrecerles la salvación que necesitaban. El modo de actuar del samaritano refleja la ternura y la misericordia de Jesús, su solicitud por hacerse próximo a los que sufren al borde de los caminos, y su uso del vino y

* Profesor de Teología en la Universidad Pontificia Comillas. Madrid. <jmmoreno@teo.upcomillas.es>.

el aceite, remedios que la naturaleza y la industria humana ofrecen para curar las heridas.

El samaritano de la parábola continúa su solicitud hacia el hombre enfermo valiéndose de los servicios del posadero. Sin hacer violencia al texto, se puede saltar a la visión alegórica de la Iglesia como posada a la que el buen Samaritano confía al hombre herido para que prosiga en ella su recuperación. Quien dice «la Iglesia» está señalando también la multiplicidad de comunidades terapéuticas que surgen en ella. La salud integral de los enfermos es uno de los objetivos irrenunciables. Rizando el rizo de la alegoría, los denarios dados al posadero serían los dones y carismas que Jesús da a cuantos se dedican a la pastoral de enfermos, tanto los dones materiales como los psicológicos y los espirituales. Vamos a ir desplegando a lo largo de estas páginas la riqueza de esos dones con los que la Iglesia cuenta para realizar esta misión.

2. Enfermedad y apertura a la gracia

El momento de la enfermedad es una situación privilegiada en la que las personas se plantean las cuestiones más básicas sobre la existencia. Cuando uno está tumbado en la cama, pasa más tiempo mirando hacia arriba. Al contrario que los animales, el hombre no se limita a *estar* enfermo, sino que *se sabe* enfermo. La enfermedad llega a formar parte de su vida consciente. De ahí surge un factor nuevo: el modo en que se toma la enfermedad, que puede influir positiva o negativamente en su desarrollo. La actitud ante la enfermedad, positiva o negativa, tiene un influjo efectivo en el curso de la enfermedad misma. Pascal compuso una «oración para pedir a Dios el bueno uso de las enfermedades».

La enfermedad pone de manifiesto con mayor intensidad que cualquier otra experiencia humana la forzosa vinculación del ser humano con sus semejantes. El enfermo es un ser que se siente inevitablemente menos autónomo que cuando estaba sano; que necesita, en consecuencia, mucho más de la solidaridad de otros; y que por ello es «mucho menos dueño de gobernar con soltura el juego vital de la soledad y la compañía»[1].

1. J. CONDE HERRANZ, *Introducción a la pastoral de la salud,* San Pablo, Madrid 2004, p. 77.

Conde habla del hospital como un lugar donde se da la *soledad no deseada* de quien extraña la presencia de sus seres queridos, al mismo tiempo que padece la *compañía no deseada* de extraños que le rodean, que entran y salen, le visten y le desnudan, le lavan sus partes más íntimas, sin privacidad, en una habitación compartida...

«Asistir», «asistencia» y «asistencial» vienen del latín *adsistere,* que significa «estar junto a», «detenerse junto a». Semánticamente, lo que prima en este término no son tanto los servicios prestados cuanto la actitud de acercarse, propia de quien se detiene y se mantiene en pie junto a la persona necesitada, como veíamos en la parábola del samaritano. Es una pena que con el paso del tiempo se haya dado un corrimiento semántico y en muchos contextos las palabras «asistencia» y «asistencial» se hayan degradado para denotar servicios mecánicos o impersonales.

El objetivo de todos los que están al servicio de la salud se aplica tanto a los profesionales de la medicina como a cuantos en la Iglesia se dedican, de una u otra forma, a la pastoral de la salud. Bérard y Gluber, dos médicos franceses del siglo pasado, definieron así los objetivos de su tarea: «Curar a veces, aliviar a menudo, consolar siempre».

El Señor tomó de la mano a la suegra de Pedro y la hizo levantarse. El verbo griego es *egeirein,* levantar, que es el verbo usado también para la resurrección (Mc 1,31). El fruto de la pastoral de la salud es levantar ante todo el espíritu, el ánimo del enfermo, y levantar también su cuerpo para que, como la suegra de Pedro, pueda volver a servir a sus hermanos.

La experiencia religiosa, la oración y la fe son actitudes interiores del enfermo que favorecen la conservación de la salud, su recuperación en muchas ocasiones, y una mayor calidad de vida en el caso de enfermedades incurables. La fe en Dios que se ejercita en la oración personal o comunitaria refuerza la confianza del enfermo, su paciencia, su resistencia a la adversidad, su energía interior, la restauración de relaciones con las personas que la acompañan, Son todos ellos factores muy positivos desde el punto de vista psicosomático.

3. Curación y evangelización

En el evangelio encontramos una estrecha trabazón entre el ministerio de evangelizar y el de curar. La evangelización tiene un indudable efecto terapéutico, y la curación de los enfermos es signo que ayuda a la

difusión del evangelio. «Jesús recorría ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas, proclamando la Buena Noticia del Reino y sanando de toda enfermedad y dolencia» (Mt 8,16). Estos encuentros con Cristo nos hacen llegar la fuerza del Dios que «perdona todos tus pecados y cura todas tus enfermedades» (Sal 103,3). Para las palabras «salud» y «salvación» el latín utiliza un mismo término: *salus.* La salud no es ajena a la salvación que Jesús aporta.

«Jesús evangeliza haciéndose presente allí donde la vida aparece más amenazada, deteriorada e incluso malograda y aniquilada»[2]. La nueva evangelización tiene que realizarla la Iglesia hoy también curando.

Por supuesto, la Iglesia ha tomado muy en serio su misión de instrumento de sanación y ha contribuido a ella con la asistencia sanitaria, la creación de hospitales, dispensarios, leproserías, facultades de Medicina... Un número considerable del personal sanitario, no sólo en las instituciones de la Iglesia, sino también en la sanidad pública, son católicos para quienes la motivación cristiana es importante en el desarrollo de su vocación terapéutica.

Pero no quisiera referirme tanto a esta presencia profesional cristiana en el mundo de la sanidad cuanto a la presencia más específicamente religiosa que supone la pastoral con los enfermos. Me fijaré especialmente en su dimensión terapéutica, que se sobreañade a los otros cuidados de los profesionales de la medicina.

Cada vez nos vamos a encontrar más a menudo con que las personas que solicitan ser visitadas no son simplemente viejecitas piadosas, sino personas que han estado alejadas de los sacramentos durante años. La vida amenazada por la enfermedad grave será, cada vez más a menudo, la ocasión para el contacto del sacerdote con personas que abandonaron la sencilla vida sacramental de su infancia arrastrados por la ola del secularismo. Es la oportunidad para que tengan un encuentro renovado con Dios y descubran que su fe puede avivarse mucho más fácilmente de lo que pensaban. Decía Machado: «Creí mi hogar apagado y removí la ceniza. Me quemé la mano». Por eso es justo hablar

2. J.A. PAGOLA, «La acción evangelizadora de la comunidad cristiana en el campo de la salud», en (AA.VV.) *Pastoral de la salud. Acompañamiento humano y sacramental,* CPL, Barcelona 1995², p. 14.

de la pastoral de enfermos como una actividad al servicio de la evangelización o de la reevangelización. Personalmente, cada vez me voy encontrando más con este tipo de casos.

Este valor evangelizador de la pastoral de la salud se aplica no sólo al enfermo, sino también a sus familiares, que se encuentran igualmente en una situación propicia para enfrentarse con los grandes interrogantes de la vida. Por eso es tan importante incorporarlos de algún modo a la pastoral de la salud, a la oración y a la celebración de los sacramentos.

Es vital incorporar a la familia del enfermo a la comunidad terapéutica. Hay que ayudar a los familiares a manejar experiencias nuevas y complicadas; ayudarles a comprender a su familiar enfermo, aunque a veces les resulte irreconocible y tenga reacciones y estados de ánimo desconocidos en él. Cuando comentan: «Parece como si no fuera el mismo», se les puede hacer caer en la cuenta de que el enfermo también está sufriendo esa misma crisis de identidad y no se reconoce a sí mismo. Los familiares tienen la gran tarea de seguir diciéndole que lo reconocen, que sigue siendo la misma persona a la que siempre han amado.

Pero la familia que ayuda al enfermo necesita ella misma ser ayudada en el ministerio de comprensión y reconocimiento. En nuestra sociedad, la familia nuclear moderna se muestra extremadamente pobre para hacer frente a la crisis. Más que nunca, se ve la necesidad de vinculaciones con la familia más extensa de hermanos, tíos, sobrinos, primos... La comunidad cristiana de apoyo puede suplir en parte estas carencias, prestando un gran apoyo material y espiritual.

El valor evangelizador de la pastoral de la salud alcanza no sólo a los familiares del enfermo, sino a los profesionales sanitarios que lo cuidan y también necesitan una comunidad de apoyo que les sostenga en su difícil y delicado trabajo. La cooperación positiva del equipo de pastoral de la salud con estos profesionales sanitarios, el fomento de la estima mutua, del respeto exquisito a los campos respectivos, del intercambio de preguntas e inquietudes y, sobre todo, el testimonio de alegría y de esperanza, con sus indudables efectos terapéuticos, son elementos de un claro valor evangelizador.

4. El momento sacramental como focalizador de la pastoral de enfermos

El momento culminante de esta pastoral de la salud es, por supuesto, la celebración de los sacramentos. Pero, ante todo, queremos poner de relieve que los sacramentos no son acciones puntuales aisladas, sino que tienen su lugar en el contexto más amplio de una pastoral de la salud. El cambio de impostación en la teología de la gracia nos ha llevado a ver los sacramentos, no como cauces exclusivos de gracia en un mundo «desgraciado», desprovisto de gracia, sino como celebraciones eclesiales de esa gracia difusa omnipresente que de muchos modos ha alcanzado ya a la persona que se acerca a celebrar los sacramentos. Esa gracia de Dios se deja encontrar de mil formas veladas en toda nuestra existencia como seres humanos. Pero la celebración pública sacramental tiene lugar en la asamblea de los fieles. Allí culmina y se plenifica la gracia, al hacerse visible y reconocerse públicamente como gracia eclesial.

Tan importante como la materia y la forma, que tan centrales resultan en la teología medieval de los sacramentos, es la presencia amorosa y celebrativa de la comunidad cristiana, que proporciona el contexto de amor en el que aceite, agua, pan o vino son utilizados. Se prima así lo relacional sobre lo puramente cosístico. Estudios recientes han venido a confirmar lo que, de algún modo, la humanidad supo siempre desde el principio: la importancia de las relaciones humanas para el desarrollo y la salud de las personas. El mensaje bíblico, por su parte, acentúa la dimensión salvífica de la comunión con Dios y con quienes nos rodean[3].

El samaritano se acerca al hombre, lo toca, lo abraza, le lava sus heridas, lo monta en su cabalgadura... Sólo en este contexto interpersonal aparecen el aceite y el vino como instrumentos de solicitud.

Por eso la materia de los sacramentos no son las cosas, sino las acciones que se realizan con ellas. No es simplemente el pan, el aceite o el agua, sino la ingesta del pan, la unción con el aceite, la inmersión en

3. Al respecto puede ayudar el libro editado por A. GRUN y W. MULLER, *¿Qué enferma y que sana a los hombres?,* Verbo Divino, Estella 2000. Ver especialmente pp. 169-174.

el agua. Estas acciones suponen un contacto físico, un roce, una caricia que es tan importante para el sacramento como la misma sustancia de las cosas utilizadas. La unción con el aceite no es la acción aséptica de depositar, sin más, un miligramo de la sustancia válida sobre la piel, sino el aplicarlo, el extenderlo, el dar un ligero masaje, una caricia... que establece un contacto físico entre enfermo y ministro. De ahí que, como señalaremos, sea tan importante evitar el minimalismo y potenciar la significatividad del rito.

Sólo cuando devolvamos a los sacramentos su dinámica comunitaria, se liberará todo su poder sanador. Si lo que hiere, en definitiva, es la falta de amor, solo el amor podrá curar. Y el amor de Dios nos llega por la mediación de una comunidad en la que se vive un amor tierno y cercano, solícito y creador de vínculos.

Son tres los sacramentos de la Iglesia que tienen, entre otras, una dimensión terapéutica. Sólo de pasada recordamos que también los sacramentos de la reconciliación y de la eucaristía tienen esta función sanadora. Perdón de los pecados y curación corporal son dos fases de un mismo proceso, como podemos observar en la curación del paralítico al que introdujeron en la casa por un hueco del tejado (Mc 2,1-12). A su vez, también el sacramento de la unción ha tenido siempre un efecto de purificación de los pecados.

No olvidemos tampoco el poder sanador de la Eucaristía. En los medios carismáticos se practican las «Eucaristías de sanación», en las que se pone de relieve esta dimensión. Pero en realidad todas las Misas son Eucaristías de sanación. Los textos litúrgicos del Ordinario de la Misa hablan de Jesús como el que «ha venido a sanar». Su cuerpo y su sangre son «fortalecimiento y medicina de alma y cuerpo», porque una sola palabra suya bastaría ya para sanarnos. En Lourdes, el momento en que más ordinariamente tienen lugar las curaciones es durante la procesión con el Santísimo por en medio de las personas enfermas. Lope de Vega escribió un precioso soneto sobre este valor sanador de la Eucaristía. Tras referir en los cuartetos el efecto que el cuerpo de Cristo tuvo para el buen ladrón y la hemorroísa, pondera en los tercetos cómo el creyente que recibe a Cristo entra en un contacto mucho más estrecho con su cuerpo mismo.

5. Llame a los presbíteros de la Iglesia para que lo unjan con aceite (St 5,14)

En este artículo no tenemos tiempo para tratar estos sacramentos de la Reconciliación y la Eucaristía, y vamos a centrarnos en la Unción de los enfermos, porque es el sacramento más específicamente ligado a la gracia de la curación. Es bien sabido cómo la reforma del Vaticano II ha venido a eliminar alguna de las pesadas hipotecas que pesaban sobre la pastoral de este sacramento. El mismo cambio de nombre muestra el cambio de impostación en la teología y en la práctica pastoral de este sacramento, que «ahora también y mejor puede llamarse unción de los enfermos»[4].

El antiguo nombre de «extremaunción» subrayaba el sentido básico de sacramento para moribundos. La mera presencia del sacerdote junto al lecho del enfermo equivalía a una sentencia de muerte. El cura no podía evitar aparecer como pájaro de mal agüero que, vestido de negro, revoloteaba por la casa cuando la muerte era inminente. Sólo faltaba ponerle en la mano una guadaña. El efecto psicológico de su visita y de los sacramentos que administraba incidía de modo negativo en el estado de ánimo del enfermo y contradecía así cualquier posible efecto terapéutico.

¿Qué se celebra en el sacramento de la unción? Como en todos los sacramentos, se celebra el misterio pascual de Jesús, fuente de todas las gracias (*SC* 61). En la unción se celebra, en concreto, la presencia de Jesús cuando la vida humana se siente amenazada por la presencia de la enfermedad. «Por sus heridas hemos sido curados» (Is 53,5; 1 Pe 2,24). Nunca es tan importante celebrar en comunidad esta presencia como cuando la vida de uno o varios de sus miembros se muestra en toda su precariedad y vulnerabilidad.

Antes que ningún rito ni ninguna oración, lo esencial es establecer una relación positiva con el enfermo mediante el hecho de la visita. «Estuve enfermo y me visitasteis» (Mt 25,36). Decimos que los sacramentos son «encuentros con Cristo». La dimensión del encuentro debe revestir la mayor calidad posible. El encuentro de Cristo con el enfermo viene mediado por la calidad del encuentro del enfermo con las

4. *Sacrosanctum Concilium* 73.

personas que lo visitan en su nombre. Por eso es deseable que el encuentro sacramental haya sido precedido por otros encuentros en que se ha dialogado, se ha atendido a las preguntas, a las dudas del enfermo, y se ha establecido con él una relación de confianza mutua.

En la introducción al nuevo Ritual se nos dice: «Este sacramento otorga al enfermo la gracia del Espíritu santo, con lo cual el hombre entero es ayudado en su salud, confortado por la confianza en Dios y robustecido contra las tentaciones del enemigo y la angustia de la muerte, de tal modo que pueda no sólo soportar sus males con entereza, sino también luchar contra ellos e incluso conseguir la salud, si conviene para su salvación espiritual; asimismo le concede, si es necesario, el perdón de los pecados y la plenitud de la penitencia cristiana»[5].

Es lógico que los sacramentos celebrados así exijan toda una pastoral previa y una pastoral de mantenimiento que requiere un tiempo de preparación y de seguimiento. Por eso la pastoral de la salud demanda la existencia de equipos parroquiales. Hay aquí una oportunidad más para despertar en las parroquias carismas y ministerios entre laicos y religiosos, frente a la antigua concepción del sacerdote como hombre-orquesta.

6. Algunos elementos del Ritual de Pablo VI

El Ritual de Pablo VI ofrece nuevas posibilidades a la manera de celebrar este sacramento, que puede tenerse dentro o fuera de la Eucaristía, en la casa o en la Iglesia, para uno o para varios enfermos a la vez.

También hay importantes cambios en lo que respecta al aceite con el que se practican las unciones. La Constitución *Sacram Unctionem* constata que no en todos los lugares es fácil encontrar aceite de oliva, y permite que se utilice otro tipo de aceite vegetal más propio de la cultura local. Además, la bendición del mismo puede hacerla ahora el mismo sacerdote en el curso de la celebración[6]. El ideal sería usar aceite bendecido por el obispo; pero si no se cuenta con una cantidad suficiente para que la unción sea visible y significativa, es preferible que

5. *Ritual de la Unción de Enfermos,* Introducción, 6.
6. *Ibid.,* 21-22.

el presbítero lo bendiga él mismo. Es prioritario que el aceite sea abundante, de manera que la unción sea visible y palpable. El Ritual habla de «suficiente cantidad de óleo y, si se quiere, derramado sobre un algodón». Quedan excluidos esos tubitos de metal con algodón medio reseco que apenas llega a manchar el pulgar del ministro, cuánto menos la frente del enfermo... El uso de semejantes artilugios refleja un concepto minimalista de los sacramentos que desestima la significatividad de los signos.

En mi caso personal, lo que suelo hacer es bendecir yo mismo el aceite que tienen en la casa del enfermo. Tengo un pequeño cuenco de cristal donde deposito el aceite que me proporcionan en la casa. Después de bendecirlo, suelo realizar las unciones untando bien la piel con el óleo. No importa que la ropa se manche: ya se lavará después. Tras la unción, no quito el aceite con un algodón, sino que dejo que la piel lo vaya absorbiendo lentamente. Con el resto del aceite que sobra en el cuenco de cristal hago una pequeña lamparilla en la que el óleo se quema hasta consumirse.

En el rito reformado se ha reducido el número de unciones. Antes se ungían los órganos de los sentidos, los pies y las manos. Ahora sólo se hacen dos unciones: una en la frente y otra en las manos. El nuevo rito no especifica si la unción de las manos se hace en las palmas o en el reverso de las mismas. El antiguo rito especificaba que se ungían las palmas del laico y el reverso de las de los sacerdotes, cuyas palmas ya habían sido ungidas el día de su ordenación. Según las circunstancias, podría omitirse la unción de las manos y dejarlo todo reducido a una única unción en la frente. Si la frente estuviera muy herida o quemada, se puede ungir también con discreción la parte enferma del cuerpo, para significar más el poder curativo del sacramento[7]. En Jerusalén me tocó ungir a una de las víctimas de un atentado suicida. Su cuerpo estaba tan quemado que me resultó difícil encontrar un área de la piel donde poder aplicar la unción.

El ritual tiene una serie de oraciones de gran calidad espiritual y literaria, sobre todo en forma *litánica.* El texto de la carta de Santiago sobre la unción es bien explícito al indicar que, finalmente, es «la oración hecha con fe la que salva al enfermo» (St 5,15). Es el único sa-

7. *Ibid.,* 24.

cramento que ha conservado el carácter de súplica, mientras que los otros tienen un carácter indicativo o imperativo. Incluso en la misma fórmula de la unción se mantiene este carácter de súplica. El ritual ofrece además unas letanías que pueden rezarse antes de la bendición del óleo o después de la unción, o en ambos momentos[8].

Aunque toda la reforma litúrgica del Vaticano II se caracteriza en general por su *flexibilidad,* en ningún otro sacramento esta permitido adaptar tanto los ritos y oraciones a la necesidad del enfermo y de quienes le rodean. Los textos son muy distintos según se trate de un enfermo de quien cabe esperar una recuperación, o de un moribundo *in articulo mortis.* Hay que tener muy en cuenta el estado físico del enfermo y su posible fatiga a la hora de celebrar un rito más o menos breve. Como dice Smolarski, «las oraciones suaves y llenas de esperanza, los pasajes de la Escritura y las rúbricas relativas a los gestos rituales...: todo invita al ministro a celebrar los ritos con ternura, sensibilidad y cariño»[9].

Cobra una importancia especial en el nuevo rito la *imposición de manos,* que se realiza de modo silencioso sobre la cabeza del enfermo (Lc 4,40; Mc 16,18; St 5,14). Tiene lugar después de la letanía de intercesión e inmediatamente antes de la bendición del óleo y la unción. Este rito de la imposición de manos como instrumento de sanación tiene raigambre bíblica. Es precisamente mediante la imposición de manos como Jesús (Lc 4,40) y los apóstoles (Hch 9,17) realizaban su ministerio de curación. En la misión universal de los discípulos, Jesús les dice: «Impondrán las manos a los enfermos y se pondrán bien» (Mc 16,18). Si son varios los presbíteros asistentes, todos ellos imponen las manos en silencio.

El contacto corporal es muy importante, pues puede ayudar a relajarse a una persona que está tensa, como sucede cuando se practica un masaje en el cuello. A nivel simbólico, expresa visiblemente la comunión espiritual que existe en el cuerpo místico de Cristo, Simboliza la cercanía, la intimidad. Personas privadas de otros sentidos pueden todavía sentir la presencia de alguien cercano a través del contacto físico en el que se produce el intercambio de energías. En el Nuevo

8. *Ibid.,* 136.
9. D.C. SMOLARSKI, *Los sacramentos: principios y práctica litúrgica,* CPL, Barcelona 1998, p. 137.

Testamento se valora incluso el contacto con la ropa (Mt 9,20; 14,36) y aun con la sombra del cuerpo (Hch 5,15).

7. Para muestra, un botón

Hace quince años fallecía en Murcia María Dolores Jiménez Lozano, madre de familia de 42 años de edad. Con su marido, estaba muy integrada en una numerosa comunidad carismática radicada en la iglesia de los jesuitas. Durante tres años luchó contra un cáncer que acabó con su vida mortal, pero que fue fuente de un extraordinario crecimiento personal. Toda su familia y su comunidad quedamos impactados por el testimonio de su vida. A su muerte, apareció un diario espiritual que María Dolores había ido llevando durante los tres años de su enfermedad. Cuando su viudo me lo trajo, sentí que ese documento podía ayudar a otras muchas personas que tenían que pasar por la misma situación y nos decidimos a publicarlo, junto con una semblanza de su vida. Las dos hijas de María Dolores, de 11 y 13 años, decidieron titular el libro *Vivir a tope*[10]. En lenguaje juvenil, ese título expresa con acierto el rasgo más sobresaliente de su vida. María Dolores siempre vivió a tope su matrimonio, su maternidad, su vocación al magisterio, su pertenencia a la comunidad cristiana y su vida en el Espíritu.

Mejor que en muchos tratados teóricos, es posible descubrir en ese libro los efectos terapéuticos de la experiencia religiosa que dieron una extraordinaria calidad de vida a los últimos años de María Dolores. En su diario llega a decir que los años más felices de su vida fueron precisamente los años de su enfermedad, porque fue entonces cuando se sintió más querida y más capaz de querer. Fue entonces cuando descubrió todo lo que la querían su marido, sus hijas, su familia, sus amigos, sus hermanos de comunidad. En las páginas de su diario podemos leer en clave testimonial muchas de las ideas que expongo torpemente en este artículo: la presencia de la comunidad cristiana, el valor terapéutico de la oración y de los sacramentos de la Iglesia, la importancia de la familia, la relación positiva con el personal sanitario, el acompañamiento espiritual.

10. J. MARTIN-MORENO, *Vivir a Tope,* Comunidad Fontanar, Murcia 1993.

Como botón de muestra, reproduzco el apunte del diario que refiere el día en que María Dolores recibió la unción de los enfermos. El equipo al que pertenecía tuvo una reunión en su casa, y luego pasamos todos a orar por ella:

> «Primer sábado de mayo. Reunión del equipo en casa. [...] Me encuentro muy mal. El tratamiento me tiene agotada. No me puedo levantar, pero siento algo especial de que estén aquí. Sus voces de lejos me los hacen sentir cerca. [...] Es un regalo contar con ellos, saberlos cerca, próximos, juntos en mi casa. Tres años juntos, y tú entre nosotros. ¡Bendito seas! Después de la reunión han entrado todos en mi habitación. Juan Manuel me va a dar la unción de los enfermos. Estoy segura de que es un sacramento de vida y de fuerza. Me hace una gran ilusión recibirlo en presencia de todos. Me alegra que también esté mi madre.
>
> He tenido la sensación de que mi dormitorio se ha llenado de Dios, de amistad, de calor y de compañía. Mientras el aceite roza mi frente y mis manos, Pepe toca la guitarra y canta. La emoción de los demás, la cual se observa, va unida a la mía. ¡Dios quiere que vivamos el grupo con intensidad! Sentí cómo me iba abandonando en sus manos. Me sentí protegida. Es más fácil cuando te sientes así. El aceite resbaló y penetró en mi ojo izquierdo. Me escuece, pero no me importa. [...]
>
> Me siento unida a todos. Me emociona sentirme querida y, sobre todo, saber que cuento con las oraciones de todos ellos. ¿Cómo podré algún día agradecer todo lo que están haciendo por mí? Sólo puedo unir mis oraciones y las suyas. Mientras ellos piden por mí, yo pediré por ellos».

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

JONATHAN MONTALDO (ED.)

Un año con Thomas Merton.
Meditaciones de sus «Diarios»

400 págs.
P.V.P.: 20,00 €

Escribir «diarios» fue el modo que tuvo de poner en práctica más conscientemente el sentido de su vida. Únete a él en su trayectoria espiritual leyendo estos extractos de sus diarios, uno para cada día del año, acorde con la estación del año y los acontecimientos de su vida, desde su ordenación sacerdotal hasta su retiro a su solitaria ermita, e incluso su prematura muerte en 1968. La obra servirá de inspiración tanto a los incondicionales de Merton como a quienes acaben de introducirse en su singular pensamiento espiritual, con el fin de aspirar los ricos aromas de la trayectoria de su espíritu.

ST 94 (2006) 947-951

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

Espiritualidad desde la exclusión social: diez rasgos

Delegación de Acción Social.
Provincia de Castilla SJ

Una preocupación frecuente entre las personas y grupos cristianos implicados en la acción social se refiere a la espiritualidad: qué rasgos tiene, cómo la alimentamos, qué aporta a nuestro trabajo y a nuestra presencia, cómo podemos iniciar en una espiritualidad comprometida con los excluidos, cómo acompañamos a las personas que se embarcan en esta opción... Sabemos que aquí nos jugamos algo esencial a nuestro compromiso cristiano con el Dios de los pobres y con los pobres de Dios, y por eso sentimos el deseo de reforzar esta espiritualidad. En las páginas que siguen, aunque no pretendemos abordar todas estas cuestiones, sí queremos ofrecer algunas ayudas para profundizar en el tema.

Y lo haremos de manera sencilla, sugiriendo un decálogo para la espiritualidad en la exclusión y marginación, articulado en torno a diez verbos y diez pasajes neotestamentarios*. Sintéticamente, podemos decir que las personas y grupos comprometidos en la lucha contra la marginación descubren y experimentan cotidianamente la necesidad evangélica de compadecer, permanecer, resistir, incluir, re-nacer, acompañar, narrar, horadar la realidad, tender puentes, descender. Veámoslo con un poco de detalle.

---

* En estas páginas retomamos y ampliamos parte del artículo «Exclusión y marginación», del *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana,* editado por José García de Castro y Pascual Cebollada, de inminente aparición en la colección *Manresa* de Sal Terrae y Mensajero.

Un primer rasgo de la espiritualidad desde la exclusión es la ***com-pasión,*** la experiencia de compartir el sufrimiento de las personas marginadas, no desde un emotivismo superficial, sino desde la radicalidad de «padecer con el otro» unidos a la Pasión de Cristo sufriente en las cunetas de la historia. Narra el evangelio que, en cierta ocasión, Jesús se encontró con una muchedumbre que le seguía, y «le dio lástima de ellos» (Mc 6,34). Ese profundo y potente sentimiento supuso una convulsión interior en la persona de Jesús (la traducción literal del texto griego sería algo parecido a «se le conmovieron las entrañas»). Y esa con-moción com-pasiva conduce a la acción com-partida: «dadles vosotros de comer» (Mc 6,37). Es decir, que compartir el sufrimiento del otro lleva a compartir también los propios bienes, recursos y capacidades.

En segundo lugar, la realidad de la exclusión social es tan dura, los avances tan limitados, los fracasos tan frecuentes, y las esperanzas tan frágiles, que el compromiso cristiano en estos ambientes necesita arraigarse en la ***fidelidad.*** Es necesario reconocer con honestidad esta realidad. Y también es preciso vivirla desde la óptica evangélica. La compasión de Jesús, el Fiel, «no fue un ambiguo sí y no; en él ha habido únicamente un sí» (2 Co 1,20). Por eso mismo, los seguidores de Jesús están invitados a encarnar una fidelidad semejante, reproduciendo sus rasgos. Si la oración del huerto de Getsemaní representa el momento más desgarrador de la fidelidad de Jesús, la presencia de las mujeres al pie de la cruz (Mc 15,40-41) es una muestra del talante cristiano que acompaña fielmente las situaciones duras y, paradójicamente, brota de esa misma cruz, expresión del amor entregado y fiel.

Junto a ello, brota la ***resistencia.*** Debemos reconocer que nuestra situación histórica actual no se presenta demasiado favorable para los marginados de un mundo cada vez más globalizado y excluyente; por eso, aunque no siempre se pueda vislumbrar la alternativa global al sistema, el Espíritu da fuerzas para resistir al mal mientras anhelamos la llegada plena del Reino de Dios. La recomendación paulina resuena vigorosa en medio del capitalismo de consumo que nos rodea y parece invadirlo todo: «no os ajustéis a este mundo, antes transformaos con una mentalidad nueva, para discernir la voluntad de Dios» (Rm 12,2). Resistir ante una sociedad de exclusión significa ya generar relaciones inclusivas.

El cuarto rasgo es precisamente la ***inclusión.*** Mientras esperamos el avance de una sociedad más justa, los cristianos estamos invitados a

vivir unas relaciones sociales en las que nadie sobre; estamos llamados a encarnar unas relaciones comunitarias en las que realmente toda persona tenga un lugar, y nadie quede excluido. Es muy significativa a este respecto la llamada a los doce apóstoles (Mc 3,13-19). En los pasajes inmediatamente anteriores, Jesús ha constatado la irrupción del Reino, anunciando la liberación integral con gestos eficaces y palabras contundentes. Desbordado por las necesidades del pueblo, Jesús constituye un grupo de colaboradores cercanos para alentar la misión. Estos Doce, el nuevo Israel, son invitados a convivir con él y enviados con poder de hacer frente a las fuerzas del mal. La dinámica del Reino consiste precisamente en ampliar el círculo de los Doce hasta que llegue a incluir a todos los excluidos de la sociedad. La comunidad cristiana manifiesta la predilección de Dios por los pobres y anticipa su sueño de un mundo nuevo e inclusivo.

Vivir este tipo de relaciones inclusivas significa (y estamos ya en el quinto rasgo) ofrecer una ***alternativa*** real a la globalización excluyente. La palabra alter-nativa significa «nacer de nuevo», indica la fuerza del bautismo y las nuevas relaciones sociales que instaura, y está vinculada al eslogan del movimiento alter-globalizador («otro mundo es posible»). Un conocido texto de la Carta a los Efesios puede ayudarnos a extraer las implicaciones de este «nacer de nuevo» en la vida cristiana cotidiana: «Ahora estáis en Cristo Jesús. Ahora, por la sangre de Cristo, estáis cerca los que antes estabais lejos. Él es nuestra paz. Él ha hecho de los dos pueblos una sola cosa, derribando con su carne el muro que los separaba: la hostilidad» (Ef 2,13-14). Es decir, que el hecho de vivir en Cristo (o sea, nacer-de-nuevo por el bautismo) supone una alter-nativa a las divisiones que desangran al mundo.

Un sexto elemento de la espiritualidad que brota en los márgenes de la sociedad es el ***acompañamiento.*** Muchas veces, lo que piden las personas marginadas es, simplemente, que alguien les acompañe en su proceso personal, con sus caídas, intentos y recaídas; y se requiere un talante espiritual para acompañarles. Igualmente, es esencial el acompañamiento humano y espiritual de los profesionales (asalariados o voluntarios) que trabajan en contextos de exclusión social. Los evangelios nos ofrecen un buen icono de acompañamiento en la figura de Simón el Cireneo. Es cierto que no se trata inicialmente de un acompañante voluntario, sino que «lo forzaron» a ir con Jesús (Mc 15,21). Pero también es cierto que Simón de Cirene acompañó a Jesús hasta el

final, en medio del sufrimiento y la incomprensión, con costes personales. Ojalá sepamos nosotros acompañar a los otros en estos senderos de la marginación y dejarnos acompañar por otros en nuestro mismo compromiso.

La espiritualidad de la exclusión se expresa con frecuencia en forma de relatos o historias de vida. La ***narración*** ofrece modos de canalizar la vida y el sufrimiento que los géneros más formales difícilmente logran expresar. Además, se trata de un estilo más ágil y cercano a la realidad de las personas excluidas, que difícilmente se sienten cómodas con el lenguaje abstracto y conceptual, pero que saben expresarse mejor a base de historias, narrando peripecias. El mismo Señor Jesús empleó con frecuencia este estilo comunicativo. Con frecuencia le escuchamos decir que el Reino de Dios se parece a un comerciante, un ama de casa, un sembrador, un grupo de hombres en paro o una pareja de novios. Y con frecuencia nos remite desde ahí a la propia vida: «A ver, ¿qué os parece?» (Mt 21,28), o «Anda y haz tú lo mismo» (Lc 10,37).

La ***contemplación*** es un elemento común a toda espiritualidad, pero en los ambientes marginales adquiere el sentido específico de horadar la realidad y educar la mirada para descubrir los signos (no siempre evidentes) de la presencia del Dios de la Vida en nuestra realidad cotidiana y dolorida. Un buen ejemplo evangélico lo encontramos en el capítulo 21 de Lucas. Las dos escenas (la ofrenda de la viuda y el discurso escatológico sobre la destrucción del Templo) tienen su nexo de unión en la mirada contemplativa de Jesús, frente a otras visiones de la realidad. Jesús mira y observa los donativos de los ricos y la ofrenda de la pobre mujer viuda (Lc 21,1-2) y capta la diferencia de planteamiento y actitud entre ambos. Inmediatamente después, se nos dice que la gente «ponderaba los hermosos sillares del templo y la belleza de la ornamentación»; pero Jesús va más allá, y su mirada le permite horadar la realidad (Lc 21,5). Una mirada superficial queda atrapada en la apariencia, pero una mirada contemplativa es libre para captar la profundidad de lo real, también en medio de la pobreza, los márgenes sociales o la fragilidad personal.

La escisión social (centro-margen, incluidos-excluidos, dentro-fuera) es un escándalo para Dios y para las personas que laten con el corazón de Dios. La Iglesia, por tanto, asume el reto de superar esa fractura social tendiendo puentes entre grupos y clases sociales. Esta

tarea de ***mediación,*** comprometida y no ingenua, se convierte en otro rasgo espiritual del cristiano que lucha contra la exclusión, y es a la vez expresión de su ser «pontífice» como consecuencia del bautismo. Un ejemplo muy plástico que recogen los evangelios es la curación del paralítico (Mc 2,1-12). Aquel hombre era incapaz de llegar hasta Jesús por sus propios medios, pero cuatro amigos o compañeros lo llevaron en la camilla e incluso tomaron la iniciativa de abrir un boquete en el tejado para descolgarlo por él y ponerlo ante Jesús. Aunque el encuentro es siempre personal, el proceso conlleva frecuentemente una importante mediación comunitaria que no podemos orillar.

La espiritualidad de la marginación es, finalmente, una espiritualidad del ***descenso*** radical y kenótico para llegar al encuentro de los hermanos excluidos y del Dios que compromete su Vida con ellos. De nuevo es Jesucristo la mejor encarnación de esta dinámica de despojo personal y social, recogida espléndidamente en el conocido himno de la Carta a los Filipenses: «...se vació de sí mismo y tomó la condición de esclavo» (Flp 2,7). Al hacerlo, Jesucristo muestra el verdadero rostro del ser humano (humanidad-humildad-humus) y el verdadero rostro de Dios, «que se abaja para mirar» (Sal 113,6).

En definitiva, la espiritualidad de la exclusión nos permite contemplar a Dios en los márgenes de la historia y narrar dicho encuentro. Ese proceso espiritual nos introduce, de alguna manera, en el mismo movimiento vital de Dios: un Dios compasivo, fiel, resistente al mal, inclusivo, que genera alternativas, tiende puentes, acompaña. Y, sobre todo, un Dios que se abaja para mirar y liberar (cf. Ex 3,8).

castilla JESUITAS
Avda Moncloa, 6 / 28003 MADRID
Tlf. 915 344 810 / Fax. 915 358 243
E-mail: socialcas@jesuitas.es

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

MARIANO BALLESTER, SJ

La ayuda de los sueños en el crecimiento espiritual

208 págs.
P.V.P.: 11,00 €

He aquí todo lo esencial de otros dos libros anteriores en relación con la lectura de nuestros mensajes oníricos, añadiendo además algunos ejercicios y recomendaciones que pueden ser útiles en el crecimiento personal, especialmente en lo que atañe a la dimensión espiritual de la persona. Se ofrecen claves de lectura onírica para las personas familiarizadas con la espiritualidad de Ignacio de Loyola, pero no se da por supuesto que el lector sea creyente, si bien, su contenido puede servir a cuantos se sientan interesados por una búsqueda y profundización en los terrenos del espíritu.

ST 94 (2006) 953-957

COLABORACIÓN

Discapacidad, libertad, Dios

Jesús FLOREZ BELEDO*

Estábamos comiendo con toda normalidad. Y de pronto surgió una pregunta:

– Mamá, ¿Dios y tú queríais que yo tuviera síndrome de Down?

Nos miramos todos en un silencio que cortaba el aire. Pero pronto vino la respuesta, directa y tajante:

– Dios sí, pero yo no.

– ¿Y tú por qué no?

Nuevo silencio brevísimo, mientras en el aire cruzaban trémulos los ecos de las palabras.

– Porque sabía que ibas a tener muchas dificultades para aprender y que me iba a costar mucho enseñarte.

– ¿Y ahora qué?

– Ahora estoy encantada.

Miriam sonrió, tranquila y segura.

El diálogo, pese a su brevedad, había rozado lo sublime de lo humano. De un lado, la niña: consciente de su debilidad, quería saber el compromiso afectivo de su madre desde el momento mismo en que nació; buscaba seguridad, una seguridad que le permitiera aceptarse a sí misma; y simultáneamente aceptaba el papel decisivo de otro ser

* Catedrático de Farmacología en la Facultad de Medicina de la Universidad de Cantabria. Asesor científico de la Fundación «Síndrome de Down» de Cantabria. Santander. <jesus.florez@unican.es>.

–Dios, ni más ni menos– y no como un alguien ajeno a su existencia, sino como un alguien comprometido y responsable que participaba en la donación de la vida. Y de otro lado, la madre: con sencilla sinceridad que apenas si podía ocultar un amor inabarcable, no le engañaba su debilidad, pero, al tiempo, declaraba su compromiso amoroso, pleno y permanente.

La conversación terminó ahí pero a nadie se le oculta la hondura, ciertamente no pretendida, de esa primera pregunta planteada con absoluta ingenuidad: «¿Dios y tú queríais que yo tuviera síndrome de Down?». A decir verdad, en mi casa se intenta vivir la presencia de un Dios que es padre providente y comprometido. Por eso no le fue difícil a Miriam incluirlo como responsable –al menos uno de los responsables– de su situación personal: nació así sin ella pretenderlo, no tuvo opción.

Pero la pregunta nos enfrenta con toda su crudeza a uno de los enigmas más punzantes de la especie humana. Un enigma que con frecuencia se rebela contra la idea misma de Dios y lo convierte en un concepto absurdo y, por tanto, inadmisible. Dios y la discapacidad. Dios y el dolor. Dios y las tragedias naturales. Dios y la perversión humana. ¡Cómo cuesta compaginar la existencia de un Dios creador y padre con hechos tan inexorables como son las consecuencias de nuestra libertad –pese a ser nuestro máximo blasón–, o el orden natural de un universo físico y biológico que sigue sus leyes inexorables, unas favorables y otras desfavorables...!

Francis S. Collins, el director del proyecto científico más trascendental que han visto los siglos de nuestra historia, el Proyecto Genoma Humano, ha escrito recientemente lo siguiente (*The Language of God,* Free Press, New York 2006):

> «Si la decisión más importante que hemos de tomar en esta tierra es una decisión sobre nuestras creencias, si la relación más importante que hemos de desarrollar en esta tierra es una relación con Dios, y si nuestra existencia como criaturas espirituales no se limita a lo que conocemos y observamos durante nuestra vida terrena, entonces los sufrimientos humanos asumen un contexto completamente nuevo. Puede que nunca comprendamos plenamente las razones de esta experiencia dolorosa, pero podemos empezar a aceptar la idea de que puede que estas otras razones sean reales, existan».

Y añade, como científico de raza que es:

> «La ciencia nos ha revelado que el universo, nuestro propio planeta y la vida misma se encuentran inmersos en un proceso evolutivo. Las consecuencias de este hecho incluyen la impredecibilidad del tiempo, o el deslizamiento de una placa tectónica, o la mala lectura de un gen cancerígeno en el proceso normal de la división celular. Si en el comienzo de los tiempos Dios eligió utilizar estas fuerzas naturales para crear los seres humanos con toda su grandeza, resultó inevitable también que, al mismo tiempo, surgieran estas otras consecuencias dolorosas» (pp. 45-46).

Efectivamente, la discapacidad en cualquiera de sus formas surge inicialmente como algo que limita el funcionamiento ordinario de una persona. Cuando nos afecta, podemos contemplarla como una broma pesada de un Dios incomprensible, cuando no irresponsable. O como el resultado fatídico de una realidad humana absurda, más incomprensible todavía. O como consecuencia de la fragilidad intrínseca de nuestra propia biología: una biología programada por un Dios que es al mismo tiempo, siguiendo a Collins, el Dios del genoma y el Dios solícito que nos habla en su revelación. Pero en este último caso la discapacidad obliga a plantearse seriamente el sentido que pueda tener una frase tan sencilla pero tan decisiva como es «creo en Dios».

En palabras de Ratzinger, cuya reflexión sigo (*Introducción al Cristianismo,* Ediciones Sígueme, Salamanca 2005), quien así profesa su fe opta, ante todo, por la primacía del Logos frente a la pura materia; es decir, afirma que la idea, la libertad y el amor no sólo están al final, sino en el principio, porque es ahí donde radica el poder que abarca y da origen a todo ser.

La estructura matemática de la materia, la incomparable coherencia de los fenómenos biológicos que dan base al devenir evolutivo, no son un sin-sentido que se sustraen al entendimiento: incluyen verdad y comprensibilidad que posibilitan la comprehensión conceptual. Ahora bien, podemos pensar «que todo lo que está ahí ante nosotros es, al final, materia; que la materia es lo único que siempre está ahí y se puede comprobar y, por tanto, muestra el auténtico ser del ser». O bien podemos pensar, por el contrario, «que todo el que estudie la materia puede descubrir que ella es ser pensado, es idea objetivada y que, por tanto, no puede ser lo último». Antes que la materia está la conciencia cre-

adora, la libertad creadora, que sostiene todas las cosas y entrega lo pensado a la libertad de su ser propio y autónomo. «En el principio de todas las cosas existe una conciencia, pero no una conciencia cualquiera, sino una conciencia que, siendo libertad, genera libertades; una libertad que piensa y que, al pensar, crea y dona libertades; una libertad que convierte a la libertad en la configuración estructural de todo ser».

La argumentación así expuesta resulta sobrecogedora. Porque aceptar al Dios creador es optar por la primacía de la libertad frente a la primacía de la necesidad cósmico-natural; es la opción por el hombre como ser irreductible que apunta a la infinitud. Es optar por la persona única e irreductible, no por el individuo inmerso en la colectividad como un número más de un conjunto. Un mundo creado y querido en el riesgo de la libertad y el amor no es pura matemática. Es el espacio del amor y, por tanto, de la libertad. Pero eso significa que el riesgo del mal está siempre al acecho. Tenemos que correr el riesgo del mal, el riesgo del error, el riesgo del dolor y del sufrimiento para asegurar, por otro lado, la realidad de una luz mayor, de la libertad y del amor. Si optamos por el Dios creador, optamos por un Dios que no se desdice: ni limita la libertad firmemente inscrita en la criatura pese al mal que pueda acarrear, ni pone límites a la fuerza evolutiva que de él emana, con todas sus contingencias, positivas y negativas.

«En un mundo que, en último término, es algo más que matemática, lo más pequeño que puedo amar es lo más grande; lo particular es más que lo general; la persona, lo único y lo irrepetible, es también lo definitivo y lo supremo». Creer en Dios creador, pues, nos empuja casi obligadamente a creer en la persona. ¿Qué persona? Toda persona. La misma libertad que explica la presencia del mal y del error nos induce a ver a la persona como algo singular y supremo.

Que nadie piense, sin embargo, que el «creo en Dios» es un salvoconducto. Por el contrario, aceptar la libertad que esa creencia ofrece nos obliga, nos interpela para aceptar al otro con independencia de su condición, nos invita a especializarnos en el amor, que es un paso más allá de la mera, y tan frecuentemente impersonal, solidaridad.

Y así lo comprobamos, realmente. Ante la realidad de la persona con discapacidad nacen en el corazón humano los más sublimes sentimientos y las más esforzadas energías. La discapacidad genera respuestas que, aun siendo plenamente humanas, disparan por elevación y subliman la condición humana. Promueve el amor desinteresado de

millones de personas en todo el mundo que, generación tras generación, se esfuerzan por paliar los efectos. Es decir, consigue movilizar actitudes que incluso son intrínsecamente contrapuestas a las propias de una evolución guiada exclusivamente por la selección natural.

¿Forman parte estas conductas de esas posibles razones de las experiencias dolorosas a las que aludía Collins para explicar la existencia del dolor en el mundo? No lo sé, pero ciertamente confirman la idea de que el riesgo del dolor y del sufrimiento inserto en la acción creadora asegura realidades aún mayores, plenas de libertad y de amor. Basta contemplar la discapacidad como realidad capaz de generar actuaciones y comportamientos humanos que encajan plenamente con las propuestas y los deseos del Dios revelado como padre. Son propuestas que urgen a la humanidad, aunque su concreción queda abierta a la libertad de cada persona. Y es que, en definitiva, no puede haber contradicción entre el Dios del genoma y el Dios que se revela.

Es así como, finalmente, atisbo todo el rico significado de ese diálogo increíble que inició esta reflexión, y muy especialmente el de su conclusión:

– Ahora estoy encantada.

Como diciendo: «Vivo en mi propia carne tu debilidad, hija mía. Pero desde mi libertad te quiero como eres. Y desde esa libertad lucho a diario para que tú misma te superes».

Creo que Miriam lo entendió así, y por eso terminó sonriendo, confiada.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

JOSE CARLOS BERMEJO
ROSA MARIA BELDA

Bioética y acción social.
Cómo afrontar los conflictos éticos en la intervención social

176 págs.
P.V.P.: 10,00 €

La intervención social nos pone en situaciones en las que nos enfrentamos a problemas éticos: ¿cómo distribuir los recursos?; ¿es bueno echar a una persona de un proyecto?; ¿cuánta información pueden manejar unos voluntarios sin faltar a la confidencialidad?; ¿qué hacer ante una madre que no se comporta responsablemente con sus hijos?... No es fácil que estos problemas sean identificados siempre como problemas éticos. La reflexión bioética que se presenta en este texto ayudará a conocer estrategias de deliberación y de acompañamiento en las situaciones de conflicto.

ST 94 (2006) 959-970

DIÁLOGOS URGENTES

10. El diálogo con la trascendencia

Javier MELLONI, SJ*

La trascendencia, evocando una inalcanzable lejanía (*trans-scendere:* «subir más allá», «superar»), señala la profundidad del Misterio que lo abarca todo, el mundo y las personas, la cual está situada en la más radical mismidad y cercanía del aquí y del ahora: «En Él nos movemos, somos y existimos» (Hch 17,28). Pero es *trascendencia* porque, estando más acá, sigue estando más allá sin cesar, impidiendo que la reduzcamos a nosotros o a las cosas. Porque el ser humano está atravesado de trascendencia, está siempre abierto, pujando allende de sí mismo, de lo que sus sentidos perciben, de lo que su corazón ama y de lo que su razón entiende. Esa apertura produce un Eco que le habla de cimas y honduras indecibles que subyacen tras la densa capa de las apariencias.

Dialogar con la trascendencia supone vivir en ese estado de apertura, de desvelamiento progresivo de la realidad, unas veces con continuidades y otras con discontiniudades. Implica darse cuenta de que estamos habitados, de que todo está habitado por una Profundidad tan silenciosa como poderosa, tan paciente como exigente, porque, siendo suave, impide toda autocomplacencia. La relación con lo trascendente supone una ruptura de nivel, una interrupción de las evidencias y apetencias del yo ordinario, un perder pie en un ámbito en el que no podemos organizarlo o manipularlo nosotros. Sin tal ruptura no hay rela-

* Profesor de Teología en la Facultat de Teologia de Catalunya. Manresa. <jmelloni@terra.es>.

ción con el horizonte de Ultimidad, sino repetición de lo ya conocido, aunque sea sublimado o camuflado, pero repetición al fin y al cabo.

Las modalidades de este diálogo han tenido y tienen múltiples manifestaciones que hoy necesitan ser explicitadas, porque en nuestra cultura están adoptando otras formas distintas de las de antaño, formas incluso no religiosas. Podemos discernir varias: para nosotros, la más explícita es el diálogo con el Dios personal de la tradición bíblica. Pero hay otras: el modo en que la sensibilidad oriental dialoga con el horizonte de trascendencia, el cual no lo concibe como un Tú, sino como un Todo; hallamos sus huellas también en el acto ético de la sensibilidad secular; en la búsqueda del arte contemporáneo; en el reencuentro con la naturaleza, que está siendo resacralizada por algunos sectores de nuestra cultura; etc. Detengámonos en cada una de ellas.

1. Diálogo con el Dios personal

En la tradición bíblica, el ser humano es constitutivamente creado para hablar con su Hacedor. Dios nos crea «a imagen y semejanza» suyas para que seamos sus interlocutores. No es que Dios sea antropomórfico, sino que nosotros somos teomorfos: se nos ha dado la forma de Dios para que sea Él el horizonte de nuestra relación. La creación es esa misma interlocución, un diálogo que comienza en el primer hablar de Dios en el interior de Dios, entre el Padre y el Hijo, y que se extiende en cada uno de nosotros por medio de *Ruah,* el aliento de su Espíritu.

La lenta aparición de la consciencia en el cosmos está expresada en el relato bíblico con la sucesión de los días de la creación. El ser humano aparece en el sexto día como culminación de ese hablar de Dios, como respuesta a la invocación que Dios le hace al crearlo. Entre Dios y el hombre está la Palabra: «Todo se hizo mediante ella, y sin ella no se hizo nada de cuanto fue hecho» (Jn 1,3). Por el Logos es creado el ser humano, para que dia-logando volvamos al Origen del que brotamos. Nuestra relación con Dios es mutua invocación. Dios pronuncia nuestro tú al crearnos, y nosotros nos recreamos en Él y hacia Él cuando lo invocamos. Su Tú nos ayuda a descubrir que somos un yo que existe constitutivamente en la reciprocidad. Crecemos cuando salimos de nosotros mismos. Somos a medida y en la medida que establecemos

relación con Él. A través (*dia*) de esta palabra (*logos*) que nos abre, vamos trascendiéndonos más allá de nosotros mismos.

Las formas de este diálogo con Dios son múltiples: desde la petición confiada hasta la queja desesperada; desde el temor hasta la gratitud y la alabanza; desde la invocación de perdón hasta las más altas palabras de amor. Todos los registros de lo humano están contenidos en nuestra oración. No puede ser de otro modo, porque la plegaria brota de nuestra sustancia primera, moldeada con anhelo de infinitud ante un Tú y hacia un Tú al que referirnos.

Como en toda relación, también en la relación con Dios se dan presencias y ausencias, encuentros y desencuentros. Ello revela el complejo mecanismo de la proyección. En el proceso de maduración de toda relación se va descubriendo que muchas veces no nos encontramos con el Otro, sino con el desdoblamiento de nosotros mismos mediante anhelos y deseos que nos hacen de espejo. En el diálogo con Dios sucede lo mismo. De ahí lo que conocemos como *noches.* Hay *noches* en nuestra relación con Él, precisamente porque hay crecimiento en el reconocimiento de su trascendencia. La *noche* es ese espacio que no podemos franquear por nosotros mismos. Sólo llegamos a Él si somos recibidos. Para ello hay que pasar por diversas fases y etapas de desalojo.

Llegando a Dios, Él sigue permaneciendo como el Totalmente Otro, irreductible a nosotros mismos, para que nuestra unión con Él no la convirtamos en con-fusión. Porque Dios es Dios, permanece en su propia trascendencia. Sólo así nuestra relación con Él es éxtasis, desplazamiento continuo, posibilidad de crecimiento sin fin.

2. Diálogo más allá del diálogo con el Fondo de las cosas

Pero el diálogo con lo trascendente no acaba aquí ni se agota con el paradigma bíblico. No pocos de nuestros contemporáneos han perdido el sentido del Tú de Dios y, sin embargo, viven en horizonte de trascendencia a través de ciertas prácticas de meditación, algunas de las cuales son preeminentemente corporales, como los ejercicios de yoga, de tai-chi o de Chi-Qung. Lo trascendente se hace presente en la medida en que el ego es silenciado y se accede a otros estados del espíritu. Este silenciamiento implica pasar de *hacer* a *dejarse hacer.* Si no se da este paso, esta *metanoia,* no es más que gimnástica. Lo que convierte de-

terminados ejercicios corporales en una práctica religiosa es la conciencia de que a través de ellos se entra en contacto con una dimensión que no comienza ni acaba en el cuerpo ni en la mente, sino que dispone a una comunión con el Todo que va más allá de los intereses del ego. Aquí la trascendencia se torna inmanencia, y la inmanencia trascendencia. El cuerpo, la postura, el gesto devienen las formas a través de las cuales la persona se hace permeable al Ser. En este paradigma, Dios no es un Tú con el que dialogar, sino un Todo con el que se entra en comunión por medio de un estado de transparencia al instante y al acto presentes, sin que sea nombrado.

En la tradición zen, tan importante es la práctica de la meditación como ejercitarse en otros campos (el arte de servir el té, el tiro al arco, la jardinería, la disposición de las flores, las artes marciales...). ¿Dónde está la trascendencia en todo esto? En hacerlo con ausencia de ego, en realizar cada movimiento con una exquisitez de atención al instante y al acto mismo que se está realizando. Las descripciones de Herrigel explicando su lento aprendizaje del arte del tiro al arco resultan ser toda una metáfora de la vida[1]. Mientras el objetivo es tratar de acertar la diana, no hay trascendencia alguna, sino tan sólo actividad del ego conquistador que busca lograr su satisfacción y sus objetivos. El acto espiritual comienza cuando el tirador se va descubriendo pasaje de una Fuerza-Presencia que va mucho más allá de la propia voluntad y empeño. A través de la pureza del gesto –tensar la cuerda del arco, en este caso, aunque puede haber otros, como verter el té sobre una taza o colocar una flor en el lugar adecuado de una habitación– se busca dejar que se transparente el Ser Esencial, de cuya naturaleza prístina todos y cada uno somos manifestación.

Este silenciamiento de Dios, sin que por ello haya desaparecido la referencia a la Ultimidad, no es sólo propio de las tradiciones orientales. En nuestra cultura secularizada se ha llegado a captar que una existencia privada de un Tú divino no implica abandonar el sentido sagrado del existir. Antoine de Saint-Exupéry, que en su obra póstuma *Citadelle* (1948) había escrito: «Dios se pierde», también expresaba:

1. Cf. Eugen HERRIGEL, *Zen en el arte del tiro con arco* [1953], Ed. Kier, Buenos Aires 1996.

> «Sólo conozco un acto fértil: la oración. Pero también sé que todo acto es oración si es don de sí para devenir. ¿Crees tú en un poema que ha sido escrito para ser vendido? Si el poema es objeto de comercio, ya no es un poema. Si una urna es objeto de concurso, ya no es una urna ni una imagen de Dios, sino imagen de tu vanidad o de tus apetencias vulgares».

Y Michel Foucault, pensador demoledor que escribió recurrentemente sobre la muerte del sujeto, esa herida narcisista que ha tenido que sufrir la modernidad, decía: «La renuncia no quita, la renuncia da»[2]. Hay, pues, en nuestra cultura un modo de vivir sin referencia explícita a Dios que puede ser más respetuoso con el Misterio que ciertas formas de creencia que han domesticado de tal manera a Dios que no respetan su radical Alteridad y que les impide reconocerlo en la mismidad de lo real. Con esta forma de concebir la trascendencia también hemos de aprender a dialogar.

3. Diálogo con la trascendencia a través del acto ético

La apertura a la Ultimidad no se da sólo con el cultivo de la interioridad o de la corporalidad. Se da también en el acto secular del compromiso ético. Detrás de toda acción o actuación por una causa que no revierta sobre los intereses del ego, se da un contacto con lo sagrado, aunque esta referencia no se explicite. No hay *dia-logos,* pero sí *dia-praxis* de trascendencia y hacia la trascendencia, porque se da la superación del autocentramiento. Hemos de aprender también aquí a dialogar con quienes viven tal apertura sin nombrarla como hacemos nosotros. En la medida en que creemos que Dios es continua salida de sí mismo, que su esencia es darse posibilitando el ser –tanto en el interior de sí mismo, en lo que llamamos las relaciones intratrinitarias, como en el exterior de sí mismo, en lo que llamamos creación, encarnación y redención–, podemos decir que allí donde hay salida de sí, hay participación en la naturaleza última de la realidad. Cuando actuamos más allá de nosotros mismos, dándonos, se da nuestro vínculo con la trascendencia. Cuando nos vaciamos de nosotros mismos en y por cual-

2. *Hermenéutica del sujeto,* La Piqueta, Madrid 1994, p. 107.

quier causa justa y limpia por los demás, se está dando una existencia crística que nos será desvelada al final del camino. «"¿Cuándo dialogamos contigo, Señor?" – "Cada vez que salisteis de vosotros mismos hacia algún otro necesitado de vosotros, estabais entrando en Mí, os estabais trascendiendo hacia Mí"».

Las razones por las que amplios sectores de nuestra cultura se niegan a reconocer o a reconocerse en este diálogo se deben, entre otras causas complejas, a que históricamente sólo se ha admitido un modelo y una única interpretación por parte de la religión institucionalizada. Reconocer esta relación con la trascendencia en muchos de nuestros contemporáneos que no la nombran no implica un absorcionismo por nuestra parte, sino que es un modo de identificar con nuestras categorías una calidad y dirección de existencia que es fuente de plenitud y de vida, porque abre la autorreferencia a una Alteridad en la alteridad concreta del necesitado que libera de la propia asfixia y absolutismo.

4. Diálogo con la trascendencia a través del camino estético

El arte contemporáneo es también un espacio de sacralidad, de diálogo pudoroso con la trascendencia, un modo de relacionarse con la materia y sus formas en un intento de dar cauce a la búsqueda que impele a un artista y a su generación. El artista (pintor, músico o poeta) trata de dar forma (con la imagen, el sonido o la palabra) a Algo que le habita o le atraviesa, sintiéndose que sólo son cauce de un Impulso o de una Fuerza que les supera. Escribe Eduardo Chillida:

> «Estando bien a la escucha, lo que quiere salir sale.
> No sale lo que yo quiero»[3].

Este silenciamiento que se produce en el artista para ser instrumento de la búsqueda o fuerza que en él se expresa, es un lenguaje que tenemos que aprender a interpretar. La sacralidad del arte no está en el tema que trata, sino en el modo de hacerlo, desposeyéndose el autor de sí mismo. De nuevo con palabras de Chillida:

3. *Escritos,* La Fabrica Editorial, Madrid 2005, p. 18.

> «El artista sabe lo que hace, pero para que merezca la pena debe saltar esta barrera y hacer lo que no sabe, y en ese momento está más allá del conocimiento. El arte para el artista es una pregunta. ¿Es la sucesión de preguntas nuestra respuesta?»[4]

El artista es uno de los oráculos de la comunidad humana. No sólo es creador, sino que muchas veces es mero testigo de lo que es y ve. Los siguientes versos de Fernando Pessoa expresan bien la condición del poeta:

> «La asombrosa realidad de las cosas
> es mi descubrimiento de cada día.
> Cada cosa es lo que es,
> y es difícil explicarle a alguien cuánto me alegra eso,
> y cuánto me basta.
> Basta existir para sentirse completo»[5].

Lo propio del artista es plasmar esta plenitud, señalarla, indicar la sacralidad de lo real, así como expresar los gemidos y los desgarros por lo inacabado de tantas cosas. Aprender a descodificar la santidad del arte contemporáneo es otra de nuestras tareas[6].

5. Diálogo con la naturaleza reencontrada y reencantada

En las sociedades secularizadas se está dando el redescubrimiento de un nuevo templo: la naturaleza. Si bien se está perdiendo el sentido religioso de la celebración dominical, que era una forma de reconocer la sacralidad del ritmo semanal en su alternancia entre el esfuerzo y el descanso, entre el interés y la gratuidad, con todo, rastros de la sabiduría del mandamiento de observar las fiestas son reconocibles en el éxodo de cada fin de semana hacia la naturaleza. Ante la estabilidad y firmeza de las montañas, ante el silencio de los copos de nieve cayendo, ante los amplios horizontes de un paisaje, ante la belleza tan exquisita como efímera de las flores, ante la serenidad y docilidad de los

4. *Ibid.,* p. 48.
5. *Un corazón de nadie,* Galaxia Gutenberg, Barcelona 2001, p. 173.
6. Me remito a la obra de Amador VEGA, *Arte y santidad. Cuatro lecciones de estética apofática,* Cuadernos de la Cátedra «Jorge Oteiza», Pamplona 2005.

árboles que se dejan hacer por el ciclo de las estaciones mientras van creciendo los anillos de sus troncos, no pocos de nuestros contemporáneos se reencuentran a sí mismos en una contemplación que les abre más allá de sí.

Este reencuentro tiene un efecto purificador y regenerador en la medida en que el ser humano deja de producir y controlar, trascendiendo las estrategias del ego calculador. La sensibilidad *eco-lógica* puede ser un detonador de trascendencia en la medida en que se convierta en *eco-sofía*[7]. Porque no se trata de elaborar un *logos* sobre cómo seguir explotando los recursos del planeta de manera que podamos seguir expoliándolo sin que lo note, sino de saber escuchar la sabiduría de la Tierra. Esta escucha constituye un acto sagrado en tanto dejemos de sentirnos propietarios para devenir receptáculos de una Vida que se nos regala, y en tanto ello nos conduzca a venerarla y saber agradecer: desde el agua que bebemos hasta el aire que respiramos, el suelo que pisamos, etc.

6. Otras formas menos reconocibles de encuentros contemporáneos con la trascendencia

¿Hay trascendencia en la investigación científica, en tanta actividad como se despliega en nuestra sociedad tecnificada? Las visiones pesimistas de no pocos filósofos y sociólogos (Martin Heidegger, Lewis Munford o Jacques Ellul) nos hablan de una cultura que ha sucumbido al utilitarismo y ha creado un universo desencantado y vacío de misterio. Sin embargo, seríamos injustos con nuestro tiempo si toda esta energía fuera demonizada. También hay una búsqueda de Ultimidad en la actividad indagadora, tanto científica como tecnológica, de nuestro tiempo. Lo que permite hablar de encuentro con la trascendencia en estos campos es que no se haga con un afán meramente conquistador, utilitarista o crematístico, sino con la conciencia de que participa del impulso co-creador de Dios. Lo que convierte un acto, una actividad, una dedicación o una profesión en camino y práctica espiritual, radica en que se haga desde la gratuidad y el olvido de sí, con una actitud de

7. Cf. Raimon PANIKKAR, *Ecosofía,* San Pablo, Madrid 1994.

ofrenda y servicio, y no desde el instinto depredador de supervivencia o al servicio de los intereses del ego, con veneración por las leyes del cosmos y con el deseo de colaborar con ellas en la transformación de la materia y de la comunidad humana hacia las regiones del espíritu.

Lo mismo se podría decir en torno a la cultura del ocio, del espectáculo o de los deportes. Hay atisbos de trascendencia en todo ello, en la medida en que no sean mera descarga de tensiones o excitación de pulsiones, sino que permitan un espacio de silencio, de gratuidad, de reconocimiento del don de ser, y susciten la ofrenda de uno mismo por medio de ese espacio que se abre entre nosotros y las cosas. Es el modo de relacionarnos con nuestro entorno lo que puede despertar una veneración que nos abra al Misterio o convertirlo todo en depredación, banalidad o dispersión.

En este sentido, podemos identificar los siete sacramentos que acompañan la vida cristiana como siete brechas de trascendencia en nuestra cotidianidad. Cada uno de ellos redimensiona un aspecto de la vida humana. El sacramento no añade, sino que desvela lo que está contenido en el acontecimiento humano que consagra. Explicita el germen de divinidad que contiene tal ámbito de lo humano. Es así en virtud de la encarnación: Dios se ha hecho hombre para que en el corazón de lo inmanente descubramos el fondo de sacralidad que contienen nuestras vidas.

– Por medio del bautismo se celebra el milagro de nacer, de venir a la vida. Los padres son pasajes del Misterio, engendrando una vida que les sobrepasa, y son tan bautizados como sus hijos ante la vida que se les ha confiado, tomando conciencia de que la existencia, antes de ser tarea, es don. Vivir desde el don permite abrir un horizonte de gratuidad que es el primer paso para atisbar la trascendencia.

– La eucaristía es el medio por el que el instinto de depredación se convierte en donación a través de la partición del pan. El gesto de Jesús evangeliza las múltiples manifestaciones de la pulsión humana de decoración, transformándolas en entrega. Convierte nuestras múltiples formas de alimentarnos unos de otros en actos sagrados, en función de la comunión con que lo hagamos.

– El sacramento de la confirmación recoge el carácter trascendente de toda decisión que es madurada con conciencia y que es renovada en un momento determinado del camino. El Espíritu viene a un-

gir el ofrecimiento y la determinación de ser fiel a una determinada llamada, a un determinado servicio.

– El sacramento del matrimonio consagra la unión de dos vidas y la trascendencia de la relación sexual. En la reciprocidad de una relación en todos los ámbitos de la persona, ambos miembros de la pareja están siendo mediación el uno para el otro del misterio de la alteridad, en una relación que engendra más vida. Esa búsqueda de unión, de acogida y donación mutua, es metáfora de la búsqueda de la unión con Dios, con la Ultimidad, término de todo deseo.
– El sacramento del orden redimensiona la vocación y la profesión convirtiéndolas en servicio y en misión. Las múltiples formas en que los humanos colaboramos para servir a la comunidad humana y transformar la Tierra son participación del sacerdocio de Cristo, el Hombre Primordial. Toda actividad humana está inserta en este sacerdocio, en la medida en que es donación de uno mismo en el acto de ofrecer a los demás las propias facultades y capacitaciones profesionales que hemos recibido de la misma sociedad a la que servimos.
– El sacramento de la reconciliación redimensiona la densidad de la palabra humana. Toda comunicación que es hecha desde la propia verdad, toda palabra que brota de la autenticidad de nuestro ser, es palabra sanadora, palabra transformadora, que participa de aquella Palabra de la que surge nuestro ser.
– El sacramento de la unción de los enfermos descubre el carácter sagrado de la enfermedad, de la pasividad y de la muerte. Recoge todos esos momentos de la vida humana en los que, interrumpida la actividad ordinaria del personaje que representamos, caemos en la cuenta de que somos mucho más que lo que hacemos. El último acto trascendente que los humanos hemos de realizar es entregar nuestro ser a Aquel que puso la semilla de lo que somos en nuestros manos.

7. Pérdidas de diálogo

Ahora bien, si lo visto hasta aquí son vías potenciales de diálogo con Dios o con la Dimensión última del ser, es igualmente cierto que hay muchas pérdidas e interrupciones de este diálogo en nuestra cultura.

Los dos grandes enemigos contemporáneos de la trascendencia son la inmediatez y la banalidad. La inmediatez es una de las enfermedades de nuestro tiempo. La sociedad de la abundancia ha ido estrechando la distancia entre nuestro deseo y su satisfacción. Al no existir este espacio donde aprendemos a contener nuestra pulsión, vivimos enganchados a nuestros impulsos y a su consumación. La fagocitación que fomenta la sociedad de consumo hace que vivamos saturados e hiperacelarados, corriendo de satisfacción en satisfacción. Todo ello arruina el horizonte de trascendencia. Lo cubre de una niebla pegajosa que hace que nos vayamos entreteniendo en cada escaparate, incapaces de salir de las estrechas franjas de luz que iluminan nuestras calles saturadas.

Por otro lado, el desarrollo de las tecnologías y de los medios de comunicación ha reducido las coordenadas espacio-temporales, a costa de hacer superficiales nuestros vínculos con las personas y las cosas. La rapidez e inmediatez de las relaciones lleva a la banalidad. Como todo lo podemos conseguir aquí y ahora, se suprime la conciencia del proceso y del valor. Ponemos precio a las cosas a costa de quitarles su valor, ya que pensamos que podemos adquirirlas con el derecho que nos da sobre ellas el dinero. La trascendencia tiene valor, pero no tiene precio. Se puede alcanzar, pero no se puede comprar. Su apertura no se consigue con riqueza ni poder, sino con la entrega de la propia persona. Esta ofrenda requiere el movimiento opuesto del consumo. Movilizando desde dentro, abre un espacio de silencio y de contención que libera en lugar de saturar, que despierta en lugar de atrofiar el movimiento de crecimiento hacia el Otro de nosotros.

El horizonte de trascendencia reaparece cuando se da el encuentro con los límites: una enfermedad que fuerza a la inactividad, un fracaso profesional que hace que se derrumbe nuestro personaje que sabía desenvolverse en sociedad; la ruptura de una relación que hace descubrir el cúmulo de dependencias sobre la que se sostenía; la cercanía de la muerte, propia o ajena, que abre un espacio desconocido ante sí; o una experiencia de dolor que confronta con lo que ha sido llamado la «sacralidad salvaje». Estas diversas formas de interrupción de un mundo construido por nosotros mismos son oportunidades para reestablecer el diálogo con Dios o con la Ultimidad, en la medida en que se ha ensanchado el horizonte de nuestra visión y percepción.

8. Epílogo

A lo largo de estas páginas hemos tratado de ver que el diálogo contemporáneo con la trascendencia tiene dos dimensiones: la variedad de ámbitos donde se da este diálogo y la capacidad de ponerse en diálogo con aquellas formas que espontáneamente no son las nuestras. Porque hay mucho diálogo silencioso con Dios en nuestra cultura no reconocido ni reconocible. No sólo a causa de nuevas formas de religiosidad surgidas de un pluralismo cultural e interreligioso masivo, sino porque se da búsqueda y experiencia de trascendencia fuera de los marcos tradicionalmente identificados como religiosos. El innegable malestar que nos provoca esta pérdida de referentes tradicionales debería ser un estímulo para adquirir una mirada limpia que nos permita reconocer encuentros contemporáneos con el horizonte último de lo humano. Todo aquello que nos pone en contacto con nuestros límites, todo aquello que deja de ser evidente, todo aquello que nos acalla porque provoca nuestra admiración o sobrecogimiento y favorece nuestra condición liminar, son modos y brechas por donde comenzar a establecer este diálogo[8].

Recapitulando, podemos reconocer que en nuestra cultura se sigue dando el diálogo con la trascendencia a través de tres ámbitos por los que salimos de nosotros mismos: mediante el cultivo del silencio y de la contemplación hacia Dios como el Tú que nos abre al horizonte primero y último de la existencia; mediante el cultivo de la solidaridad como camino ético que nos abre hacia los demás; y mediante la contención del deseo y la veneración por los objetos y por cada acto que realizamos, como camino estético y ecológico que nos abre hacia las cosas y la naturaleza. En definitiva, sólo saliendo de nosotros mismos se nos da la oportunidad de entrar en contacto con ese Misterio del ser y con esa calidad de ser que asoma por cada poro y por cada instante de nuestro existir. Así se nos da la oportunidad de entrar en comunión con Aquel que está continuamente dándose a sí mismo en la realidad que nos sostiene en cada momento.

8. Me remito a la obra de Eugenio TRIAS sobre la condición fronteriza del ser humano: *Lógica del límite* (1991), *La edad del espíritu* (1994), *Pensar la religión* (1997), *La razón fronteriza* (1999), *Ética y condición humana* (2000), *Ciudad sobre ciudad: arte, religión y ética en el cambio de milenio* (2001).

ST 94 (2006) 971-981

LOS LIBROS

Recensiones

VIDAL, Senén, *Jesús el Galileo,* Sal Terrae, Santander 2006, 256 pp.

En el año 2003 publicó Senén Vidal en Ediciones «Sígueme» su obra *Tres proyectos de Jesús y el cristianismo naciente.* Ahora, en 2006, publica en «Sal Terrae» este libro de *Jesús el Galileo,* que, según el mismo autor declara, se basa en el libro anterior e «intenta hacer un poco más asequible la argumentación más detenida y analítica de aquel ensayo, aligerándola de muchos pormenores y de las indicaciones bibliográficas particulares».

Comparando los índices de ambos libros, se comprueba que son muy parecidos. Es verdad que en el segundo libro han desaparecido muchas de las indicaciones bibliográficas particulares contenidas en las notas muy densas del primero. Los que antes eran algunos capítulos sobre el trasfondo de la historia de Jesús se han convertido ahora en apéndices. Pero, suprimidas notas eruditas y apéndices, se trata en sustancia de la misma obra, que transmite, más resumidos, los mismos resultados, esta vez dirigidos a un público menos especializado en estos temas.

Lo original del enfoque del autor en ambas obras es la forma novedosa de enfrentarse con las paradojas que presenta el mensaje de Jesús en los evangelios. Según el autor, la solución de estas paradojas, detectadas ya por todos los estudiosos, no consiste en atribuirlas a los distintos estratos de la transmisión en el cristianismo primitivo, sino a la evolución del propio mensaje de Jesús a lo largo de su vida. Entre las distintas afirmaciones evangélicas, hay efectivamente unas de escatología de presente, y otras de futuro; unas más proféticas, y otras más sapienciales; unas más centradas en el Mensaje del Reino, y otras más centradas en la propia persona del Mensajero. Según el autor, estas afirmaciones difícilmente reconciliables no son ecos de distintas etapas de la tradición sobre Jesús. No vale explicar la paradoja atribuyendo unas al propio Jesús histórico y otras a la comunidad cristiana.

Lo más novedoso del libro es intentar mostrar que todas pueden provenir de Jesús mismo, de las diversas etapas en la evolución de su forma de entender la realización del Reino anunciado. Eso explica mejor la con-

tinuidad entre Jesús y el cristianismo antiguo, que se hizo eco simultáneamente de los distintos proyectos. La línea de ruptura no estaría entre Jesús y la tradición, sino entre esos distintos proyectos en la vida del propio Jesús.

No se da tanto una evolución biográfica de Jesús mismo, cuanto del modo en que el Reino anunciado fue tomando cuerpo a lo largo del ministerio de Jesús, adaptándose al modo en que iba siendo recibido o rechazado por sus destinatarios. El plan salvífico permanente e irrevocable de Dios era un proceso abierto, sujeto a varias posibles realizaciones concretas. Jesús fue flexible al intentar estrategias nuevas a medida que los proyectos delineados anteriormente se iban mostrando inviables.

Distingue el autor tres proyectos sucesivos. El primer proyecto fue el de un Jesús todavía a la sombra del movimiento del Bautista. En esa etapa inicial, Jesús asumió los dos signos fundamentales de Juan: el bautismo y el desierto, aceptando la situación de perdición de Israel y la esperanza de un cambio radical.

Al fracasar el proyecto de Juan, Jesús asume su misión autónoma en Galilea y diseña una nueva estrategia para la venida del Reino que pasa por la conversión de los habitantes de las aldeas galileas. Ahí descubrió Jesús «la base de Israel», la estructura ancestral que tenía que ser renovada al margen del estamento dirigente. La estrategia misional de Jesús se dirigió al pueblo humillado de las aldeas. La conversión de estos aldeanos desencadenaría un proceso imparable que llegaría a todos los estamentos, incluidos los de Jerusalén. La misión itinerante tenía este objetivo, para cuya consecución Jesús era el agente principal.

El fracaso de la misión galilea provocó una nueva crisis. Y Jesús diseñó una nueva estrategia, la ida a Jerusalén para intentar allí que su proyecto del Reino fuera acogido por las autoridades más emblemáticas del pueblo. Los signos proféticos de la entrada en Jerusalén y el signo del templo tendían a sustanciar una pretensión mesiánica por parte de Jesús. Eran signos premeditados. Este proyecto estaba abierto a dos posibilidades: la aceptación o el rechazo. Jesús contemplaba cada vez más de cerca la posibilidad del rechazo definitivo y de su subsiguiente muerte violenta, que él supo integrar en ese proyecto. La muerte del agente mesiánico se convertía así en el nuevo camino misterioso para su realización definitiva.

Jesús el Galileo es una obra que reordena en secuencia coherente una multiplicidad de datos ambiguos. Uno no siempre está de acuerdo con la interpretación dada por el autor a muchos de los datos analizados. Pero lo mejor del libro no son tanto sus conclusiones cuanto sus planteamientos novedosos, que pueden dinamizar el estudio del Jesús histórico. Últimamente se agradece que el autor haya hecho más asequible su pensamiento anterior en este trabajo de mayor divulgación.

Juan Manuel Martín-Moreno, SJ

RODRIGUEZ OLAIZOLA, SJ, José María, *Un mapa de Dios. En busca de las estructuras de salvación,* Sal Terrae, Santander 2006, 198 pp.

Buscar a Dios en las estructuras sociales en que se desenvuelve nuestra vida es la propuesta que José María Rodríguez Olaizola realiza en este libro, escrito para llegar a un público amplio, variado y con inquietudes por profundizar en su fe (el lenguaje narrativo empleado y el apartado final, con preguntas pedagógicas para trabajar de forma personal o en grupo, así lo sugiere). El subtítulo de la obra es, por tanto, el que señala la clave desde donde el autor hace la lectura de la realidad, y el que contiene el concepto fundamental –*estructuras de salvación*– que va a desgranar a lo largo de los diferentes capítulos. Sociología y Teología (ámbitos en los que se mueve con soltura) se dan la mano en esta mirada sobre la realidad cotidiana que confía en el «Dios de la presencia»el que está junto al ser humano y actúa en su favor. El tono esperanzador impregna las páginas de este texto, que subraya y confía en el *ya-sí* de la salvación.

Precisamente el análisis del significado de la salvación ocupa la primera parte del libro. El acercamiento a dicho término lo realiza, en primer lugar, a través de un diálogo crítico y constructivo con la Teología de la Liberación, ya que algunas de las ideas más extendidas de esta realidad se deben precisamente a la influencia y difusión de esta corriente teológica. No haber tenido en cuenta el contexto en que surgieron las propuestas de estos teólogos, el excesivo énfasis en el futuro del Reino, la aspiración a un mundo utópico y el profeta como referente del cristiano, han propiciado una visión insuficiente de la salvación que ha ido generando desánimo e insatisfacción ante una realidad que siempre se presenta inalcanzable. Por ello José María Rodríguez Olaizola considera importante complementar estos subrayados con otros tres: el presente de la salvación, el diseño de sueños reales y la figura bíblica del sabio como modelo del creyente.

El autor deja patente en estos momentos una fuerte convicción: que la promesa se está cumpliendo y que su huella se deja ver no sólo en la intimidad del corazón, sino en estructuras concretas del bien. Considera que, así como se ha extendido en la teología católica la idea de las «estructuras de pecado» para explicar algunas formas palpables del mal, se debería acuñar y difundir el concepto paralelo de «estructuras de salvación» que ayude a descubrir aquellas estructuras sociales «en las cuales se está transformando la realidad, se está sembrando la semilla del Reino» (p. 27).

Para la mejor comprensión de la hondura de este concepto, dedicará la segunda parte del libro a explicar el significado de las estructuras sociales y su repercusión en el sujeto, pues tienen una incidencia decisiva en la forma en que los individuos se comportan y perciben la realidad. La cuestión es que resulta indudable que «la manera en que ciertas es-

tructuras configuran las prácticas sociales en determinados ámbitos está siendo proclamación del Reino o negación del mismo» (p. 119).

Existen diversos tipos de estructuras de salvación que favorecen la construcción y el anuncio del Reino de Dios. En la tercera y última parte del libro se señalan las más importantes, agrupadas en cuatro bloques en función de las dimensiones que atienden: estructuras de reparación, del bien, de amor y pascuales. Comparten todas ellas ser «reflejo real y operativo de la lógica del evangelio» (p. 168).

De entre los aciertos de esta obra, destacan tres: la actitud de diálogo, tanto con la realidad social compartida por todos como con la Iglesia (especialmente con los teólogos de la liberación, dado el tema que trata); la llamada a la esperanza propia de nuestra fe, que cree en un Dios presente y actuante en la historia; y, sin duda, el concepto de «estructuras de salvación». Una intuición presente en grandes pensadores y testigos como Monseñor Óscar Romero y que José María Rodríguez Olaizola ha sabido rescatar, clarificar, situar y desarrollar.

Mª Dolores López Guzmán

GRUN, Anselm – JAROSCH, Linda, *La mujer: reina e indomable. ¡Vive lo que tú eres!,* Sal Terrae, Santander 2006, 182 pp.

Creo que ya es de sobra conocido en las páginas de esta sección la figura del monje benedictino Anselm Grün. Quizá no lo sea tanto quien en esta ocasión le acompaña como coescritora de este libro, su hermana Linda Jarosch. Juntos nos ofrecen una visión compartida y dialogada sobre algunos de los rasgos que han considerado componentes esenciales de la femineidad. Linda, entre otras ocupaciones, es conocida por sus seminarios dirigidos a mujeres con el título «Mujer indomable y reina». En ellos desarrollaba siete rasgos arquetípicos de lo femenino. Este libro surge como el fruto enriquecido de dichos seminarios, en un doble sentido: por un lado, incorporando la visión y aportación bíblica de Anselm; por otro, desarrollando siete rasgos más.

Lo que nos encontramos en el interior de estas páginas es una conversación entre ambos autores. De hecho, la aportación de cada uno es diferenciada incluso tipográficamente, lo cual hace más palpable la dinámica del diálogo. Además de lograr un ritmo ágil y ameno, también logra invitar a la participación en este diálogo, uno de los objetivos explicitados por los autores tanto en la introducción del libro como en su epílogo. Efectivamente, la pretensión fundamental es provocar en toda mujer que lea el libro su propia reflexión y cuestionamiento. De este modo, la lectora que se ponga delante de estas páginas no podrá evitar sentirse par-

tícipe del desarrollo de las mismas. A mi juicio, esta pretensión está plenamente lograda. No es posible leer estas páginas y no dar el salto a la propia experiencia o a la experiencia de otras mujeres. Además, tal y como ellos expresan, no se trata de visiones ofrecidas como únicas y exclusivas, lo cual despierta aún más la necesidad de responder a la pregunta *«¿Qué pienso yo de esto?»* o *«¿Qué experiencia tengo yo de esto?»*.

¿Quiere esto decir que se trata de un libro dirigido exclusivamente a mujeres? En la intención de los autores, está claro que ésta es la interlocutora directa. En mi opinión, puede ser una buena lectura para todo varón que quiera aproximarse y comprender mejor a las mujeres desde una perspectiva diferente de la suya. Y también puede ser una buena aportación para todos aquellos que, por su dedicación pastoral o profesional, están en relación directa con mujeres.

En cuanto al contenido que nos ofrece, me parece también de valorar la complementariedad de las dos visiones. Linda ofrece la experiencia propia y de otras mujeres sobre cada uno de los rasgos seleccionados (reina, madre, luchadora, amante, risueña, juez...). Pone rostro y situaciones vitales concretas que ayudan a identificarse y reconocerse o sentirse interpelada. Por otro lado, Anselm hace una relectura, a partir de estos rasgos, de catorce mujeres bíblicas. Quizá éste es otro elemento que me ha gustado descubrir en este libro. Con mucha frecuencia se ha usado la Biblia precisamente para legitimar visiones o comprensiones de la realidad machistas o, cuando menos, masculinas. Sin embargo, aquí se nos ofrece una oportunidad más para acercarnos al texto bíblico, a través de algunos de sus personajes, con una mirada liberadora sobre la mujer. O, mejor aún, sobre las mujeres. Porque es de destacar también en esta obra que no se hace un alegato de la femineidad en abstracto. Muy pocas veces, por no decir ninguna, se habla de «la mujer», sino de «mujeres», lo cual responde mejor, a mi modo de ver, a la realidad. Los rasgos elegidos propios de lo femenino, que por ser arquetípicos dan hondura, profundidad y universalidad a la reflexión, adquieren una pluralidad de expresiones y manifestaciones reflejada en las historias concretas de cada mujer que los encarna.

Termino recordando una intención más explicitada por los autores: que la lectora renueve sus ganas de vivir y de ser mujer. Efectivamente, creo que la lectura del libro provoca este deseo. Una invitación a descubrir el propio potencial, la propia riqueza y, sobre todo, a recuperar la confianza, en caso de que se haya perdido, en la dignidad del ser mujer.

Teresa Gil Muñoz, STJ

HUMBRECHT, Thierry-Dominique, *El teatro de Dios. Discurso sin pretensiones sobre la elocuencia cristiana,* San Esteban, Salamanca 2006, 236 pp.

A pesar de los grandes avances tecnológicos que han experimentado los medios audio-visuales («PowerPoint», DVD, etc.), la oratoria no ha perdido su gran valor, sobre todo en la predicación del Evangelio. Por eso el dominico francés de la Provincia de Toulouse, fray Thierry-Dominique Humbrecht, expone en esta magnífica obra su particular modo de entender la elocuencia cristiana: «Este libro ha surgido como por sorpresa, sin otra razón que la de reflexionar sobre lo que el apóstol dice cuando lo dice» (p. 10). No propone métodos revolucionarios de oratoria, sino revitalizar el antiguo arte de comunicar por medio de la palabra.

Estructuralmente, el libro ha sido escrito describiendo «círculos concéntricos», en nueve capítulos, de tal forma que lo más importante se sitúa en el centro. Los capítulos primero y último son el enmarque teológico-espiritual de la obra: hablar con Dios o de Dios (cap. I) es una escuela de humildad (cap. IX). Los capítulos segundo y octavo tratan de dos comportamientos indispensables para el cristiano: las convicciones (cap. II) y el humor (cap. VIII). Se nos dice que la predicación exige tanto el estudio (cap. III) como la ayuda del Espíritu Santo y la improvisación (cap. VII). También se habla sobre la gran variedad de la retórica (cap. IV) y sobre el rigor de la razón y los adornos de la imaginación (cap. VI). Por último, el capítulo quinto trata del tema más importante de la predicación: el estilo, el cual guarda una íntima relación con el pensamiento, pues «la palabra sólo es bella cuando es verdadera» (p. 15).

Fray Thierry-Dominique Humbrecht es un gran defensor de la cultura y el arte cristianos. Está plenamente convencido de que la Iglesia tiene recursos suficientes para hacer frente a la actual secularización de la sociedad: una predicación inteligente que llegue al corazón de las personas y una liturgia bella y significativa.

Habla de cómo predicar teniendo en cuenta distintas circunstancias, de cómo hablar en público (dicción, proyección, gestos, etc.), de cómo preparar una homilía –o una conferencia– para que llegue a las personas y para que, además, el Espíritu Santo pueda actuar en el interior de éstas. Para ello no hay que recurrir a esnobismos con poco fundamento. «La imaginación es el director de escena del teatro de Dios» (p. 167); es ella la que hace que el mensaje parezca nuevo. Así mismo, es muy necesario saber emplear correctamente el humor sin caer en la frivolidad o en la inexactitud. «El humor es [...] la voluntad de hacer reír. Es una misericordia para con el público, una manera de conducir a la verdad y al bien con destreza. Introduce en el discurso serio un respiro» (p. 201). Y todo ello en un clima de oración y de humildad.

Aunque el tema central es la predicación, Humbrecht también nos habla de la liturgia en general, del templo y de la acción litúrgica, resultando muy instructivas sus sugerencias. También nos advierte de algunas malas tendencias actuales.

Ciertamente, estamos ante un autor muy erudito a quien le gusta citar a grandes autores. Así mismo, llaman la atención sus conocimientos de teatro y de cine. Todo ello hace de esta obra una buena fuente de cultura –y de entretenimiento– para el lector. Ayuda mucho, además, la impecable traducción al castellano de fray Emilio García.

Quizá podemos poner una pega a esta obra: da la impresión de que ha sido escrita para franceses, pues Humbrecht se centra mucho en la cultura y la sociedad de su país. Pero ello no impide que otros lectores la entendamos perfectamente y saquemos mucho provecho de ella.

Personalmente, considero muy interesante que un dominico (de la Orden de Predicadores) se haya decidido a escribir una obra sobre cómo comunicar la palabra de Dios en la sociedad actual. Lo digo porque, si bien es un tema del que se habla mucho y bien en los documentos internos de nuestra Orden, hacia fuera escribimos muy poco sobre ello.

Fray Julián de Cos, OP

CENCINI, Amedeo, *Virginidad y celibato, hoy. Por una sexualidad pascual,* Sal Terrae, Santander 2006, 230 pp.

Amedeo Cencini, religioso canosiano y profesor en las universidades Salesiana y Gregoriana de Roma, es un autor bien conocido, sobre todo en el ámbito de la Vida Consagrada. El presente libro, escrito desde ese estilo abierto, fresco y coloquial a que nos tiene acostumbrados, está dirigido a quienes han decidido *vivir aprendiendo y aprender viviendo.* Su fina ironía y ese toque de buen humor, con los que unas veces nos provoca y otras nos hace sonreír, hacen que su lectura se torne ágil y siempre interesante.

La presente obra puede ser un instrumento precioso para la formación, tanto de etapas iniciales como de formación permanente. Son doce capítulos que, según dice Cencini, bien pueden acompañar nuestra formación durante un año; un tiempo adecuado de revisión sistemática y de crecimiento de la propia opción virginal o celibataria. La estructura de cada capítulo revela una marcada originalidad: al comienzo, la Palabra de Dios da el tono general de cada capítulo; después ofrece una reflexión progresiva acerca del sentido de la virginidad, considerando los desafíos, los fracasos y las superaciones de que está llena la historia de cada persona. Por último, hay un estímulo particularmente importante, en la conclusión de cada capítulo, en forma de citas cualificadas y ofrecidas como propuesta de lectura, que abor-

dan de forma iluminadora el tema tratado en el capítulo. Podríamos decir que cada capítulo concluye con una parada para volver la vista atrás y mirar el camino ya recorrido y transmitido por los Padres de la Iglesia de Oriente y de Occidente; una parada para contemplar, en torno a nosotros, el panorama de los testimonios de la literatura espiritual o teológica; y, finalmente, una parada para dejar que el corazón cante su admiración en el lenguaje de la poesía, la cómplice más frecuente de la mística.

A lo largo de los doce capítulos van apareciendo cuestiones de particular interés:

– La virginidad procede de un amor acogido y manifestado (no sólo de una renuncia). Manifiesta la presencia eficaz de Dios en el corazón, mientras lo colma de vida divina y lo vacía de muerte. Es un don que Dios concede a un creyente para el bien de todos. Todo hombre y toda mujer son ya vírgenes y están llamados a vivir la virginidad, cada cual en su vocación. Porque en todos hay un vacío que sólo Dios puede llenar. Éste es el misterio hoy olvidado y que hemos de recordar a nuestro mundo.
– «Virginidad» no significa ausencia-abstinencia de relaciones, sino capacidad-calidad de relación a partir de aquella que está en el origen de la vida humana: la relación con Dios.
– La virginidad favorece la calidad de vida: el gusto por la belleza, el espíritu de sobriedad, la elegancia del trato, el culto a la verdad, la transparencia contagiosa... Pero también reconoce que una virginidad escasa de calidad, pobre de amor y de vida espiritual, hecha sólo de renuncias y miedos, empobrece la vida y las relaciones y está en el origen de aquellos procesos bien conocidos y peligrosos de compensación: abusos de comida, alcohol, dinero... Ni tan legalistas que reduzcamos la virginidad a una serie de normas y leyes, ni tan ingenuos que rechacemos dominar la propia renuncia creyendo que lo podemos ver todo, leer todo, sentir todo... La virginidad exige un cierto estilo de vida espiritual, de acercamiento a lo divino; también de capacidad de soledad y de afecto humano. La virginidad no soporta la mediocridad. Cuando la energía sexual está conectada con Dios, crea toda esta calidad de vida.
– Presenta la castidad no sólo como un modo de regular la vida sexual, sino como esa manera concreta de ser, de entender la vida y de relacionarse consigo mismo y con los demás, educando los sentimientos en la ternura y en la sensibilidad, en el gusto por la belleza y la fascinación de la verdad, hasta la libertad de la autoentrega. La castidad es la sexualidad puesta al servicio del amor; por eso es «buena noticia».
– *«Sexualidad pascual»*. Cencini quiere que esta expresión sea la síntesis de todo lo dicho en el libro. Por eso figura como subtítu-

lo en la portada. Quizá alguien pueda sentir una cierta resistencia al contemplar unidas estas dos realidades: sexualidad humana y pascua divina. El autor, consciente de ello, sale al paso de esta posible repugnancia afirmando que, si el amor tiene una estructura pascual, entonces la virginidad es sexualidad pascual, no su negación; sexualidad que ha pasado a través del misterio de la Pascua: experiencia de cruz y de resurrección.

Por último, frente a una formación del pasado preocupada por los aspectos de renuncia y abstinencia, el libro de A. Cencini habla, sobre todo, de este aspecto propositivo de la virginidad, preocupado por lograr la integración de toda la persona en el amor divino, hasta llegar a afirmar algo que a primera vista nos sorprende: «el deseo del virgen es satisfecho»; para, a renglón seguido, desvelarnos el secreto de esta «satisfacción»: *«hay una presencia en su historia, alguien que camina delante de él y con él, y que es el más hermoso entre los hijos de los hombres»*.

Y como ha sido la poesía la que ha cerrado cada capítulo, dejemos que sea ella también la que concluya esta reseña:

«Antes de amarte
era yo amado
y no lo sentía.
Cuando comprendí,
incliné la cabeza.
Ninguna rendición fue tan feliz
*como la mía»**.

Inmaculada Plaza García

BERMEJO, José Carlos, *Estoy en duelo,* PPC, Madrid 2005, 142 pp.

Tengo la impresión de que, en torno a la muerte y el duelo que la acompaña, estamos perdiendo un depósito, una especial sabiduría, que durante generaciones ha acompañado y ayudado a vivir y a procesar de un modo sano los procesos de duelo en nuestra sociedad.

La progresiva aparición de obras dirigidas a ayudar a vivir los procesos de duelo muestra, a mi juicio, la existencia de una necesidad de aprender (quizá de «volver a aprender»), de cuidar, de mimar... momentos tan trascendentales como la muerte de una persona cercana y el proceso de duelo que con ello se inicia.

La editorial PPC, en colaboración con el Centro de Humanización de la Salud, de los Religiosos Camilos, ha publicado la obra de José Carlos Bermejo *Estoy en duelo.*

Se trata de una obra de fácil lectura, y creo que el autor, además de mucha experiencia, sabiduría, sentido común y –me atrevo a decir– pasión, muestra en la obra una notable capacidad para la escritura, un buen hacer literario que da a la obra un valor añadido.

* M. PEIRANO, *La vía,* p. 35.

En la introducción, el autor explica que su propósito no ha sido escribir un tratado sobre el duelo, sino ayudar a «la persona que vive la pérdida de alguien a quien amaba y que ha fallecido recientemente. Está en duelo, elabora el dolor; y el dolor vivido en soledad, sin ninguna luz, es más dolor que el dolor compartido, confrontado con la experiencia de otros semejantes y desahogado con quien está dispuesto a escuchar y caminar juntos en la solidaridad emocional». Esto es verdad, éste es el tono general de la obra; sin embargo, quiero hacer dos apuntes al respecto.

En primer lugar, aun no siendo la obra un tratado, sí ofrece alguna bibliografía valiosa relativa al duelo para personas que quieran profundizar en la materia.

En segundo lugar, creo que la obra puede ser también una muy buena ayuda, una muy buena preparación, para aquellas personas que –por razón de su profesión o servicio– están llamados a entrar en contacto con personas en procesos de duelo. Pienso especialmente en sacerdotes, religiosos/as, personal sanitario, etc. El depósito de conocimientos, de experiencia, de saber hacer y –sobre todo– de humanidad que el autor comparte con el lector en esta obra, ofrecen un buen camino para saber ayudar o, por lo menos, para no hacer daño en momentos tan delicados como los relacionados con la muerte y el duelo.

La obra hace un recorrido por diversos aspectos relacionados con el duelo, manteniendo siempre un tono cercano: el de quien «está dispuesto a escuchar y caminar juntos en la solidaridad emocional». Los testimonios personales aportados en cada capítulo y las poesías insertadas con que concluye cada uno de ellos refuerzan esta impresión.

El dolor, las reacciones más normales ante una pérdida, los distintos tipos de duelo (capítulo 1), cosas que ayudan y cosas que no (capítulo 2), las preguntas que surgen, los sentimientos que afloran y –especialmente– la culpa (capítulo 3), el aprendizaje de la vida sin el ser querido, las cosas, los lugares, etc. (capítulo 4) y la importancia de vivir lúcida y sanamente el duelo para aprender desde él a vivir y morir mejor, son los puntos principales por los que discurre la obra.

Finalmente, quiero destacar dos capítulos, sin desmerecer al resto. En primer lugar, el capítulo 5, titulado «El más allá», donde el autor expresa su propia síntesis de la respuesta cristiana a esas preguntas que siempre, con ocasión de la muerte, se nos plantean. En segundo lugar, el capítulo 7, titulado «Qué les digo a los niños», donde analiza cómo viven los niños la muerte de un ser querido y cómo ayudarles a crecer, a vivir sanamente el duelo.

Miguel Campo, SJ

CANOPI, Ana María, *Bajo las alas del Dios de Israel,* Paulinas, Madrid 2005, 76 pp.

Esta pequeña obra es un bello comentario al libro de Rut. Su autora, abadesa de la abadía benedictina *Mater Ecclesiae,* es una reconocida figura en el ámbito teológico.

El objetivo de esta obra es acercar al lector a una lectura espiritual del libro de Rut. La historia se desarrolla en tiempo de los jueces, alrededor del siglo XI a.C. La moabita Rut, al fallecer su esposo, continúa al lado de su suegra, Noemí, quién decide regresar a Judá, su pueblo, del que había partido junto con su marido e hijos por causa de la hambruna. Rut abandona su patria y sigue junto a su suegra en su viaje hasta Belén. Allí se casará con Booz y engendrará a Obed, antepasado del rey David. Por eso el evangelista Mateo incluirá a Rut en la genealogía de Jesús.

La autora va a centrarse en su comentario a los cuatro capítulos que componen la historia de Rut según el Antiguo Testamento. Va a ir desgranando cada capítulo del libro siguiendo una misma estructura lógica: comienza situando el texto en su contexto bíblico, las referencias al libro del Deuteronomio y Levítico. A continuación lee el libro de Rut desde una clave cristológica. Luego hace una lectura actual del mismo desde una perspectiva eclesiológica (con referencias al ecumenismo) y moral: los valores que transmite Rut son la confianza en Dios y la esperanza humana. Y finaliza con una pequeña oración.

Detrás de todo ello se percibe una profunda investigación exegética. Por ejemplo, el significado hebreo de Noemí, «la dulce», y de Rut, «la amiga». O el diálogo que entablan ambas, según se recoge en el Talmud y que es una de las más bellas declaraciones de amor.

No obstante, la lógica del análisis de esta obra literaria no sólo se basa en fuentes rabínicas o patrísticas, sino que la autora sabe conjugar sus conocimientos con un estilo sencillo y fácil de leer que arrastrará al lector a la lectura de todo el conjunto del comentario, sin apenas detenerse en estos detalles. El modelo en que se basa es el que aparece en la propia historia bíblica, como escribe: *«en el texto sagrado no se describe nunca el aspecto exterior de Rut, solamente su aspecto interior»* (p. 62).

Ana Maria Cánopi nos explica en pocas páginas cómo el libro de Rut es un canto a la fidelidad y confianza en Dios Padre. También nos encontramos con una reflexión sobre la providencia divina, la universalidad del mensaje evangélico y la teología del sufrimiento.

En conclusión, este comentario es una bella glosa a la sabiduría divina y a la libertad humana. Hoy los cristianos –como Rut– somos extranjeros en la tierra, y en ella permanecemos para llegar a ser miembros de la gran familia de Dios. Por tanto, esta pequeña obra es un medio para *«ayudarnos a leer con fe los acontecimientos de nuestra vida»* (p. 70).

Marta Sánchez

ÍNDICE GENERAL. TOMO 94 / 2006

1. ÍNDICE GENERAL POR AUTORES

ALEIXANDRE, D., *La «primavera galilea» del discipulado. «Rebajas» para atraer seguidores,* enero, 29-38.

ALONSO-LASHERAS RIVERO, A., *Deporte y espiritualidad*, octubre, 747-751.

ÁLVAREZ DE LOS MOZOS, P., *¿Deporte o deportes?: haz y envés de un fenómeno polifacético,* octubre, 711-723.

ALLENDE FELGUEROSO, A., *Memorias del Camino*, junio, 469-479.

ALLENDE FELGUEROSO, A. – GOMEZ PARRA, S., *La educación y sus diálogos...*, marzo, 229-243.

ARANA, M.J., *El diálogo en el interior de la Iglesia,* febrero, 143-154.

AYERRA, M.P., *Hacia una nueva diaconía*, marzo, 199-209.

BERTRAND, D., *Un compromiso espiritual en política,* julio-agosto, 585-596.

CAGIGAL DE GREGORIO, V., *«Hágase tu voluntad en la Tierra como en el Cielo»: El estrés del cristiano*, mayo, 363-372.

CATALA, T., *Dios no se rebaja, se abaja,* enero, 17-27.

CORDOVILLA, A., *Europa y el cristianismo. Un diálogo entre la libertad y la gracia,* febrero, 85-98.

DELEGACION DE ACCION SOCIAL (PROVINCIA DE CASTILLA SJ), *Reflexiones sobre el terreno tras los sucesos de Ceuta y Melilla,* enero, 49-53.

— *Una lectura comprometida de la encíclica «Deus caritas est»,* marzo, 223-227.

— *Ante las migraciones, ¿qué hacer y cómo?,* abril, 309-314.

— *Algunas cuestiones sobre el modelo de intervención social,* junio, 493-499.

— *Solidarios con tres fundadores solidarios*, julio-agosto, 597-603.

— *Espiritualidad desde la exclusión social: diez rasgos,* diciembre, 947-951.

DINNBIER, I., *Enviados a dar fruto. Sobre el liderazgo y las estructuras de la pastoral universitaria,* septiembre, 635-645.

ETXEBERRIA, X., *¿Dialogar con los terroristas?*, abril, 317-328.

FLAQUER, J., *Condiciones, dificultades y esperanzas en el diálogo con el islam*, septiembre, 679-690.
FLOREZ BELEDO, Jesús, *Discapacidad, libertad, Dios,* diciembre, 953-957.
FUNDACION «ALBOAN», *Balance de un año de movilizaciones contra la pobreza,* febrero, 139-142.
— *Y la cría cogió su fusil,* mayo, 397-400.
— *A vueltas con la Deuda Externa,* septiembre, 675-678.
— *2007, otro año de conmemoraciones por la justicia y solidaridad internacionales,* noviembre, 851-853.
GARCIA, J.A., *Amistad y misión en la Vida religiosa actual. Problemas y propuestas,* julio-agosto, 533-547.
GARCIA DE CASTRO VALDES, J., *Pedro Fabro: orar y vivir,* julio-agosto, 551-570.
GARCIA HERRERO, J., *Los padres y su implicación en la iniciación sacramental de sus hijos*, diciembre, 913-931.
GARCIA QUINTANA, J.A.,, *El deporte como instrumento de educación e integración social*, octubre, 725-737.
GARCIA ROCA, J., *Cuando el cuerpo se desgasta,* noviembre, 837-849.
GARCIA-MINA FREIRE, A., *Anatomía del estrés,* mayo, 349-362.
GOMEZ SERRANO, P.J., *El cisma emocional y sus raíces,* noviembre, 797-810.
GONZALEZ-CARVAJAL SANTABARBARA, L., *Las dificultades de la fe cristiana en Europa,* febrero, 99-110.
GRUPO «MARIA», *Preguntas inocentes... ¿respuestas imposibles? Los niños y la lógica de la fe*, abril, 297-307.
GUERRERO RODRIGUEZ, P., *Recuerdo y esperanza. Evaluación en Pastoral Juvenil Universitaria,* septiembre, 659-668.
HERNANDO, B.M., *Más preguntas que respuestas. Diálogo de la Iglesia institucional con los Medios de comunicación*, mayo, 401-412.
IZUZQUIZA, D., *¿Cómo ser minoría y (no) morir en el intento? La Iglesia europea, entre el diálogo y el contraste*, febrero, 125-137.
LACADENA, J.R., *Diálogo con la ciencia*, junio, 501-518.
LOPEZ GUZMAN, D., *Tocar el cielo. Lo que hay de eterno en el mundo,* abril, 271-282.
LOPEZ VILLANUEVA, M., *El descanso de una presencia humilde. «Venid a mí todos los fatigados» (Mt 11,28),* mayo, 385-395.
LUMBRERAS MARTIN, J., *Mi experiencia en una comunidad cristiana de jóvenes: gracias y retos*, septiembre, 669-673.
MAIER, M., *Pistas para un proyecto de las iglesias cristianas en Europa,* febrero, 111-124.

— *El dramático "sentir con la Iglesia" de Monseñor Oscar Romero,* noviembre, 823-836.
MARCET, C., *¿Pastoral de mínimos? ¿Tiempo de cambios: de la pastoral sociológica a la pastoral distintiva?*, diciembre, 885-899.
MARQUEZ BEUNZA, C., *El diálogo ecuménico,* octubre, 767-777.
MARTIN-MORENO GONZALEZ, J.M., *Hoy estarás conmigo en el Paraíso. Centralidad de Jesús en nuestra anticipación del cielo*, abril, 283-296.
— *He venido para que tengan vida abundante. El efecto terapéutico de la pastoral de enfermos*, diciembre, 933-945.
MARTINEZ, J.L., *«Deus caritas est»: el primado del amor en la moral,* mayo, 413-433.
MELLONI, J., *De las misiones de Javier al diálogo interreligioso,* julio-agosto, 571-583.
— *El diálogo con la trascendencia*, diciembre, 959-970.
MILLAN ROMERAL, F., *Correr con perseverancia en la carrera que se nos propone (Hb 13,1)*, octubre, 753-760.
MOLINA MOLINA, D.M., *Sentir con la Iglesia, una realidad polivalente*, noviembre, 811-821.
MORENO, J.J., *Deporte y espíritu*, octubre, 739-746.
PANIAGUA FERNANDEZ, R., *Reflexiones acerca de los mayores. Sombras y luces de una realidad,* marzo, 175-187.
PRIETO URSUA, M., *Educar contra el estrés*, mayo, 373-384.
RODRIGUEZ OLAIZOLA, J.M., *Menos por menos,* enero, 5-16.
— *La pastoral con universitarios y jóvenes adultos*, septiembre, 621-634.
— *«Ante la tiranía del espejo». Dialogar con la belleza y la fealdad en la cultura de la imagen*, noviembre, 855-865.
ROMERO RANGEL, L., *De anhelos y sueños. Desentumecer la pastoral sacramental*, diciembre, 901-912.
RUIZ PEREZ, F.J., *Vida espiritual sin rebajas. Cómo huir de las medianías*, enero, 39-48.
SANZ GIMENEZ-RICO, E., *Dos ancianos, una revelación. Moisés y Job, centenarios repletos de bendición,* febrero, 189-198.
— *Abraham caminó a Finisterre*, junio, 445-455.
SERVICIO JESUITA A REFUGIADOS Y DELEGACION DE ACCION SOCIAL (PROVINCIA DE CASTILLA SJ), *Un silencio que clama al cielo*, octubre, 761-766.
TORANO FERNANDEZ, A., *Claves pastorales para echarse al Camino,* junio, 481-491.
— *Apuntes teológicos y de contenido en la pastoral juvenil universitaria*, septiembre, 647-658.

TORRE DIAZ, F.J. DE LA, *¿Qué es diálogo? Veinte tesis para empezar a dialogar,* enero, 55-67.
URIBARRI BILBAO, G., *Hablar del cielo. Una anécdota, cinco pistas y una propuesta,* abril, 261-270.
VALERO, U., *Ancianidad y vida religiosa,* marzo, 211-221.
VAZQUEZ, J.L., *«Mientras tu Apóstol alienta a los que peregrinan». Historia y símbolos del Camino de Santiago*, junio 457-468.

2. ÍNDICE GENERAL POR SECCIONES Y MATERIAS

2.1. ESTUDIOS

2.1.1. Análisis psico-social y religioso

ÁLVAREZ DE LOS MOZOS, P., *¿Deporte o deportes?: haz y envés de un fenómeno polifacético,* octubre, 711-723.
DINNBIER, I., *Enviados a dar fruto. Sobre el liderazgo y las estructuras de la pastoral universitaria,* septiembre, 635-645.
GARCIA, J.A., *Amistad y misión en la Vida religiosa actual. Problemas y propuestas,* julio-agosto, 533-547.
GARCIA HERRERO, J., *Los padres y su implicación en la iniciación sacramental de sus hijos*, diciembre, 913-931.
GARCIA QUINTANA, J.A., *El deporte como instrumento de educación e integración social*, octubre, 725-737.
GARCIA-MINA FREIRE, A., *Anatomía del estrés,* mayo, 349-362.
GOMEZ SERRANO, P.J., *El cisma emocional y sus raíces,* noviembre, 797-810.
GONZALEZ-CARVAJAL SANTABARBARA, L., *Las dificultades de la fe cristiana en Europa,* febrero, 99-110.
GRUPO «MARIA», *Preguntas inocentes... ¿respuestas imposibles? Los niños y la lógica de la fe*, abril, 297-307.
GUERRERO RODRIGUEZ, P., *Recuerdo y esperanza. Evaluación en Pastoral Juvenil Universitaria,* septiembre, 659-668.
IZUZQUIZA, D., *¿Cómo ser minoría y (no) morir en el intento? La Iglesia europea, entre el diálogo y el contraste*, febrero, 125-137.
LUMBRERAS MARTIN, J., *Mi experiencia en una comunidad cristiana de jóvenes: gracias y retos*, septiembre, 669-673.
MAIER, M., *Pistas para un proyecto de las iglesias cristianas en Europa,* febrero, 111-124.

MARCET, C., *¿Pastoral de mínimos? ¿Tiempo de cambios: de la pastoral sociológica a la pastoral distintiva?*, diciembre, 885-899.
PANIAGUA FERNANDEZ, R., *Reflexiones acerca de los mayores. Sombras y luces de una realidad,* marzo, 175-187.
PRIETO URSUA, M., *Educar contra el estrés*, mayo, 373-384.
RODRIGUEZ OLAIZOLA, J.M., *Menos por menos,* enero, 5-16.
— *La pastoral con universitarios y jóvenes adultos*, septiembre, 621-634.
ROMERO RANGEL, L., *De anhelos y sueños. Desentumecer la pastoral sacramental*, diciembre, 901-912.
TORANO FERNANDEZ, A., *Claves pastorales para echarse al Camino,* junio, 481-491.
VALERO, U., *Ancianidad y vida religiosa,* marzo, 211-221.
VAZQUEZ, J.L., *«Mientras tu Apóstol alienta a los que peregrinan». Historia y símbolos del Camino de Santiago*, junio 457-468.

2.1.2. Espiritualidad

ALEIXANDRE, D., *La «primavera galilea» del discipulado. «Rebajas» para atraer seguidores,* enero, 29-38.
ALONSO-LASHERAS RIVERO, A., *Deporte y espiritualidad*, octubre, 747-751.
ALLENDE FELGUEROSO, A., *Memorias del Camino*, junio, 469-479.
BERTRAND, D., *Un compromiso espiritual en política,* julio-agosto, 585-596.
CAGIGAL DE GREGORIO, V., *«Hágase tu voluntad en la Tierra como en el Cielo»: El estrés del cristiano*, mayo, 363-372.
FLOREZ BELEDO, Jesús, *Discapacidad, libertad, Dios,* diciembre, 953-957.
GARCIA DE CASTRO VALDES, J., *Pedro Fabro: orar y vivir,* julio-agosto, 551-570.
LOPEZ VILLANUEVA, M., *El descanso de una presencia humilde. «Venid a mí todos los fatigados» (Mt 11,28),* mayo, 385-395.
MARTIN-MORENO GONZALEZ, J.M., *He venido para que tengan vida abundante. El efecto terapéutico de la pastoral de enfermos*, diciembre, 933-945.
MILLAN ROMERAL, F., *Correr con perseverancia en la carrera que se nos propone (Hb 13,1)*, octubre, 753-760.
MORENO, J.J., *Deporte y espíritu*, octubre, 739-746.
RUIZ PEREZ, F.J., *Vida espiritual sin rebajas. Cómo huir de las medianías*, enero, 39-48.

2.1.3. Iglesia

ARANA, M.J., *El diálogo en el interior de la Iglesia,* febrero, 143-154.
AYERRA, M.P., *Hacia una nueva diaconía*, marzo, 199-209.
GARCIA ROCA, J., *Cuando el cuerpo se desgasta,* noviembre, 837-849.
MAIER, M., *El dramático "sentir con la Iglesia" de Monseñor Oscar Romero,* noviembre, 823-836.
MOLINA MOLINA, D.M., *Sentir con la Iglesia, una realidad polivalente*, noviembre, 811-821.

2.1.4. Teología

CATALA, T., *Dios no se rebaja, se abaja,* enero, 17-27.
CORDOVILLA, A., *Europa y el cristianismo. Un diálogo entre la libertad y la gracia,* febrero, 85-98.
LOPEZ GUZMAN, D., *Tocar el cielo. Lo que hay de eterno en el mundo,* abril, 271-282.
MARTIN-MORENO GONZALEZ, J.M., *Hoy estarás conmigo en el Paraíso. Centralidad de Jesús en nuestra anticipación del cielo*, abril, 283-296.
MARTINEZ, J.L., *«Deus caritas est»: el primado del amor en la moral,* mayo, 413-433.
MELLONI, J., *De las misiones de Javier al diálogo interreligioso,* julio-agosto, 571-583.
SANZ GIMENEZ-RICO, E., *Dos ancianos, una revelación. Moisés y Job, centenarios repletos de bendición,* febrero, 189-198.
— *Abraham caminó a Finisterre*, junio, 445-455.
TORANO FERNANDEZ, A., *Apuntes teológicos y de contenido en la pastoral juvenil universitaria*, septiembre, 647-658.
URIBARRI BILBAO, G., *Hablar del cielo. Una anécdota, cinco pistas y una propuesta,* abril, 261-270.

2.2. RINCON DE LA SOLIDARIDAD

DELEGACION DE ACCION SOCIAL (PROVINCIA DE CASTILLA SJ), *Reflexiones sobre el terreno tras los sucesos de Ceuta y Melilla,* enero, 49-53.
— *Una lectura comprometida de la encíclica «Deus caritas est»,* marzo, 223-227.
— *Ante las migraciones, ¿qué hacer y cómo?,* abril, 309-314.
— *Algunas cuestiones sobre el modelo de intervención social,* junio, 493-499.

— *Solidarios con tres fundadores solidarios*, julio-agosto, 597-603.
— *Espiritualidad desde la exclusión social: diez rasgos,* diciembre, 947-951.

FUNDACION «ALBOAN», *Balance de un año de movilizaciones contra la pobreza,* febrero, 139-142.
— *Y la cría cogió su fusil,* mayo, 397-400.
— *A vueltas con la Deuda Externa,* septiembre, 675-678.
— *2007, otro año de conmemoraciones por la justicia y solidaridad internacionales,* noviembre, 851-853.

SERVICIO JESUITA A REFUGIADOS Y DELEGACION DE ACCION SOCIAL (PROVINCIA DE CASTILLA SJ), *Un silencio que clama al cielo*, octubre, 761-766.

2.3. DIALOGOS URGENTES

ALLENDE FELGUEROSO, A. – GOMEZ PARRA, S., *La educación y sus diálogos...*, marzo, 229-243.
ARANA, M.J., *El diálogo en el interior de la Iglesia,* febrero, 143-154.
ETXEBERRIA, X., *¿Dialogar con los terroristas?*, abril, 317-328.
FLAQUER, J., *Condiciones, dificultades y esperanzas en el diálogo con el islam*, septiembre, 679-690.
HERNANDO, B.M., *Más preguntas que respuestas. Diálogo de la Iglesia institucional con los Medios de comunicación*, mayo, 401-412.
LACADENA, J.R., *Diálogo con la ciencia*, junio, 501-518.
MARQUEZ, C., *El diálogo ecuménico,* octubre, 767-777.
MELLONI, J., *El diálogo con la trascendencia*, diciembre, 959-970.
RODRIGUEZ OLAIZOLA, J.M., *«Ante la tiranía del espejo». Dialogar con la belleza y la fealdad en la cultura de la imagen*, noviembre, 855-865.
TORRE DIAZ, F.J. DE LA, *¿Qué es diálogo? Veinte tesis para empezar a dialogar,* enero, 55-67.

2.4. RECENSIONES

ALARCOS MARTINEZ, F. (ed.), *La moral cristiana como propuesta (Homenaje al profesor E. López Azpitarte),* enero, 73-76.

BERMEJO, José Carlos, *Estoy en duelo,* diciembre, 979-980.
BERZOSA, R., *Una lectura creyente de Atapuerca. La fe cristiana ante las teorías de la evolución*, enero, 70-72.
BORRAGAN MATA, V., *En los orígenes del cristianismo*, junio, 526-527.
CANOPI, Ana María, *Bajo las alas del Dios de Israel,* Diciembre, 981.
CASTRO, S., *El sorprendente Jesús de Marcos. El evangelio de Marcos por dentro*, enero, 69-70.
CENCINI, Amedeo, *Virginidad y celibato, hoy. Por una sexualidad pascual,* diciembre, 977-979.
DUQUOC, C., *El único cristo. La sinfonía diferida*, septiembre, 701-702.
FERNANDEZ BARRAJON, Alejandro, *Mecha y candil. Una mirada a la Vida Religiosa,* noviembre, 872-873.
FERNANDEZ DEL RIESGO, M., *Una religión para la democracia. Fe y dignidad humana,* junio, 522-523.
FOSSION, André, *Volver a empezar: veinte caminos para volver a la fe,* noviembre, 877-878.
GELABERT BALLESTER, M., *Vivir en el amor*, febrero, 165-166.
GESUALDI, F. – Centro «Nuovo Modello di Sviluppo», *Por una vida sobria. Del despilfarro de unos pocos a los derechos para todos,* junio, 525-526.
GRUN, A., *Nuestro Dios cercano. Imágenes bíblicas de la Redención*, febrero, 164-165.
— *La Navidad, celebración de un nuevo comienzo*, octubre, 789-790.
GRUN, Anselm – JAROSCH, Linda, *La mujer: reina e indomable. ¡Vive lo que tú eres!,* diciembre, 974-975.
HUMBRECHT, Thierry-Dominique, *El teatro de Dios. Discurso sin pretensiones sobre la elocuencia cristiana,* Diciembre, 976-977.
IZUZQUIZA, D., *Rincones de la ciudad. Orar en el camino fe-justicia,* enero, 76-77.
JULICHER, Jochen, *Todo volverá a ir bien, pero nunca volverá a ser como antes,* noviembre, 873-874.
KAEFER, J.A., *Un pueblo libre y sin reyes. La función de Gn 49 y Dt 33 en la composición del Pentateuco*, noviembre, 867-868.
KASPER, W., *Sacramento de la unidad. Eucaristía e Iglesia,* octubre, 783-784.
KLAUCK, H.-J., *Los evangelios apócrifos. Una introducción,* junio, 519-520.
LAMET, P. M., *Díez-Alegría. Un jesuita sin papeles*, febrero, 157-164.
— *El aventurero de Dios. Francisco de Javier*, octubre, 781-783.

LANZI, F. –LANZI, G., *Atlas de las peregrinaciones. Santuarios cristianos del mundo*, julio-agosto, 612-614.

LOPEZ GUZMAN, M. D., *Donde la maternidad se vuelve canto. Apuntes para una teología de la maternidad,* mayo, 437-439.

LOPEZ VILLANUEVA, M., *Un amor al fondo. Mujeres que arriesgan y bendicen*, abril, 338-340.

LORCA, J. M., *Contarlo con historias (para apoyar valores),* enero, 78.

MADRIGAL, S., *Karl Rahner y Joseph Ratzinger. Tras las huellas del Concilio,* abril, 331-332.

MARDONES, J. M., *Recuperar la justicia. Religión y política en una sociedad laica*, octubre, 784-785.

MARGUERAT, D. –WENIN, A. –ESCAFFRE, B., *En torno a los relatos bíblicos*, junio, 520-521.

MARTIN MORENO, J. M., *La Biblia, escuela de oración,* julio-agosto, 609-610.

MARTINEZ GALDEANO, F., *Descubre la Biblia*, julio-agosto, 614-615.

MARTINEZ-GAYOL FERNANDEZ, N., *Gloria de Dios en Ignacio de Loyola,* abril, 335-337.

MONSERRAT, J., *Hacia un Nuevo Mundo,* julio-agosto, 615-616.

NOUWEN, H.J.M., *El trabajo por la paz. Oración – resistencia – comunidad*, octubre, 788-789.

PIERI, F., *Pablo e Ignacio. Testigos y maestros del discernimiento espiritual*, octubre, 779-781.

QUINZA LLEO, X., *Modular deseos, vertebrar sujetos. Pensar la formación para la vida consagrada*, octubre, 786-787.

RIVAS REBAQUE, F., *La experiencia espiritual de Jesús. Materiales para reflexionar personalmente y en grupo*, abril, 337-338.

RODRIGUEZ OLAIZOLA, J. M., *En tierra de nadie,* julio-agosto, 610-612.

— *Un mapa de Dios. En busca de las estructuras de salvación,* diciembre, 973-974.

ROMERO RODRIGUEZ, J. J., (ed.), *Sociedad, política y economía en el cambio de siglo. Reflexiones de «Fomento Social»,* mayo, 435-436.

RUIZ JURADO, Manuel, *El peregrino de la voluntad de Dios. Biografía espiritual de san Ignacio de Loyola*, julio-agosto, 608-609.

SABORIDO, J.L. (ed.), *Escenas de Navidad. Celebraciones para el colegio y la parroquia,* noviembre, 875-876.

SIX, J.-F. – SERPETTE, M. – SOURISSEAU, P., *El testamento de Carlos de Foucauld*, septiembre, 698-699.

STOCK, K., *La última palabra es de Dios. El Apocalipsis como Buena Noticia,* noviembre, 870-872.

TAMAYO, J. J. – FORNET-BETANCOURT, R. (eds.), *Interculturalidad, diálogo interreligioso y liberación. I Simposio Internacional de Teología Intercultural e Interreligiosa de la Liberación*, enero, 72-73.

TOCA, Andrea, *María Magdalena. Lo divino femenino,* noviembre, 874-875.

TORRES QUEIRUGA, A., *Diálogo de las religiones y autocomprensión cristiana,* abril, 333-334.

TOSAUS ABADIA, J. P., *El octógono sagrado. Breve introducción a la Biblia en cuatro lecciones,* junio, 523-525.

TRECHERA, J. L., *Agujeros negros de la mente. Claves de salud psíquica*, septiembre, 702-703.

URIBARRI, G. (ed.), *Biblia y Nueva Evangelización*, septiembre, 693-695.

VANHOYE, A., *Tanto amó Dios al mundo. Lectio sobre el sacrificio de Cristo*, septiembre, 696-697.

VAZQUEZ BORAU, J.L., *Constructores de paz. Educar en la no-violencia activa,* noviembre, 868-870.

VERDOY, A., *San Francisco Javier. El Molinero de Dios*, septiembre, 699-701.

VIDAL, Senén, *Jesús el Galileo,* diciembre, 971-972.

VIDAL FERNANDEZ, F. – GONZALEZ-CARVAJAL, L., *Medios de comunicación y religión en España. Una investigación sobre el estado de la comunicación mediática Iglesia-sociedad*, marzo, 245-254.

VILLACORTA BANOS-GARCIA, A., *La Jesuita. Juana de Austria*, julio-agosto, 605-607.